

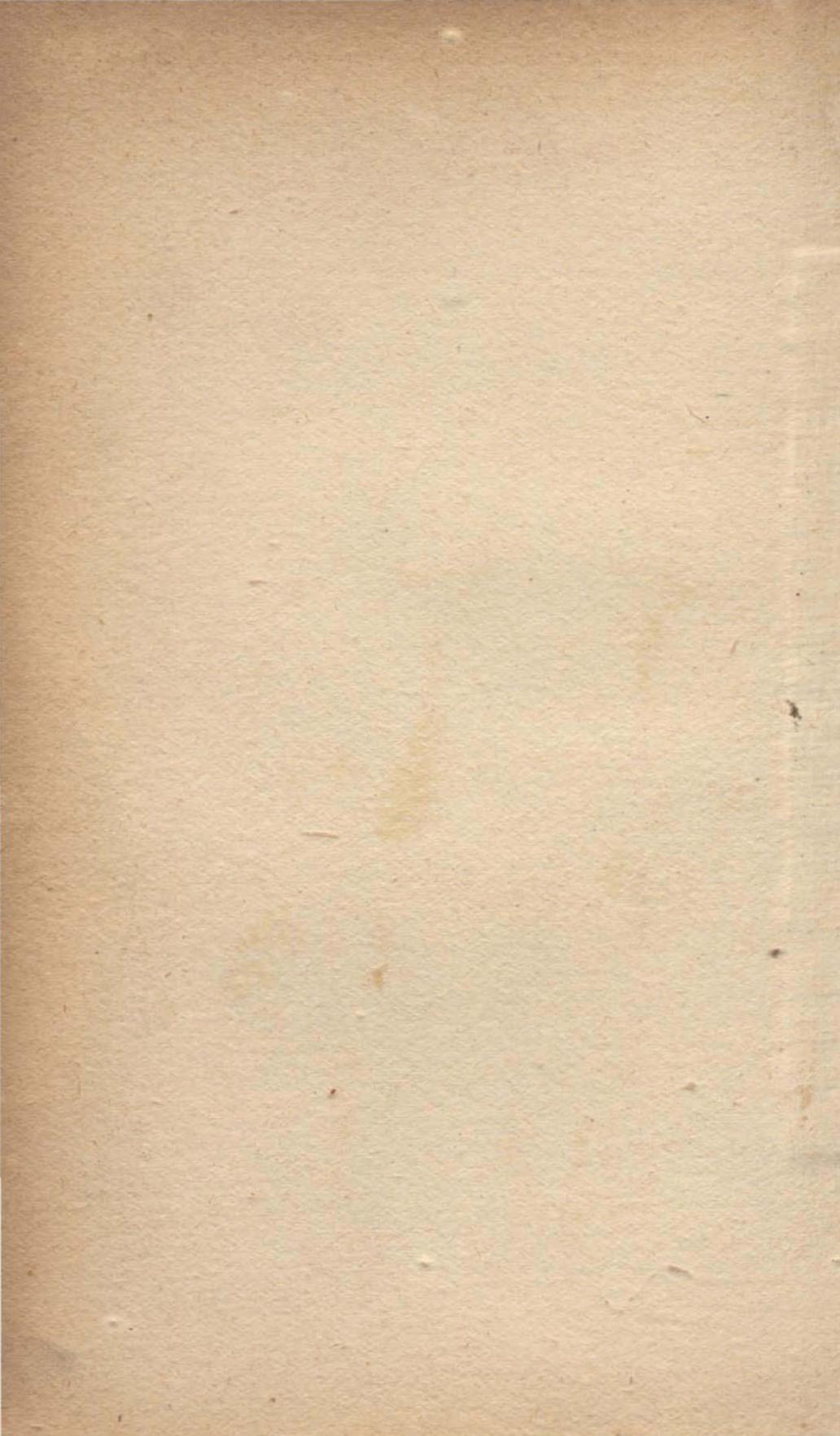




E. SALGARI
EL KAPITAN
DE LA
"DJUMNA"

TOMO I

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADRID



NOVELA DE AVENTURAS

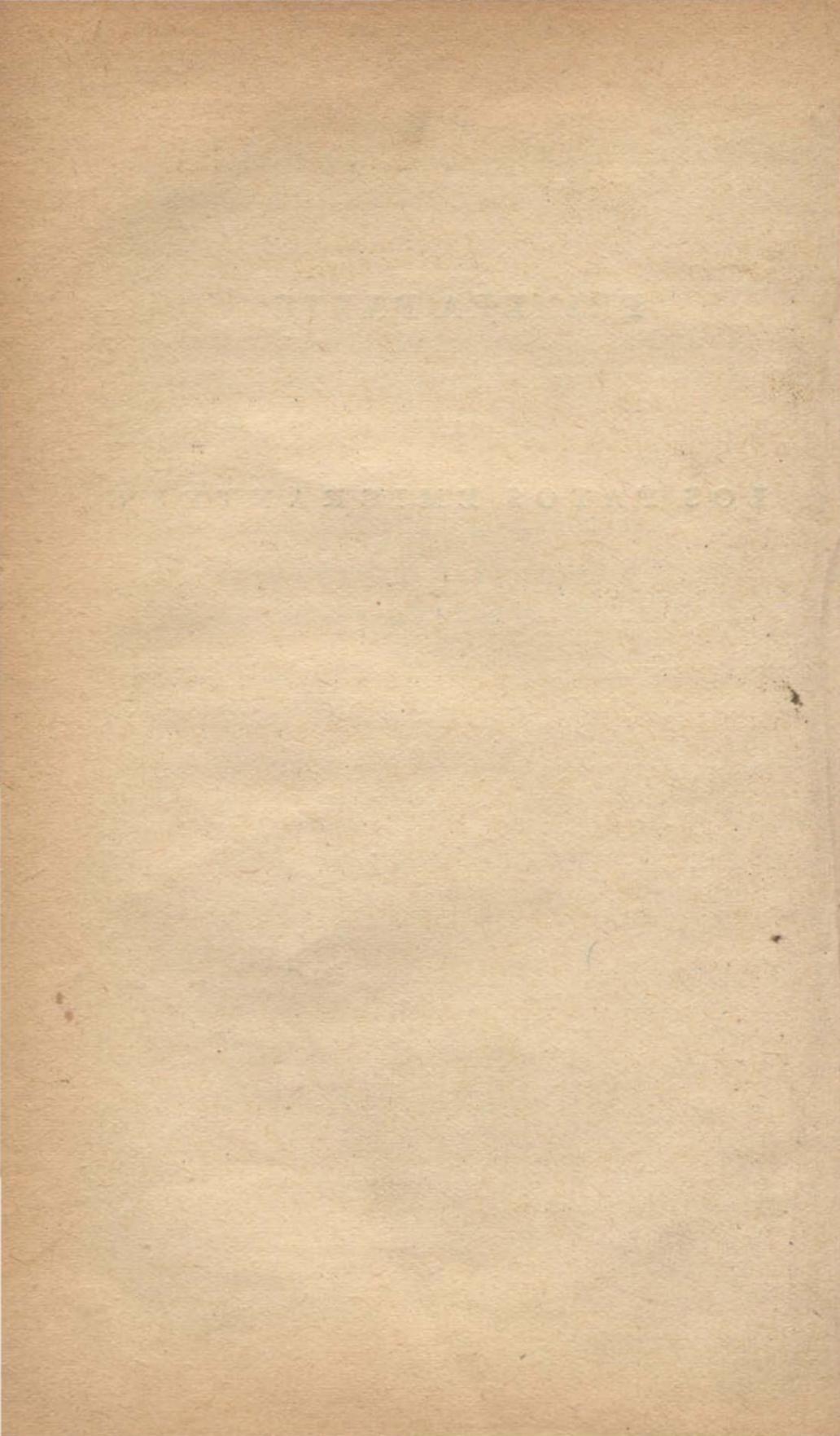
PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

Manuel G. ...

PRIMERA PARTE

1

LOS PATOS EMIGRANTES



Un sol ardiente, abrasador, se reflejaba sobre las amarillentas y tibias aguas de la profunda bahía de Puerto Canning, que exhalaban pútridos miasmas, los cuales solían ocasionar con harta frecuencia fiebres tremendas, mortales para los europeos no aclimatados, y, lo que es peor aún, el cólera, tan fatal para las guarniciones inglesas de Bengala.

Ni un soplo de brisa marina mitigaba aquel calor, que debía de llegar á más de 45 grados á la sombra. Las hojas grandes y plumosas de los cocos, de majestuoso aspecto, dispuestas en forma de cúpula, las del *pipal*, las del *nium*, las de las palmeras, y aquellas otras largas y sutiles del bambú, caían con tristeza, como si el sol las hubiera privado bruscamente de su jugo.

Además, el silencio que reinaba sobre aquellas aguas y sobre aquellas islas fangosas que se extendían hacia el golfo de Bengala era tan triste, que causaba una profunda impresión. Parecía que todo aquello había muerto en aquella apartada región de la más rica y vasta provincia de las posesiones inglesas de la India.

Sin embargo, á pesar de la lluvia de fuego, no obstante, los miasmas que se desprendían de aquellos bajos fondos, donde se pudrían enormes masas de vegetales, una pequeña chalupa cubierta por un toldo de lienzo blanco navegaba con lentitud y con cierta precaución por entre las islas y los bancos de arena y barro.

Iba tripulada por dos hombres: uno de ellos, sentado en la proa, sostenía una escopeta de dos cañones, y el otro, en la popa, manejaba suavemente un par de remos indios, conocidos con el nombre de *pagayas*.

El primero era un mocetón alto, un poco grueso, de carnes blanquísimas, con los ojos

azules, bigote rubio, frente espaciosa y labios bermejos.

Llevaba un traje de tela blanca, cuyas mangas adornaban los galones de teniente, y se cubría con un ancho sombrero de paja.

El otro era un hombre como de cincuenta años, bajo de estatura, pero membrudo, con luenga barba ya blanquecina, frente rugosa, piel bronceada y líneas duras, angulosas.

Sus ojos, de color oscuro, no se apartaban del joven, como si quisiera adivinar todos sus pensamientos, mientras sus callosas manos movían las pesadas *pagayas* como si fuesen de papel.

Vestía como su compañero; pero en las mangas no mostraba ningún distintivo. En lugar del sombrero de paja, llevaba una gorra de marinero.

Aquellos dos hombres, insensibles al calor como las salamandras, seguían avanzando por en medio de las islas, islotes y bancos, pero siempre con cautela.

—¿Ves?—preguntó de pronto el moce-
tón volviéndose hacia el remero.—¿Ves,
Harry?

—Sí, señor Oliverio; pero están fuera de
nuestro alcance: los ha asustado usted mu-
cho estos últimos días.

Una sonrisa se dibujó en los labios del
teniente.

—Será el calor quien los aleja de las is-
las, Harry—dijo.

—Y también su escopeta: desde hace ocho
días no hace más que disparar contra todos
los pájaros de la bahía.

—Es la única distracción que ofrece Puer-
to-Canning. Si tuviera quien me acompaña-
se, dejaría en paz á las aves y me dedica-
ría á la caza de tigres. Dicen que abundan
en Raimatla y en Jamera.

—Cierto, señor Oliverio; pero es preferi-
ble que sus amigos continúen en el Puerto
de William. Los tigres son muy peligrosos,
y si le sucediera á usted cualquier cosa, me
mataría el dolor.

—¡No temas, viejecito mío! Los tigres no son tan peligrosos como se cree, y tengo vivos deseos de hallarme frente á frente con uno. Cuando hace tres meses salimos de Gales, creía yo que al venir de guarnición á la India tendría ocasión de matar uno, por lo menos, á la semana.

—Le digo á usted, señor Oliverio, que esas bestias dan mucho miedo. Cuando navegaba con su padre de usted, cazamos más de uno en Ceilán, y puedo asegurarle que son unos animales terribles.

—¡Pobre padre...!

—¡Calle, señor Oliverio, si no quiere ver al viejo lobo de mar Harry llorar como un niño! ¡Vaya...! ¡Mire allí los ánades brahamínicos! ¡Apostaría una rupia contra un penique á que ya conocen nuestra barca!

Una bandada de grandes volátiles parecidos á nuestros patos, pero con plumaje de azulados y brillantes reflejos que hasta entonces habían permanecido casi escondidos entre las anchas y flotantes hojas de los

jhills, plantas acuáticas semejantes al loto, se había levantado volando rumorosamente hacia un grupo de islotes desiertos.

—¡Qué! ¿Voy á regresar esta tarde á Puerto-Canning sin cobrar una sola pieza?—añadió el muchacho.—¡Entonces, perderé mi reputación de cazador!

—Todavía no, señor Oliverio—respondió Harry, que escudriñaba con la vista un islote cuyas orillas estaban bordeadas de plantas de arqueadas ramas.—Allí abajo tomaremos el desquite.

—¿Dónde?

—Allá. ¡Mire!

El teniente dirigió la mirada hacia el punto indicado por Harry, y descubrió rígidos bajo las ramas, una fila de blancos seres, bastante altos y que permanecían inmóviles.

—¿Son pescadores?—exclamó.

—¡Sí, con alas!—repuso riendo el viejo Harry.

—¿Con alas? Son hombres, viejecito mío.

—No, señor Oliverio

—Son tan altos como un hombre.

—Pues son *arghilahs*, conocidos también con el nombre de «aves auxiliares».

—Los he visto á cientos pasearse gravemente por las calles de Calcuta en busca siempre de carroñas; pero á esta distancia más parecen hombres que aves.

—No es difícil confundirlos.

—¿Y que quieres que haga con esas aves monstruosas que viven de carroñas?

—No le aconsejo que las mate, pues los indios son capaces de soltarnos un tiro.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, señor Oliverio; porque creen que en el cuerpo de esos animalitos se hallan las almas de los sacerdotes de Brahma. Pero si nos acercamos, verá cómo detrás de los *arghilahs* se alzan algunos hermosos patos, que son cosa deliciosa

—Avancemos, pues, con mucha prudencia. ¡Me gustan los patos!

Harry empuñó las *pagayas* y empujó len-

tamente la embarcación hacia el banco, procurando no hacer ruido.

Los *arghilahs* se distinguían perfectamente á doscientos metros de distancia. Eran unos treinta y permanecían alineados con mucha gravedad: hundían la cabeza en su buche monstruoso y se sostenían sobre una sola pata, como acostumbran cuando se hallan en reposo.

Estos volátiles, que los indios llaman también filósofos, tienen una estatura verdaderamente gigantesca; su altura pasa de metro y medio, y algunos, desde el pico á las patas, miden dos metros y treinta centímetros, así como de ala á ala suelen alcanzar cuatro metros. Semejan cigüeñas gigantes; pero son sucios, repugnantes, con su cabeza calva y roñosa perforada por dos ojos pequeños y bermejizos, con pico enorme en forma de embudo, y su buche violáceo que sirve de antecámara á un estómago que no deja atrás al del avestruz.

Su espalda se halla cubierta de plumas

grisáceas y rígidas, mientras una pluma blanca y bastante larga les recubre el vientre y el pecho. Presentan el cuello casi desnudo, calloso, algo violáceo, semejante al del cóndor de los Andes. Sus patas son larguísimas, amarillentas, armadas de unos artejos de cierto robustez.

En Bengala son abundantísimos, sobre todo en la ciudad, donde cumplen la misión de limpiar las calles de inmundicias. Hacen de barrenderos; pero el estercolero es su estómago. ¡Y qué estómago! Todo desaparece dentro de aquel pico monumental, que se abre como un abismo sin fondo. Barreduras, carroñas de animales, ratones, cuervos enteros, huesos, que pasado cierto tiempo devuelven otra vez; hasta se han encontrado en su buche gatos enteros mal digeridos, y tortugas de tierra de diez pulgadas de longitud.

Estos pajarracos, absortos en su laboriosa digestión y medio adormecidos, parecía que aún no se habían dado cuenta de la aproxi-

mación del barco. Solamente de vez en vez alguno de ellos emitía una especie de rugido melancólico como el que lanzan los osos. De pronto alzaron la cabeza bruscamente, extendieron su largo cuello, desplegaron las desmesuradas alas, y se levantaron majestuosamente haciendo un ruido extraño y produciendo una rápida corriente de aire.

Casi súbitamente de detrás de las matas se alzó una bandada de otros pájaros parecidos á los ánades; pero que diferían de ellos en tener el cuello más largo, las alas adornadas con manchas negras y la cabeza con un rizo á modo de cresta.

El teniente apuntó con presteza y disparó los dos tiros, mientras el viejo Harry decía con aire de satisfacción:

—¿Ve usted cómo no me había equivocado? Los patos contaban con la vigilancia de los *arghilahs*.

Dos aves cayeron en el agua, heridas de muerte por el plomo del cazador. Recogieron una, pero la otra, aunque estaba grave-

mente herida, pudo atravesar el barco, y fué á caer en un islote cubierto de verdura.

—No quiero perder aquella pieza—dijo el teniente:—me parece mejor que ésta.

—Vamos á buscarla—repuso Harry;—y cogiendo de nuevo las *pagayas*, hizo que el barco diese la vuelta al banco, acercándolo á la orilla de la isla.

El teniente saltó á tierra, no sin haber cargado antes la escopeta, sabiendo que en aquellas islas hay muchos y peligrosísimos reptiles, y comenzó á buscar entre el césped. A los pocos minutos descubrió el pato. Lo cogió por las patas, y se disponía á regresar á la embarcación cuando, con gran sorpresa suya, vió que de debajo de un ala le caía un pequeño envoltorio sujeto con una fibra vegetal muy reluciente, como si estuviera cubierto por una envoltura de seda.

—¿Qué es esto?—exclamó con asombro.

Examinó el paquete con viva curiosidad. Era un trozo de tela mojada, un pedazo de ese algodón que usan los indios, cuidado-

samente sellado, con una sustancia pegajosa, y que pesaba muy poco.

Lo tocó con los dedos, y observó con estupor creciente que contenía algo rígido, como un papel doblado muchas veces ó una cartulina.

—¡Harry!—exclamó.

—El anciano barquero saltó á la orilla, diciendo:

—¿Qué desea, señor Oliverio?

—Tú que has viajado mucho por la India en compañía de mi padre, ¿sabrías decirme si los indios hacen de los patos el mismo uso que nosotros de las palomas mensajeras?

—Nunca, señor.

—¿Ni tampoco los birmanos ni los arracamenses?

—Tampoco, estoy seguro.

—¿Emigran los patos?

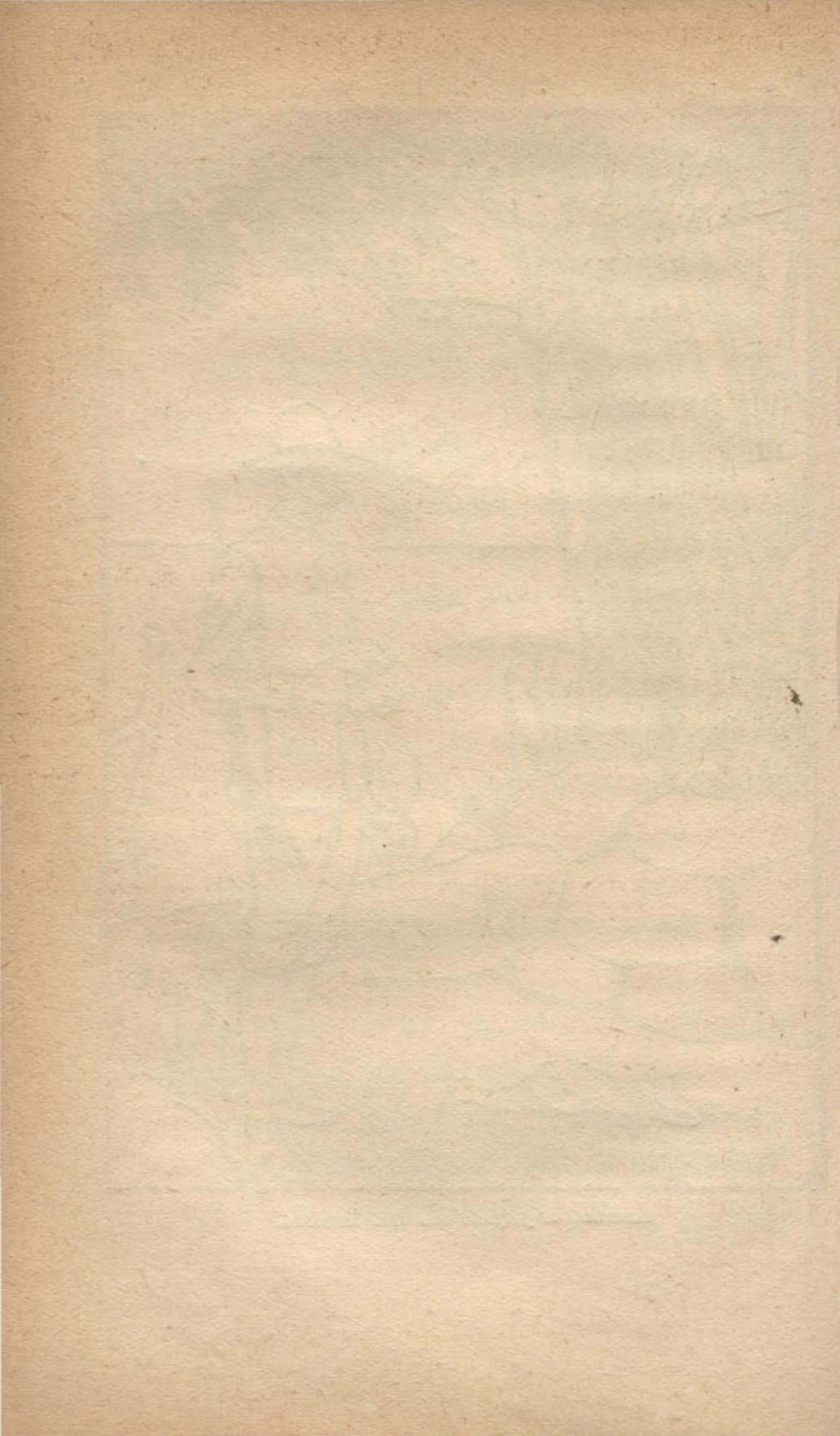
—Todos los años.

—¿Estas aves pueden venir de muy lejos?

—O de las islas del Sur.



Examinó el paquete con viva ansiedad.



—Mira lo que tenía este pato.

—¡Un paquete!

—Con documentos tal vez.

—Ábralo, señor Oliverio; no sabemos nunca...

Vencido por la curiosidad, el teniente abrió el legajo con suma precaución, y cayeron varias hojas de papel, ya amarillentas y un poco húmedas.

Las recogió en seguida, y las abrió con cuidado temiendo romperlas. Se hallaban cubiertas de una escritura firme, pero algo basta, hecha con una tinta verdosa. No todas las palabras estaban completas, pues quizás la humedad había deteriorado el manuscrito; pero, aún así, con paciencia podía reconstruirse todo.

—¿Qué será esto?—se preguntaba el teniente cada vez más sorprendido.—¿Cómo se encontrarían estos documentos bajo el ala de aquel pato?

—Y es letra inglesa—decía el viejo Harry.— Qué compatriota nuestro habrá escrito esas hojas? ¡Veamos!

El teniente pasó rápidamente las hojas, que eran cinco, y al final leyó:

«Alí Middel, comandante de la *Djumna*.
Departamento marítimo de Bengala.»

—Sin duda, se trata de un anglo-indio—
añadió el teniente.

—Lea usted, señor Oliverio: acaso nos enteremos por esos papeles de alguna historia terrible.

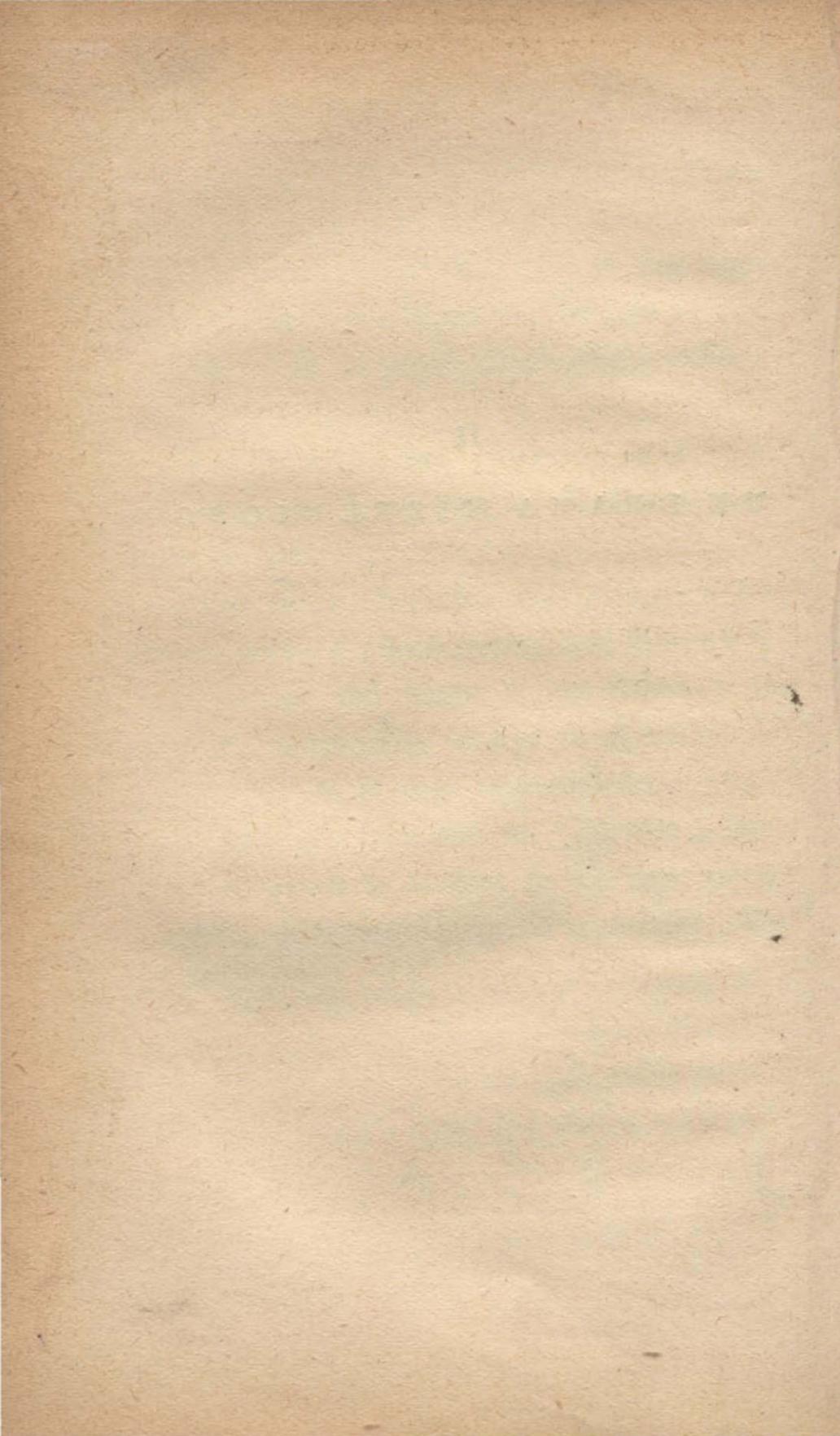
—Volvamos á la canoa, Harry. El sol nos abrasa vivos, y puede darnos una insolación.

Alejáronse del islote y regresaron á la chalupa, sentándose ambos en el banco de popa, que era el más resguardado.

El teniente encendió un cigarrillo y después comenzó la lectura de los raros documentos, mientras Harry le escuchaba con atención.

II

UN DRAMA MISTERIOSO



En el encabezamiento de la primera hoja se leía, escrito con caracteres clarísimos en lengua inglesa y en bengalí:

«Para el virrey de Bengala ó para el presidente de la *Joven India* de Calcuta.»

—¡O para el presidente de la *Young-India*!—exclamó el teniente.—¿Qué es esto de la *Joven India*? ¿Lo sabes tú, Harry, que has vivido tanto tiempo en este país?

—Es una poderosa asociación formada por los *babús* más ricos de Bengala; es decir, por la gente burguesa que se propone como único fin la civilización de la raza india.

—Continuó:

«No sé si estos documentos llegarán á la India ni si cuando se lean viviré todavía, pero por lo menos, servirán para castigar á

los infames que han causado la pérdida de mi *grab* la *Djumna* y de mi tripulación.»

—La *grab*, ¿es alguna embarcación?

—Sí; una nave pequeña con tres palos y con la popa bastante alta.

«Salí de Diamond-Harbour el 7 de Agosto de 1816 con carga de cochinilla para Singapur, confiándome el presidente de la *Joven India* una caja de monedas de oro *chagavadi* y de rupias de oro por valor de diez mil libras esterlinas, para entregar al señor James Fulton, domiciliado en la antedicha isla.

«Llevaba conmigo en calidad de marineros doce hombres: tres misorianos, siete malabares y dos bengalíes. Los diez primeros habían navegado ya conmigo, sin que nunca me hubieran dado motivo de queja; pero los dos últimos se embarcaban por primera vez, é ignoraba que antes hubieran formado parte de la secta infame y rapaz de los fakires saniassos.»

—¿Quiénes son estos saniassos?—preguntó el teniente interrumpiéndose.

—Una secta de bribones—dijo Harry.— Ya sabe usted que en la India hay varias clases de fakires, hombres que se hacen pasar por santos, y á quienes venera el pueblo supersticioso. Los saniassos son ladrones que explotan la superstición popular, y se apoderan de cuanto les place sin que nadie ose echárselo en cara; pero no se contentan con eso: á menudo se reúnen en grandes cuadrillas, y entonces saquean violentamente los poblados. Siga usted, señor Oliverio.

«Pronto me arrepentí del embarco de aquellos dos traidores—continuaba el documento.—No sé cómo la tripulación se había enterado de que llevaba conmigo aquella caja que contenía diez mil libras esterlinas, pues por precaución había hecho creer que estaba llena de cobre.

«Desde aquel momento debieron de pensar los dos antiguos saniassos en apoderarse de la preciosa caja y deshacerse de mí y de los marineros más adictos á mi persona.

«En varias ocasiones sorprendí á los sa-

niassos en conversación con mis malabares; pero como no tenía ninguna sospecha, no hice caso de ello.

«El séptimo día de navegación ocurrió á bordo un acontecimiento que me hizo entrar en sospechas. Los tres misorianos, que eran fieles á toda prueba, amanecieron muertos en sus hamacas: sus facciones aparecieron alteradas por el espanto; la piel del rostro presentaba aquí y allá manchas amarillentas, y tenían el vientre enormemente hinchado.

«Tengo motivos para creer que aquellos desgraciados habían sido envenenados, y no dudo en imputar este crimen á Hungse y Garrovi, los dos saniassos.»

Aquí terminaba la parte legible de la primera hoja, que era la más extensa. La parte inferior aparecía casi en blanco: debía de haberse mojado en alguna de las inmersiones que el pato emigrante hizo en el mar durante su viaje, y no había bastado para precaverla la materia resinosa que cubría el paquete. Sólo se veían algunas letras y al-

gunos rasgos indescifrables. Oliverio dobló con cuidado la hoja, y emprendió la lectura de la segunda. La primera frase carecía de sentido, y debía de ser continuación del período corroído por el agua marina.

«...Vigilo constantemente, y si descanso algún rato, tengo siempre la precaución de esconder las pistolas debajo de la almohada.

«Ya no me caba duda: Hungse y Garrovi tratan de corromper á los malabares; y mucho me temo que ante el miedo de seguir la suerte de los misorianos, y tentados por la codicia, acaben por volverse contra su capitán.

«La *Djumna* sigue avanzando por el Océano Indico, ¡y la tierra está tan distante de nosotros...!

«Pienso en mi hermanito, que se queda solo en Serampur. ¿Volveré á verle? Empiezo á dudarle; pero confío en Dios.»

La segunda hoja terminaba aquí, pues el agua había hecho desaparecer las últimas líneas. Las otras hojas parecían fragmentos del diario de á bordo, maltratadas y rotas,

pues tenían el margen cortado con mucha irregularidad. La parte superior era legible pero hacia el final faltaban varias líneas.

En la tercera leyó Oliverio:

«16 Agosto. La *grab* no debe de hallarse muy lejos de las islas Andamanas: el viento noroeste nos empuja hacia ellas con una velocidad de cinco nudos por hora. Sigo vigilando; pero estoy rendido de esta guardia continua y fatigosa que no me deja dormir bastante. He descabezado el sueño á eso de mediodía después de haber atrancado bien el camarote. Unos pasos que bajaban prudentemente la escalera me han despertado. Me espían, y esperan sorprenderme dormido para asesinarme.

«17 Agosto. Continúa el viento favorable. Los malabares ya no me obedecen: si no me viesen con las pistolas al cinto, se hubieran rebelado.

«18 Agosto. Calma absoluta: la *Djumn* permanece inmóvil bajo una lluvia de fuego, al sur de la pequeña Andamana. No me

atrevo á comer con mi tripulación, por temor á morir envenenado. He procurado que los dos saniassos fueran encadenados; pero los malabares se han opuesto en forma violenta, diciéndome que los fakires son hombres santos, y se han armado para defenderlos. Esta noche arrojaré la caja al mar.

«19 Agosto. Un ruido infernal me ha despertado cuando aún no hacía una hora que me había dormido. Me he levantado creyendo que la *grab* había encallado en algún banco; pero he hallado la puerta de mi camarote cerrada y atrancada. Mis gritos y amenazas no han tenido respuesta. Una angustia horrible me oprime el corazón.

«Oigo voces que parecen perderse en lontananza, y me veo...»

También en esta hoja faltaban algunos renglones; pero más bajo leyó Oliverio:

«...Sí; todo lo comprendo. Los miserables han aprovechado mi sueño para entrar en mi camarote y robar la caja. ¿Por qué no me

han matado? No se habrán atrevido los malabares, ó...»

La cuarta hoja comenzaba también con una frase cortada.

«...en las manos de Dios. Oigo los tristes ladridos de mi perro, que está sobre el puente: ladra como si adivinase que me amenaza una próxima desgracia. Me parece que la *Djumna* está inmóvil; pero no puedo asegurarlo, porque mi cuarto no tiene ventanas.

«Hace treinta y seis horas que no oigo ningún rumor sobre cubierta. Seguramente me han abandonado embarcándose en la pequeña pinaza (1).

«Cada vez resuenan más lúgubres los aullidos de mi perro. La desesperación principia á apoderarse de mí. No lo sé; pero me parece que estoy enterrado vivo en una tumba.

«20 Agosto. He intentado forzar la puer-

(1) Barcas que llevan ordinariamente los *grab*, y que tienen un palo con la vela cuadrada.

ta; pero en vano: tendré que morir aquí dentro, pues no tengo víveres más que para unos días. ¡Malditos sean los traidores!

«A las diez, por las hendiduras de la puerta, ha comenzado á penetrar agua en el camarote. También gotea del techo, y amenaza mis cajas. Los miserbales han abierto una vía de agua en los costados de la *Djumna*, y me voy á pique sin poder salir de mi tumba, y moriré sin venganza. Cuando vea que no hay esperanza posible, me pegaré un tiro en la cabeza. El perro sigue aullando.»

En la quinta hoja se leía:

«20 Agosto. Estoy en agua hasta las rodillas; pero desde hace tres horas todo ha quedado estacionado. ¿Qué ha ocurrido? Creo que la *Djumna* se mantiene perfectamente inmóvil. ¿Ha encallado en algún banco? Sé que estábamos á poca distancia de la pequeña Andamana; pero ignoro adónde me habrá empujado el viento en estas cuarenta y ocho horas de prisión, y, por consiguiente, no sé dónde puede haber encallado

la *grab*. El perro ya no ladra. ¿Habrá podido salvarse, ó habrá muerto? Sin embargo, yo...»

Así terminaba el escrito. No parecía que el resto hubiera sido destruído por el agua del mar; acaso algún grave acontecimiento había impedido al escritor terminar la frase. Más abajo, al final de la hoja, en la última línea, se veía aún el nombre del que lo escribió y el de la nave, leídos en primer término por el teniente.

—¿Nada más?—preguntó Harry después de algunos minutos de silencio.

—Nada más—respondió Oliverio.

—¡Qué historia tan horrible!

El teniente no contestó: con la mirada fija en el agua, parecía sumido en profundas meditaciones.

—Y ese hombre, ese desgraciado capitán, ¿habrá muerto ahogado en su camarote?—insistió Harry.

—Entonces, ¿cómo iba á poder atar estos documentos á las alas de ese pato emigrante?—dijo el teniente.—Todo hace

suponer que logró derribar la puerta de su camarote.

—Es verdad, señor Oliverio; pero este drama tan espantoso ocurrió el 18 de Agosto, y ahora estamos á fines de Septiembre: es decir, que ha pasado un mes.

—Pero aquel hombre pudo desembarcar. Dice que la nave le parccía inmóvil.

—¿Y dónde habrá desembarcado?

—En una de las islas Andamanas.

—¿Cree usted que vivirá aún?

—Puede ser.

—¿Iban á respetarle los isleños de las Andamanas? Ya sabe usted que gozan de muy mala fama.

—¡Vaya, Harry! ¿Qué me aconsejas que haga? No te niego que la suerte de ese desdichado me interesa mucho, y que haría cuanto estuviera en mi mano por salvarle. ¿Crees que el gobierno de Bengala intentará hacer luz en este terrible drama?

El viejo meneó la cabeza.

—Si se tratara de un buque de guerra y

de un capitán de las tripulaciones reales, el gobierno enviaría un crucero á las islas Andamanas para hacer pesquisas, y pondría en movimiento la policía para descubrir á los culpables; pero por un capitán mercante, señor Oliverio, no moverá un dedo. Harán promesas, comenzarán algunas indagaciones; pero nada más.

—¿Y dejaremos así impune un infame delito, y abandonaremos á un infeliz?

—El Virrey tiene muchas cosas en que pensar.

—Entonces, Harry, obraré por mi cuenta. ya que la suerte ha hecho que cayesen en mis manos estos documentos, aquel desventurado no quedará á merced de su destino.

—¿Va usted á organizar una expedición á las islas Andamanas por su cuenta?

—Mi padre me dejó una fortuna bastante regular para que pueda gastarme lo que necesite en una buena obra.

—Le admiro, señor Oliverio; pero permita usted que el viejo marino le dé un consejo.

—Habla, Harry.

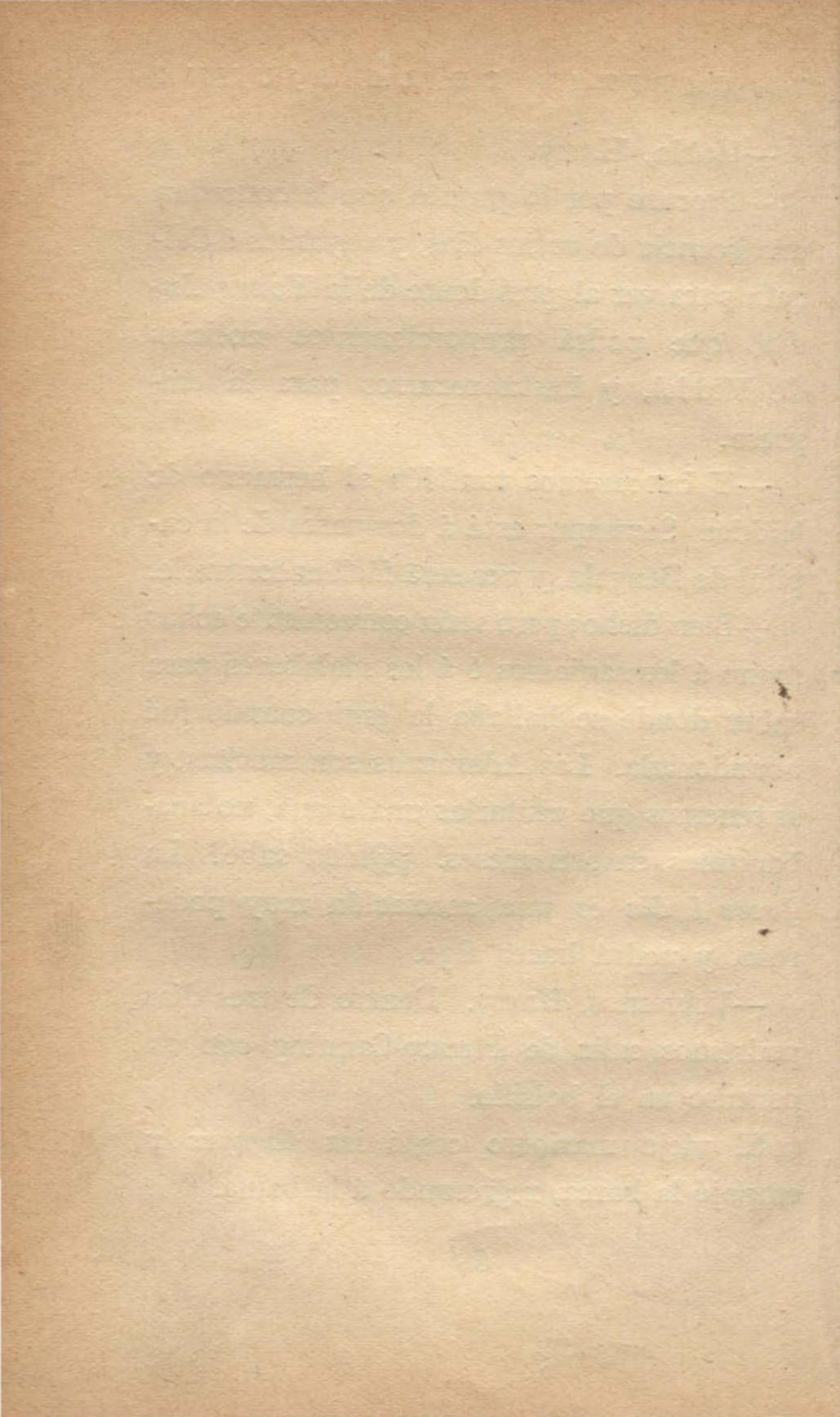
—Procure por lo pronto que le concedan una licencia de varios días, y vayamos á Calcuta para ver al presidente de la *Young India*, que podrá proporcionarnos noticias de Middel, y hasta recursos para la empresa.

—Y buscaremos también al hermano de Middel. Serampur está á dos pasos de la capital de Bengala, y nos será fácil encontrarle.

—Bien dicho; pero sería conveniente echar mano á los saniassos ó á los malabares para saber dónde se hallaba la *grab* cuando fué abandonada. Las Adamanas son muchas, y si tenemos que visitarlas una á una, no acabaríamos en seis meses. ¡Quién sabe! La *Joven India* es una asociación muy poderosa, y podrá hacer algo.

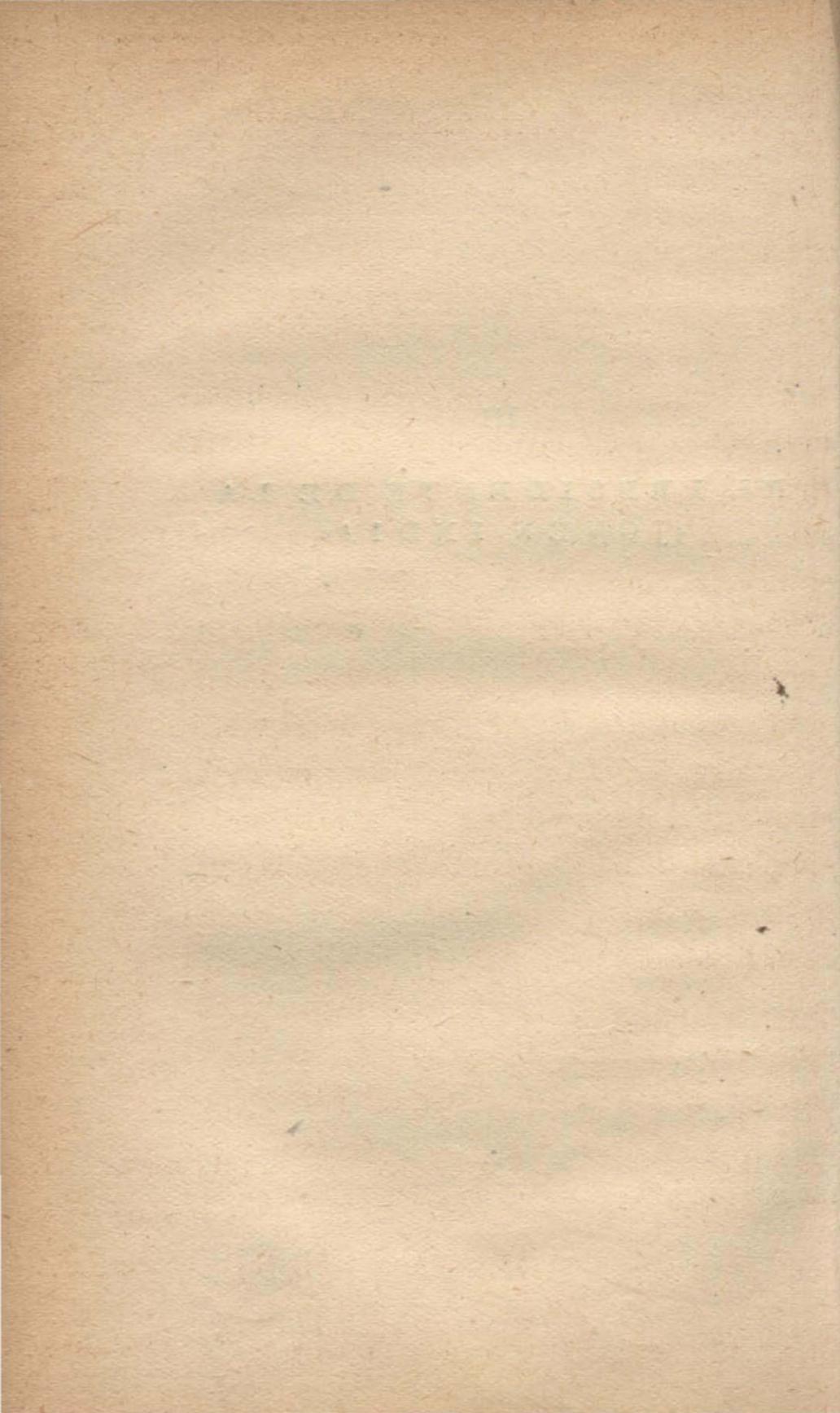
—Volvamos, Harry. Dentro de tres días podremos salir de Puerto-Canning con un permiso en el bolsillo.

El viejo marinero cogió las *pagayas* y empujó la barca, regresando á la bahía.



III

EL PRESIDENTE DE LA
«JOVEN INDIA»



Tres días después de los acontecimientos que acabamos de narrar, el teniente y el marinero subían en un *dhumni*, y recorrían al galope la llanura del delta del Ganges por el camino que lleva de Puerto-Canning á Calcuta, pasando por la estación de Sonapur.

El permiso solicitado de la Comandancia de Calcuta había sido concedido inmediatamente, y el generoso teniente se disponía á aprovecharlo para aclarar un poco aquella historia tan extraña y dramática antes de organizar la expedición en auxilio del infortunado capitán y de dar los pasos oportunos para solicitar el auxilio del gobernador de Bengala. El *dhumni*, guiado por un indio á quien habían prometido una buena propina si los llevaba al término de

su viaje antes de que se pusiera el sol, corría velozmente por el camino polvoriento de Sonapur.

Estos vehículos, empleados en casi toda la India, hacen las veces de nuestras diligencias; pero no pueden llevar más que un número reducidísimo de viajeros.

Son toscos vehículos, con dos pesadas ruedas y cubiertos de un toldo formado con hojas para librar á los viajeros de las insolaciones, tan frecuentes en aquellas regiones extremadamente cálidas.

A estos vehículos no se enganchan caballos, sino una especie de toros llamados cebúes, blancos, altos, con cuernos largos y retorcidos y el cuello cubierto por una giba semejante á la de los dromedarios, pero no tan rígida, pues se inclina ya de un lado, ya del otro. No se crea por esto que el cebú tiene el paso lento de nuestros bueyes; al contrario, resiste durante varias horas seguidas un galope bastante rápido: si se detiene, el conductor le pincha con una vara llena de

nudos, y cuando esto no basta, retuerce la cola á los pobres animales.

El teniente y Harry, cómodamente sentados bajo la fresca bóveda é insensibles á los vaivenes de la carreta, fumaban, mirando de vez en vez la gran llanura del delta, mientras el indio arreaba sin cesar á los dos cebúes, que humeaban ya como solfataras bajo aquel ardiente sol. Los árboles huían rápidamente á ambos lados del camino, y entre las hierbas y los bambúes se alzaban bandadas de cuervos, milanos, cigüeñas, papagayos, palomas y tórtolas, espantadas por el ruido que hacía la carreta, y al mismo tiempo, de entre las malezas del *kabam*, se elevaban espléndidos pavos reales de brillantes plumas, con incrustaciones doradas y de reflejo azul metálico.

Animales no faltaban. De cuando en cuando un gracioso antílope de color azulado y cuerpo parecido al de nuestros ciervos, pero de formas más elegantes, atravesaba el camino rápido como una exhalación, desapareciendo tras los espesos macizos de bambúes.

Otras veces era un grupo de chacales, animales muy comunes en toda la India, parecidos á los perros, pero con la ligereza de los lobos; peligrosos nada más que cuando van en grandes manadas y están hambrientos.

Las vastas llanuras que se extienden en inmensa longitud hasta las orillas del golfo de Bengala, cambiándose más al mediodía en marismas donde reinan la fiebre y el cólera, y por donde pululan libremente los tigres y miles de serpientes casi todas venenosas, se hallaban entonces desiertas. Sólo á grandes distancias se veía alguna mísera cabaña escondida entre los bambúes, ó algún pequeño caserío rodeado de arrozales ó de campos sembrados de *bairi*, que es una especie de mijo, ó de *jowar*, semejante á la cebada. Al mediodía el *dhumni* hizo alto á la sombra de unos árboles: los pobres animales que habían caminado á un paso muy ligero, tenían necesidad de algún descanso.

Pero la parada no duró más que una hora: la carreta reanudó en seguida su marcha des-

ordenada, atravesando un camino pantanoso flanqueado por *pipales* de enorme tronco y follaje sombrío, y de macizos inmensos de bambúes salvajes donde se ocultaban las serpientes *gulabis* de piel sonrosada, con manchas de rojo coral, y boas de color verde azulado con anillos oscuros, y que alcanzan una longitud de catorce piés.

El agua del río gigante que circunda aquellas tierras del delta manaba por doquiera.

Por todas partes se veían pantanos donde se bañaban batallones de ánades brahmínicos, y marismas, sobre las cuales flotaba una niebla formada por los miasmas que de ellos se desprendían.

Puede decirse que casi todas las tierras de Bengala están formadas por bancos de barro que un sol ardoroso seca continuamente y las aguas del Ganges humedecen con la misma persistencia.

A eso de las cuatro de la tarde el *dhumni* se hallaba á pocas millas de Sonapur. De trecho en trecho aparecía algún poblado, y

el terreno ya no estaba cubierto de macizos de bambúes. Veíanse campos de *cénaba* (1) cubiertos de flores amarillas; de maíz, que sirve de alimento ordinario al pueblo, y arrozales cerrados por diques de algunos piés de altura, con objeto de regular la entrada de las aguas.

Media hora después los viajeros entraban en Sonapur, pequeña estación en aquella época, habitada por unas cuantas docenas de molangos, indígenas sucios, temblorosos siempre por la fiebre, y de unos pocos soldados cipayos, alojados en un mezquino *bengalow* (2). Concedieron otra hora de descanso á los cebúes, durante la cual el teniente y Harry averiguaron las señas del presidente de la *Joven India*, y á las seis reanudaron la marcha con la misma velocidad, estando ya para llegar á la capital de Bengala.

(1) Simiente de donde se hace la mostaza.

(2) Construcción de un solo piso rodeado de un balcón corrido ó especie de terraza protegida por persianas de cocotero.

Hacia las ocho, cuando el sol se ponía tras las grandes selvas del delta, el *dhumni* llegaba á la gran llanura, donde se yergue la rica capital con su bosque de campanarios, cúpulas y pagodas, con la línea imponente de sus palacios construídos á la largo del gigantesco río, y con la enorme mole del fuerte de William ó Guillermo.

—¡Al *strand*!—dijo el teniente al conductor.

Los cebúes, hostigados por el látigo, retrocedieron hacia el río, pasando antes por entre una interminable fila de *bengalows*, que sirven de casa de campo á los ricos ingleses y á los grandes comerciantes indostánicos, y penetraron en el *strand*, que es la calle aristocrática de Calcuta: sigue la orilla del río hasta el fuerte de William, y constituye el paseo favorito de los europeos, que gastan un lujo verdaderamente oriental.

Pocos minutos después el *dhumni* se detenía ante un grandioso edificio de estilo indico, de dos pisos, y rodeado de vastos

jardines. En una placa de regulares dimensiones se veía escrito en letras doradas: *Joven India*. El teniente saltó á tierra, le entregó al conductor las rupias prometidas y seguido de Harry subió la escalinata de mármol; un indio armado de un bastón con puño de plata vigilaba en el rellano de la escalera.

—El presidente de la *Joven India*, ¿se encuentra aún aquí?—preguntó Oliverio al guardián.

—Sí, señor—respondió el indio.

—Dile que el teniente Oliverio Powel, comandante de la cuarta compañía de los cipayos de Puerto Canning, desea entregarle documentos interesantísimos que se refieren á la *grab* la *Djumna*

El indio los introdujo en un gabinete del piso bajo. La habitación era de forma circular, pintada de azul y adornada con vasos chinos, donde crecían esas rosas blancas llamadas *kundias*, de fuerte perfume, y que se cultivan en los valles de Delhi y de Sirciragor. Una lámpara de metal dorado iluminaba

el saloncillo, derramando sobre los divanes que lo decoraban una luz pálida semejante á la que nos envia el astro de la noche.

Aún no se habían sentado los visitantes, cuando se abrió una puerta y apareció un indio delgado como un fakir, con una barba blanca que contrastaba con la piel bronceada del rostro, y con los ojos inteligentes y penetrantes. Vestía como los indios pertenecientes á la clase elevada; su *dubgah*, especie de amplia túnica que formaba al caer anchos pliegues, era de seda blanca rameada: el cinturón era también de seda, pero bordado en oro y adornado con piedras preciosas; sus pantalones eran de muselina recamada de plata, ceñidos en los tobillos por una cinta de oro, y el turbante con que se cubría estaba coronado por una esmeralda que no valdría menos de cuatro mil rupias.

Avanzó hacia el teniente, y después de hacer una inclinación de cabeza le tendió la mano derecha según la costumbre europea, diciéndole:

—Estoy á su disposición, caballero.

—¿Es usted el presidente de la *Joven India*?—preguntó Oliverio.

—Sí, señor oficial.

—Entonces, tenga la bondad de leer estos documentos que una rara casualidad ha puesto en mis manos.

El indio tomó los papeles que el oficial le daba, y después de indicar á los viajeros que se sentaran, se acercó á la lámpara y se puso á leer atentamente. Oliverio y Harry, que escudriñaban con atención el efecto que la lectura le causaba, le vieron alterarse á impulsos de una cólera reprimida pero terrible, y cuando terminó, la frente del indio aparecía llena de arrugas y sus ojos lanzaban rayos.

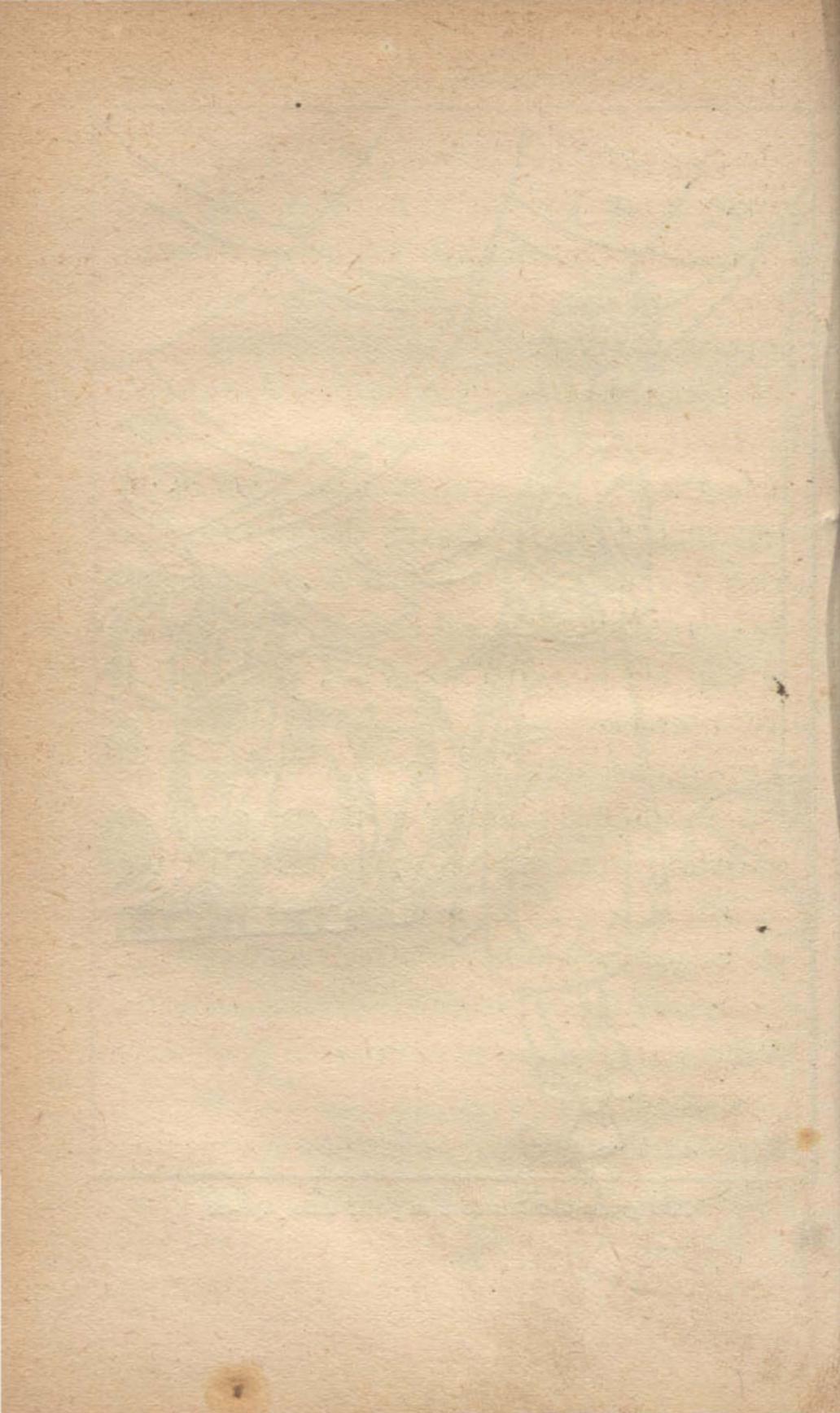
—¿Conque se ha cometido un crimen infame?—exclamó, dirigiéndose al oficial.

—Si el documento es verdadero, así debe de ser.

—Sí; es auténtico; hace muchos años que conozco á Alí-Middel, y sé que era honra-



Pero ¿como han llegado á su poder estos papeles?



dísimo. Pero, ¿cómo han llegado á su poder estos papeles?

—Los encontré debajo del ala de un pato emigrante cazado por mí en la bahía de Puerto Canning.

—¡Entonces, Middel, vive aún!

—Eso creo, pues no ha transcurrido más que un mes del odioso atentado. Sin salir de su camarote, no hubiera podido atar esos documentos á las alas de pato.

—Es verdad.

—¿Cree usted que convendría dar parte á las autoridades anglo-indias? Un crimen semejante no debe quedar impune.

—¡Las autoridades anglo-indias!—dijo el presidente con ironía.—¿Qué les importa que hayan muerto á un marinero si el crimen se ha perpetrado lejos de Bengala, en pleno Océano? A la *Joven India* corresponde vengar á Alí y descubrir á los culpables.

—¿Ustedes...?

—Caballero, afortunadamente, la asociación posee medios poderosos. No es por re-

cobrar las diez mil libras ni la carga de cochinilla, sino por no dejar sin castigo un delito tan infame y por vengar á un miembro de esta benéfica sociedad. Señor oficial, ¿quiere usted unir sus esfuerzos á los nuestros?

—Había decidido organizar por mi cuenta una expedición para ver de salvar á ese malaventurado capitán.

—Es usted un hombre de corazón, y se lo agradezco en nombre de la sociedad. Ahora obraremos sin pérdida de tiempo.

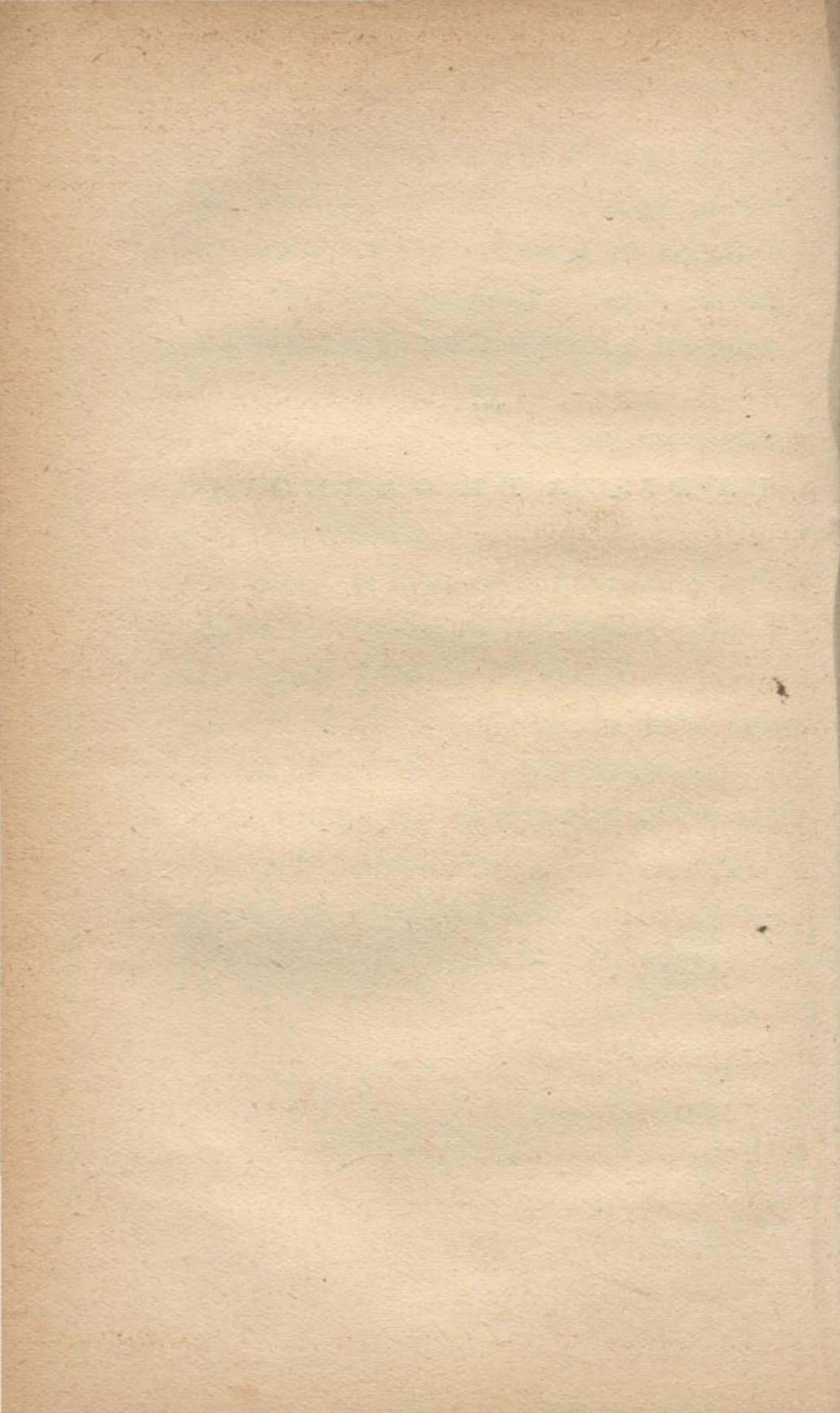
El indio tomó una varilla de metal que había en un escabel, y acercándose á un disco de bronce, dió en éste tres golpes que atronaron la habitación.

—¿Qué va usted á hacer?

—Pronto lo sabrá—replicó el indio.

IV

LA PISTA DE GARROVI



Aún no habían cesado las vibraciones del disco metálico, cuando apareció en la puerta del gabinete un indio, joven de quince años, de rostro inteligente y con la piel de color del bronce claro con reflejos dorados.

Toda su vestimenta consistía en un *romal* amarillo, color preferido por los indios porque resiste mejor el sol y la lluvia. Se inclinó ante el presidente de la *Joven India* y aguardó á ser interrogado, fijando la mirada de sus ojos negros y aterciopelados en el joven teniente.

—¿Conoces al jefe de los saniassos de Calcuta?—le dijo el presidente.

—Sí, señor—repuso el jovenzuelo.

—Tengo que confiarte una misión muy delicada, y espero que la cumplirás con ayuda de tu inteligencia y de tu astucia.

—Habla, señor.

—Deseo saber qué ha sido de dos indios que hace tiempo formaban parte de la secta de los saniassos.

—Dí los nombres de esos dos individuos.

— El uno se llama Hungse, y el otro, Garrovi.

—No los olvidaré.

—Te advierto que pongo á tu disposición todo el personal de la *Joven India* y que la caja está abierta para cuanto puedas necesitar. Ve, y vuelve con buenas noticias.

El joven se inclinó de nuevo y salió rápidamente, cerrando tras sí.

—Perdone, señor—dijo Oliverio, presa del mayor asombro:—¿piensa usted que ese jovencito podrá conseguir algo?

En los labios del indio se dibujó una sonrisa.

—No tenga usted miedo. Punya vale tanto como los jefes más inteligentes de la policía inglesa, y averiguará lo que haya sido de los dos saniassos.

—¿Y cuántos días invertirá?

—Todo depende de las circunstancias; pero yo espero tener buenas noticias antes de mañana por la tarde. Ahora preocupémonos del hermano del pobre Middel.

—¿Le hará usted buscar?

—Esta misma noche enviaré varios hombres á Serampur: este muchacho puede proporcionarnos datos preciosos.

—Dígame usted: ¿quién era Middel?

—Un anglo-indio nacido de padre blanco y de una india de Chandernagor, si no me equivoco. Desde hace seis años se dedicaba al cabotaje con una *grab* de su propiedad.

—¿Y su hermano es joven?

—Debe de tener catorce ó quince años.

—¿De modo que mañana espera usted ver al muchacho y saber algo de los dos saniassos?

—Sí, señor teniente; y cuando logremos averiguar dónde embarrancó la *grab*, la *Joven India* tomará la iniciativa para buscar á su desgraciado socio y vengarle.

El teniente y Harry se pusieron en pie.

—Hasta mañana—dijo Oliverio tendiendo la mano al indio.

—Le aguardo —repuso éste acompañándole hasta el primer escalón.

El oficial y el marinero salieron de la residencia de la *Joven India* y se albergaron en una de las mejores fondas del *strand*, pues estaban cansados de aquella marcha desordenada á través del delta gangético.

Al día siguiente, no sabiendo cómo matar el tiempo, pues habían prometido al presidente de la *Joven India* visitarle después de la puesta del sol, se dedicaron á recorrer la ciudad negra, que Oliverio no conocía aún. *Black Town* ó la ciudad negra, es la antigua capital del reino de Bengala, y constituye la parte más característica de Calcuta, hallándose habitada solamente por indios; la ciudad blanca (*White Town*), de construcción reciente y que no tiene nada de oriental, está habitada por los ingleses y por algunos príncipes indios.

Aún cuando cuenta muchos años de existencia, la *black town* se conserva intacta: es un amasijo de pagodas, casas bajas con un solo piso, y construcciones atrevidas que elevan á gran altura sus crestas, sus cúpulas adornadas con cabezas de elefantes ó con las nuevas encarnaciones de Visnú, el dios conservador de los indostanes.

Todo es sucio en la antigua capital de Bengala: sucias las callas, estrechas, tortuosas, fangosas; oscuras y malolientes las pequeñas tiendas, en cuyo interior están los vendedores sentados con las piernas cruzadas; horrible también el bazar ó mercado formado por construcciones de madera mal unidas y deterioradas.

El teniente y Harry pasaron gran parte de la jornada dando vueltas por el bazar entre una multitud de bengalíes, arracaneses, malabares y musulmanes, deteniéndose á cada paso para admirar á los encantadores de serpientes. Por la tarde regresaron á la ciudad blanca y se encaminaron al *strand*. El pre-

sidente de la *Joven India* los aguardaba en el salón azul de la víspera. En cuanto entraron, por la alegre fisonomía de los indios, dedujeron que éste había tenido buenas nuevas.

—Le esperaba con impaciencia; tengo que comunicarle noticias de interés.

—¿Ha triunfado en su empresa el joven de ayer?—preguntó el teniente.

—Más de lo que yo esperaba.

—¿Sabe acaso dónde están los saniassos?

—Uno solo. De Hungse no ha sido posible obtener noticias.

—Nos basta uno—exclamó Oliverio, que estaba loco de alegría.—¿Ha mandado detenerle?

—Todavía no; pero esta noche le sorprenderemos en su domicilio. He mandado reunir diez hombres resueltos.

—¡Le detendremos nosotros!

—Prefiero no servirme de la policía. Mis gentes obrarán mejor, y no le dejarán huir.

—Pero ¿dónde se halla Garrovi?

—Aquí.

—¿En Calcuta?

—Sí, señor oficial; pero ya no es un pobre saniasso: es un indio que vive á lo grande en un distinguido *bengalow* situado más allá de la explanada del fuerte William. Con diez mil libras esterlinas se puede vivir holgadamente.

—¡Bandido! Su ¿compañero y los mala-bares...?

—Los habrá asesinado para disfrutar solo de la caja llena de oro.

—¿Lo cree usted?

—Lo sospecho, porque si se hubiesen repartido las diez mil libras, á Garrivi no le hubiese tocado tan gran cantidad que le permitiese vivir con ese lujo.

Es verdad, ¿Y cómo ha logrado Punay averiguar que el miserable se encuentra en Calcuta?

—Como usted sabe, cada casta tiene un jefe; Punay fué al de los saniassos en nombre mío, preguntándole por Hungse y Ga-

rrovi. Le dijeron que esos dos bribones partieron de la costa hace algunos meses con objeto de buscar trabajo lejos de aquí: hará unos veinte días que el jefe se encontró á Garrovi en un palanquín, seguido por varios servidores, y le reconoció. Como dijo que le había visto cerca de la explanada del fuerte, á Púnya le fué fácil buscar por aquel lado y descubrir la habitación del traidor.

—¡Que no sospeche que le espían!

—No tenga usted cuidado; mis hombres le vigilan, y en cuanto le vean entrar en su *bengalow*, vendrán á avisarnos.

—¿Permite usted que tomemos parte en la expedición?

—No se rechaza á hombres como ustedes. Los blancos no son tan astutos como los indios; pero sí muy valerosos.

—¿Y el hermano de Middel?—dijo Harry.

—¡Ah!—exclamó el indio.—Olvidaba decirles que el muchacho está ya aquí.

Dió dos golpes en el disco metálico, y ordenó al criado que compareció que introdu-

jese al joven Middel. A los pocos instantes el hermano del infeliz capitán de la *Djumna* penetraba en el salón azul.

Era uno de los mejores ejemplares de la raza llamada en la India *half-cat* (mestizos). No tenía más que trece años, pero presentaba una musculatura muy desarrollada y una estatura mayor que la ordinaria en los muchachos europeos de esa edad.

Su cabeza era hermosa, y estaba cubierta por unos cabellos rizados y negros como el ébano; la piel del rostro era de color bronceado claro, con ciertos matices más bien plateados que dorados; la nariz era muy regular; los labios, sonrosados y carnosos, como cerezas; los dientes, blanquísimos, y los ojos, grandes y muy negros.

Llevaba un sencillo traje blanco sujeto á la cintura por una faja encarnada, y en la mano, un ancho sombrero de paja en forma de hongo.

—Este es el señor de quien te había hablado, Eduardo—dijo el presidente mostrándole al oficial.

—Permita usted, caballero, que le dé las gracias por el interés que ha manifestado por mi desdichado hermano—dijo el joven.

—Aún espero hacer más, hijo mío—repuso Oliverio,—y, si es posible, te devolveré á tu Alí.

—Si así fuera, mi agradecimiento sería eterno.

—Déjate de cumplidos, y dime si puedes darnos noticias de tu hermano.

—Ninguna, caballero: ya se lo he dicho al presidente. Alí me dejó el 10 de Agosto, diciéndome que iba á Singapur con una buena carga, y prometiéndome volver en Noviembre ó durante los primeros dias de Diciembre; pero no sé más.

—¿Y después no has recibido ninguna nueva?

—Ninguna.

—Antes de partir, ¿te comunicó algunas sospechas relacionadas con su tripulación?

—No señor.

—¿Tú quedabas con algún pariente en Chandernagor?

—No tengo en la India ningún pariente. Vivíamos con un criado muy viejo de nuestra madre

—¿Te mantenía tu hermano?

—Sí; pues sólo poseíamos una casita rodeada de unos campos muy pobres.

—¿No viste nunca á los dos saniassos que tramaron la ruina de tu hermano?

—No; pero conozco á los otros marineros

En aquel instante se abrió la puerta y el astuto Punya apareció en el umbral.

—Señor, Garrovi ha entrado en su *ben-galow*.

—¿Dónde están nuestros hombres?

—Pasean sin perder de vista la casa.

—¿Están todos armados?

—Con puñales y pistolas.

—¿Tienen la *ruth*?

—Todo está dispuesto.

—Señor Powel, cuando usted guste.

—Estamos á su disposición—repuso Oliverio.

—Retírate á tu habitacion, Eduardo—añadió el indio, dirigiéndose al joven;—mañana lo sabrás todo.

Tomó de un cajón de la mesa dos pistolas con incrustaciones de madreperlas, las escondió bajo el amplio *dubgah*, y salió precedido por Punya y seguido por Oliverio y Harry. Cruzaron el *strand*, siguiendo la orilla del Hugly, que á aquellas horas se encontraba desierto, atravesaron la explanada del fuerte, y pocos minutos después se detenían ante una villa situada cerca del río.

Punya levantó una mano y señaló las persianas, á través de las cuales se veía brillar una luz

—Nuestro amigo vela todavía—dijo el presidente de la *Joven India*.

Se llevó á los labios su silbato de plata, y dió tres notas débiles, pero que podían oirse á doscientos pasos de distancia.

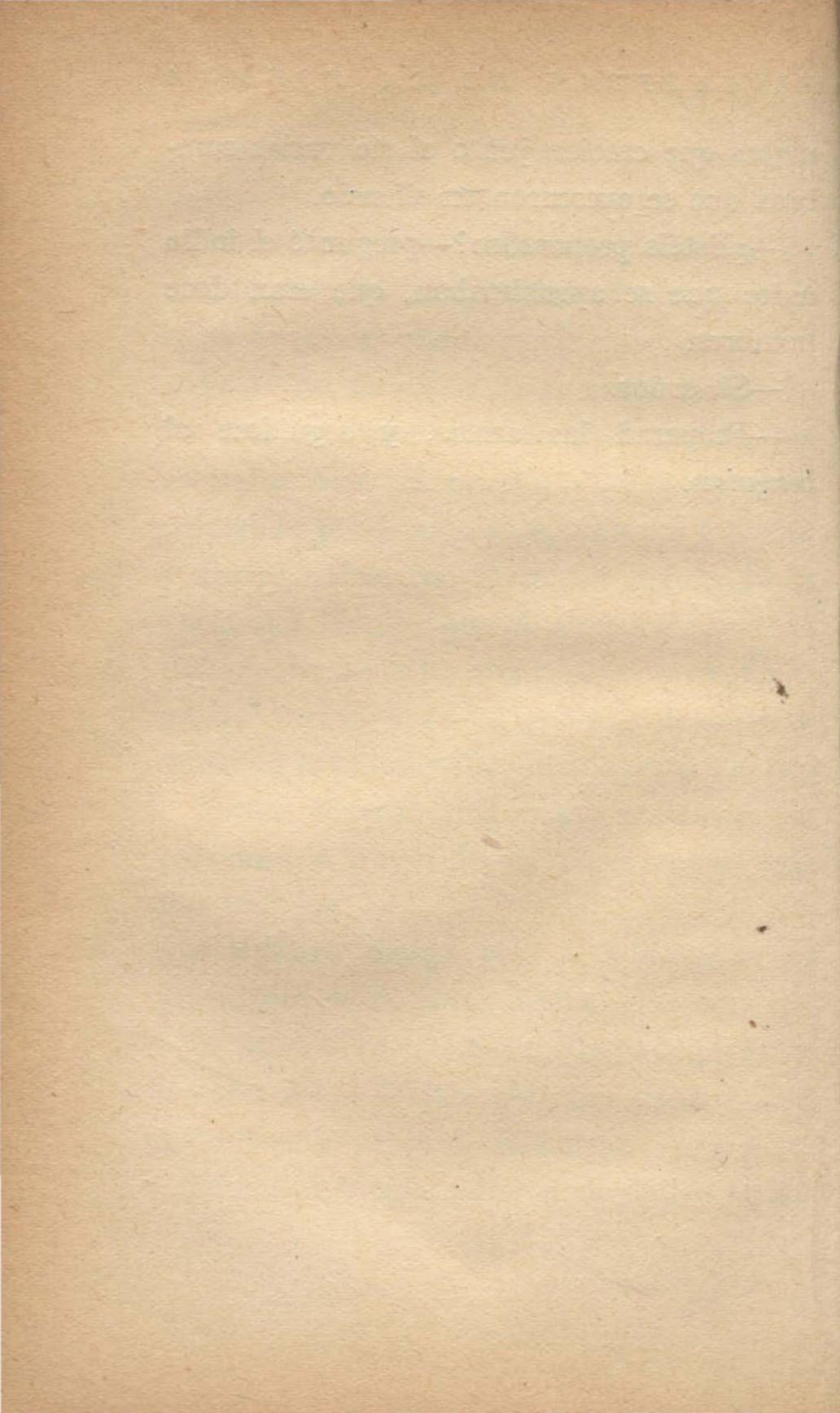
Inmediatamente salieron de detrás de las

matas que crecían junto al río varias sombras que se acercaron en silencio.

—¿Estáis preparados?—preguntó el indio á los que se aproximaban, que eran doce hombres.

—Sí, señor.

—Preparad las armas, y seguidme al *bengalow*.



V

EL SANIASSO DE LA «DJUMNA»

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Los *bengalow* de la India son casas de campo, ó mejor dicho, palacetes de un estilo particular, apropiados para las necesidades del clima y que no carecen de cierta elegancia. Son todos de un solo piso, el cual se levanta sobre cimientos de ladrillo; están coronados por un tejado en forma de pirámide, que defiende admirablemente las habitaciones del excesivo calor del sol. En torno de ellos se extiende una galería llamada *varanga*, sostenida por elegantes columnas y defendida por estores de cocotero; la cocina y la caballeriza se separan del cuerpo principal de la casa formando dos alas. Las habitaciones son muy espaciosas, muy aireadas, y todas tienen cuarto de baño, porque sus moradores acostumbran á tomarlo por la mañana y por la noche. Muebles po-

cos; pero de gran utilidad: alguna mesa, alguna caja de caoba, grandes sillas de asiento muy alto y de un metro de largo para poder extender cómodamente las piernas, y, por último, lechos espaciosos cubiertos por mosquiteros, con objeto de defender al durmiente de los miles de mosquitos que pueblan las inmediaciones de los rios.

El *bengalow* de Garrovi estaba construído como todos los otros; pero en lugar de hallarse rodeado de un jardín, su fachada se reflejaba en las aguas del Ganges, y su dueño dominaba desde la *varanga* un gran trozo del inmenso río

El presidente de la *Joven India*, á quien nada se le ocultaba, antes de aproximarse á la puerta ordenó á cuatro de sus hombres que se escondieran entre las plantas de la ribera, y dispuso á los otros en torno de la casa para impedir cualquier intento de fuga.

Hecho esto se dirigió hacia la puerta seguido de Puna, Oliverio y Harry, y dió un

golpe en un *gong* que estaba suspendido de una columna de la *varanga*.

Un criado del *bengalow* apareció en lo alto de la escalinata de piedra.

—¿Está en casa tu amo?—le dijo el presidente.

—Sí—repuso el siervo saludando.

—Llévame á su presencia.

—Ignoro quién eres.

—El presidente de la *Joven India*.

Bastó el nombre de aquella popular institución para que la puerta se abriese del todo.

—Entra—dijo el criado.—Voy á avisar á mi señor.

—Es inútil—repuso el indio:—introdúcame sin pérdida de tiempo.

Precedidos por el siervo, los tres hombres y el jovenzuelo atravesaron un salón, y entraron en una estancia iluminada por una lámpara de grandes dimensiones. En medio del cuarto, cómodamente sentado en un sillón de *rotang*, estaba un hombre que se entretenía en aspirar del humo perfumado

del *guráceo*, que ardía dentro de una de esas pipas de dos pies de altura y de finísima porcelana que se llaman *hukah*. Era un indio de regular estatura, pero delgado, como suelen serlo casi todos los indostanes; sus brazos desnudos parecían bastones recubiertos de cuero. Pero se adivinaba que aquel individuo, á pesar de ser tan escuálido, poseía una fuerza muscular notable.

Su rostro, bronceado sin reflejos, tenía rasgos tan finos como si perteneciese á las razas puras de la India; la frente deprimida, la nariz un poco gruesa, los labios carnosos, y los ojos, de intenso color negro, tenían algo de tétrico y feroz.

Una ancha cicatriz que le atravesaba la cara desde la oreja derecha al carrillo izquierdo contribuía á hacerle más antipático.

Vestía como los indios poderosos, y la cabeza, cuidadosamente rasurada y untada con aceite de coco perfumado, la tenía cubierta con un pañuelo de seda encarnado.

Al ver entratr á los desconocidos el indio se puso en pie con agilidad de felino, y su mirada se fijó en el presidente y en los dos europeos con expresión de viva inquietud.

—¿Qué queréis? ¿Quién os ha introducido sin anunciaros antes?

—No hacía falta—dijo el anciano:—soy el presidente de la *Joven India*.

—¿Y á qué debo el honor de que me honre con su visita el jefe de tan poderosa asociación?

—Ahora lo sabrás

—Pero ¿qué buscan esos europeos?

—Son amigos míos.

—No los conozco

—No importa: oye.

—¡Habla!

—¿Te llamas Garrovi?

—Sí.

El presidente miró en torno suyo, admirando los muebles de caoba, las cortinas de seda de las ventanas y la lámpara dorada que pendía del techo; después se cruzó de

brazos, y encarándose con el indio, que le miraba atónito, le dijo con voz bronca:

—Según parece, el antiguo miembro de los pobres saniassos se ha rodeado de un lujo principesco. ¿Has hecho fortuna, ó te has encontrado el tesoro del Gran Mogol?

Al oír estas palabras Garrovi palideció, y un terror espantoso se reflejó en su rostro.

—¡El antiguo saniasso! Creo que te engañas.

—En efecto —añadió el presidente con marcada ironía:—ya no llevas la barba y el pelo largos y despeinados, ni la cara embadurnada de barro y tierra colorada, ni el bastón, ni el vaso de cobre como aquellos embaucadores insolentes que se llaman saniassos; pero no me engaño, Garrovi. Tú eres el ex-saniasso, y vengo á preguntarte qué ha sido de una *grab* en la cual te habías embarcado.

—¡Una *grab*!—exclamó Garrovi fijando en el presidente sus ojos aterrorizados.

Después, haciendo un esfuerzo supremo, prorrumpió en una carcajada, diciendo:

—Pero ¿de qué *grab* hablas? No he salido nunca de Bengala, no me he embarcado jamás, y temo que me confundas con algún bribón que lleve mi mismo nombre.

—¿De modo que no conoces la *Djumna*?

—¡La *Djumna*!—repitió el miserable con voz temblorosa.

—¿No has conocido nunca á Alí-Middel?

—¡Alí-Middel!

—¿Y no has abandonado nunca á ese infeliz en medio del golfo de Bengala, después de haber hecho naufragar la *grab*...?

Garrovi no se atrevió á contestar: un terror inexplicable le paralizaba la lengua; su mirada extraviada iba del indiano á Oliverio, á Harry y á Punya.

—¿Y qué has hecho de las diez mil libras que contenía la caja? ¡Responde, niega si te atreves!

Una horrible sonrisa se dibujó en los labios del miserable, y por sus ojos pasó un relámpago sangriento.

—¡Habla!—repitió el presidente acercándose á él.

Garrovi no respondió: según adelantaba el jefe de la *Joven India*, él iba retrocediendo y aproximándose á la puerta que conducía á la *varanga*

—¡Habla, canalla!—repitió de nuevo el anciano.

—¡He aquí mi respuesta!—dijo de pronto Garrovi.

Y con un movimiento rapidísimo sacó de debajo del *dughah* una pistola: brilló un rayo, seguido de una detonación; pero el jefe de la *Joven India* permanecía en pie entre la humareda del disparo.

Oliverio, con el sable desenvainado, se precipitó hacia el asesino, mientras Harry sacaba rápidamente su cuchillo.

Entretanto Garrovi con agilidad de tigre, se lanzó á la *varanga*, saltó el parapeto, y se dejó caer en el río.

—¡Miserable!

—¡Eso es cosa mía!—gritó Harry.

El presidente, que había salido ileso gracias á la precipitación de su enemigo, detuvo al marinero cuando éste se disponía á saltar el parapeto.

—No hace falta: deje hacer á mis hombres.

—¡Es que huye ese bandido!

—¡No llegará muy lejos!

Los cuatro indios que estaban ocultos entre las matas bajaban precipitadamente por la orilla, sosteniendo con los dientes sus puñales. Se detuvieron un instante como para aconsejarse, y luego se arrojaron al agua.

La Luna, que brillaba en un cielo purísimo, permitía ver con claridad el curso del Hugly en una extensión de varios kilómetros, y á los hombres, que daban caza al miserable. El presidente, Oliverio, Harry y Punya, asomados al parapeto, espiaban la operación de Garrovi, mientras los hombres que se habían introducido en el *bengalow* impedían que los criados del fugitivo fuesen en su ayuda.

Los cuatro nadadores avanzaban dete-

niéndose de vez en cuando, por el temor á que el ex-saniasso desapareciese nadando por debajo del agua. Garrovi debía de ser muy fuerte y muy ágil, pues hacía ya algunos minutos que se había arrojado al río, y aún no había sacado la cabeza.

Una vez, á treinta metros de la orilla, se vio aparecer una mancha oscura, que desapareció en seguida.

—¡ Ya se ha provisto de aire!—dijo Harry,—¡ El granuja es más hábil que un pescador de perlas!

—No hay peligro: mis hombres valen tanto como él. ¡ Miradlo!

Los nadadores que se habían percatado de la aparición de Garrovi, se sumergieron de nuevo. Pasó otro minuto y se vió reaparecer la mancha oscura en medio del río; pero esta vez no volvió á hundirse en las aguas, pues torno de ella aparecieron otras cuatro cabezas. Se oyó un grito; dos cuerpos se debatían á flor de agua, levantando montones de espuma. Luego gritó una voz:

—¡Es nuestro!

—¡Ya les decía yo que habían de prenderle!—dijo el presidente de la *Joven India* volviéndose á Harry.

—¿Le traerán aquí?—preguntó el teniente

—Sí, señor.

—¿Le interrogaremos?

—En cuanto llegue.

—¿Y hablará?

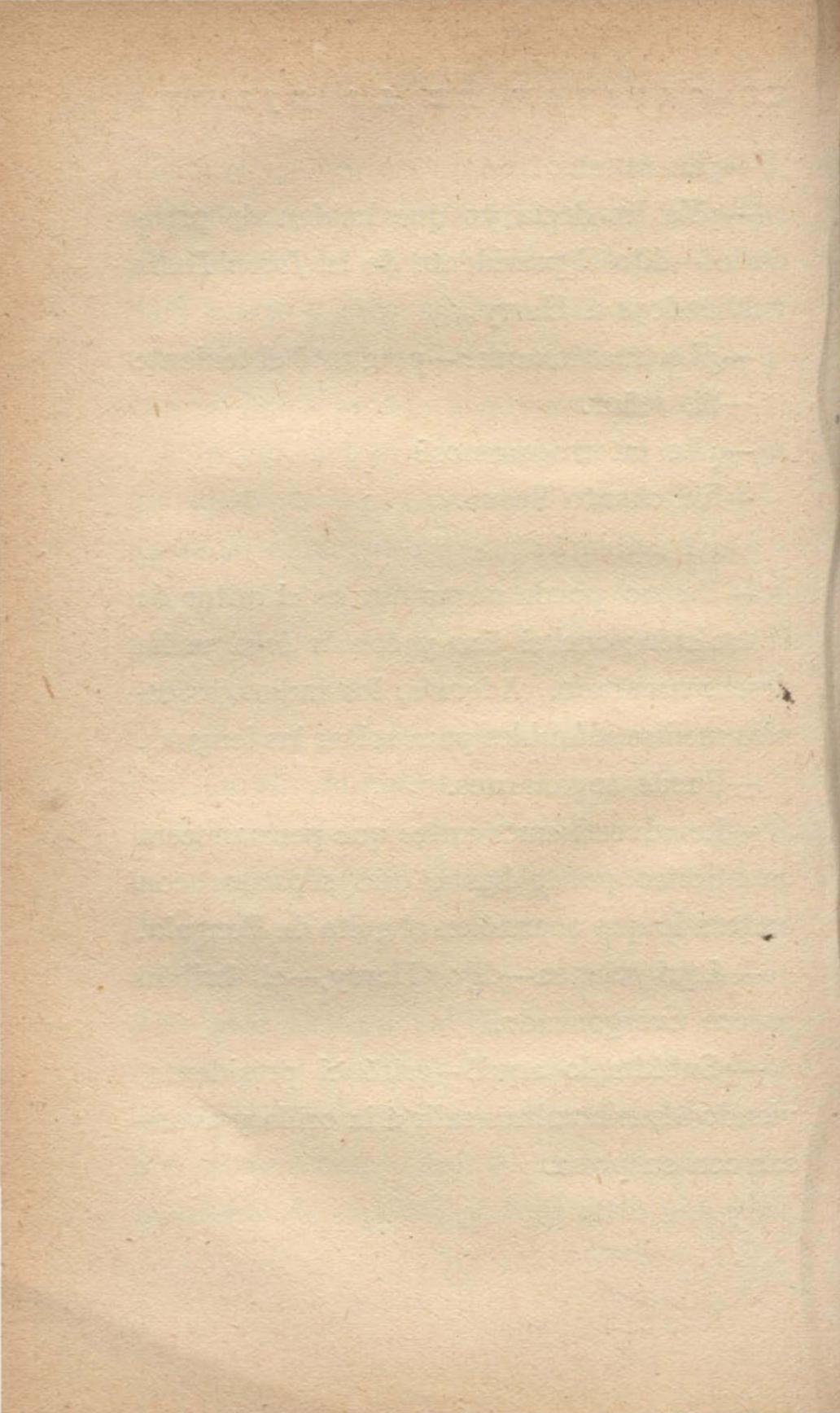
—Ya no puede negar que es el autor de la traición; con el tiro y con la fuga se ha desenmascarado. Además, los indios poseemos medios infalibles para soltar las lenguas.

—Puede engañarnos.

—Le advertiremos antes que permanecerá en nuestro poder hasta que sepamos con certeza lo que ocurrió en el golfo de Bengala.

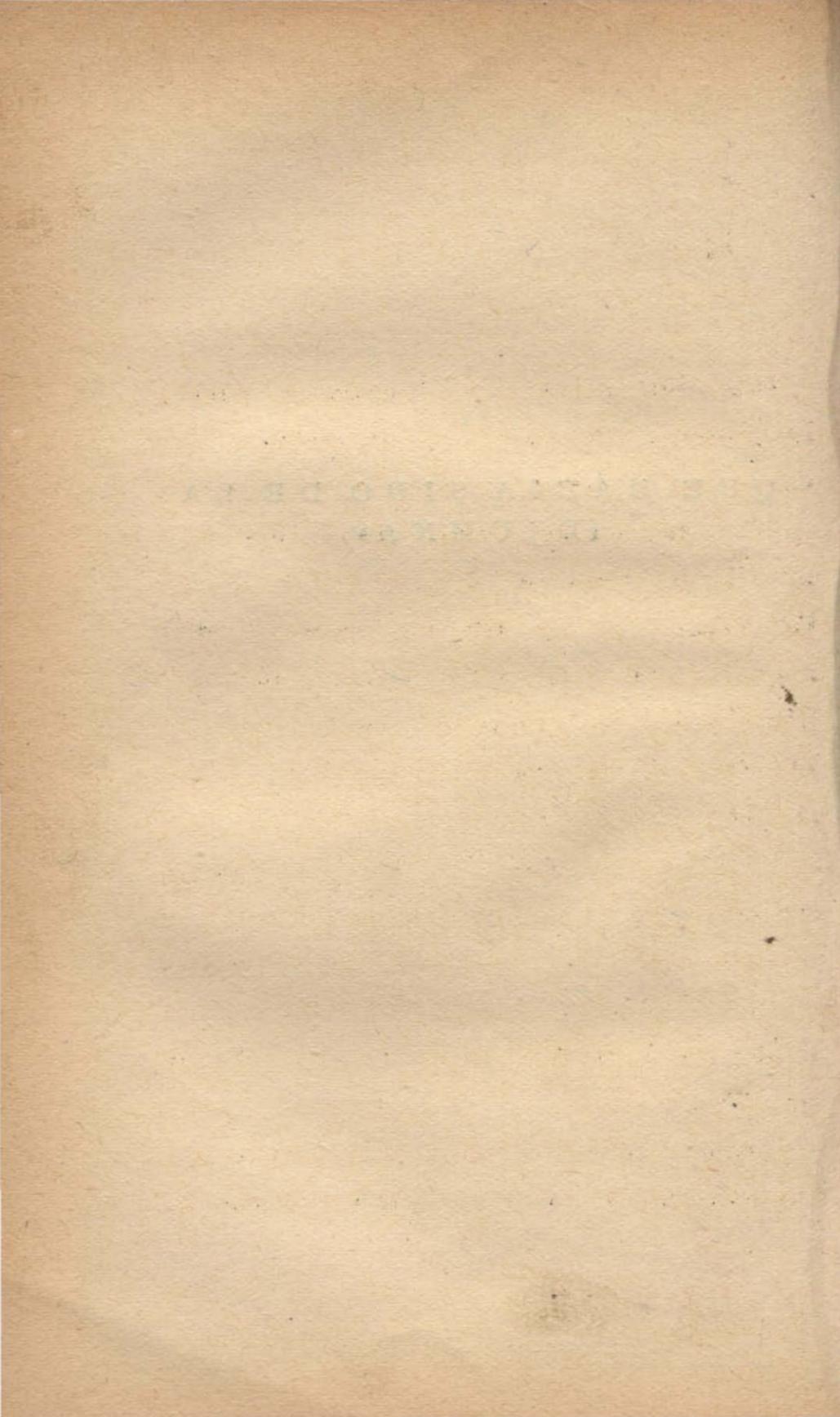
—Aquí vienen—dijo Harry,—el bribón parece avergonzado.

—¡Subídmelo aquí!—gritó el presidente, viendo á sus hombres salir á la orilla y avanzar con su presa.



VI

QUE HABIA SIDO DE LA
«DJUMNA»



Dos minutos más tarde Garrovi se hallaba en presencia de ellos, con las piernas ligadas y con el *dugbah* calado por el remojón.

El traidor había perdido toda su audacia: miraba de reojo al jefe y á sus acompañantes, y en su rostro se reflejaba una angustia indecible. Estaba en poder de aquellos hombres, y comprendía que era imposible rehuir el interrogatorio que había de ser su perdición.

El anciano, Oliverio y Harry se habían sentado delante de él, mientras Punya y otros dos se colocaron cerca de la puerta, con las pistolas en la mano, para darle á entender que no podía contar con el auxilio de sus siervos.

—Ahora nosotros—dijo el presidente.—
Supongo que ya no negarás que eres Garro-

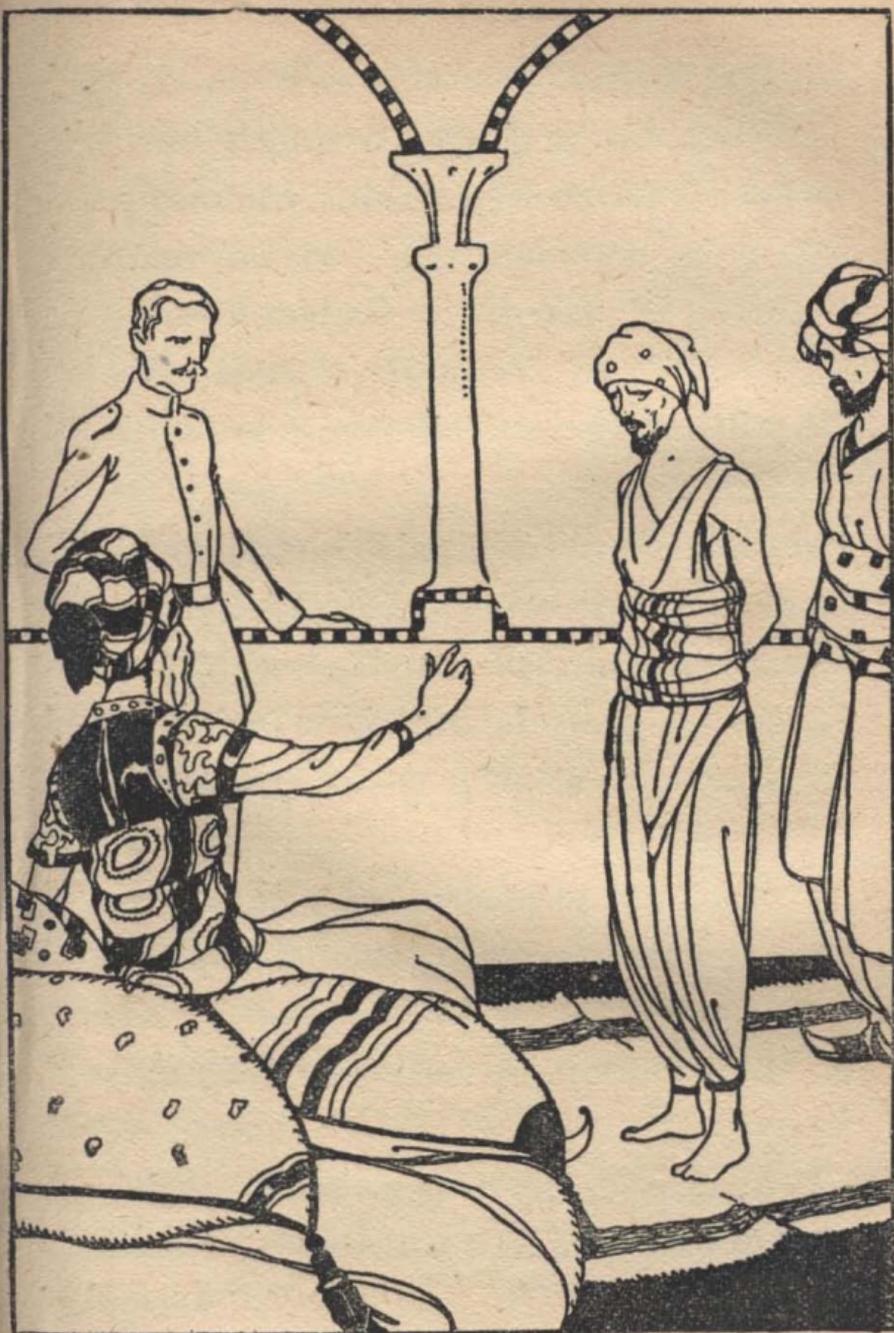
vi, aquel que se embarcó en la *grab* de Alí-Middel con rumbo á Singapur. Tenemos pruebas concluyentes contra tí, y éstas bastan para que podamos hacerte colgar en el acto. Te advierto ante todo que si confiesas cuanto queremos saber puede que venga un día en que vuelvas á gozar de esas riquezas que adquiriste gracias á un asesinato; pero si te obstinas en callar, estamos resueltos á recurrir á los medios más crueles antes de entregarte á las autoridades de Calcuta. ¿Hablarás?

—Hablaré—dijo Garrovi después de dudar unos momentos.

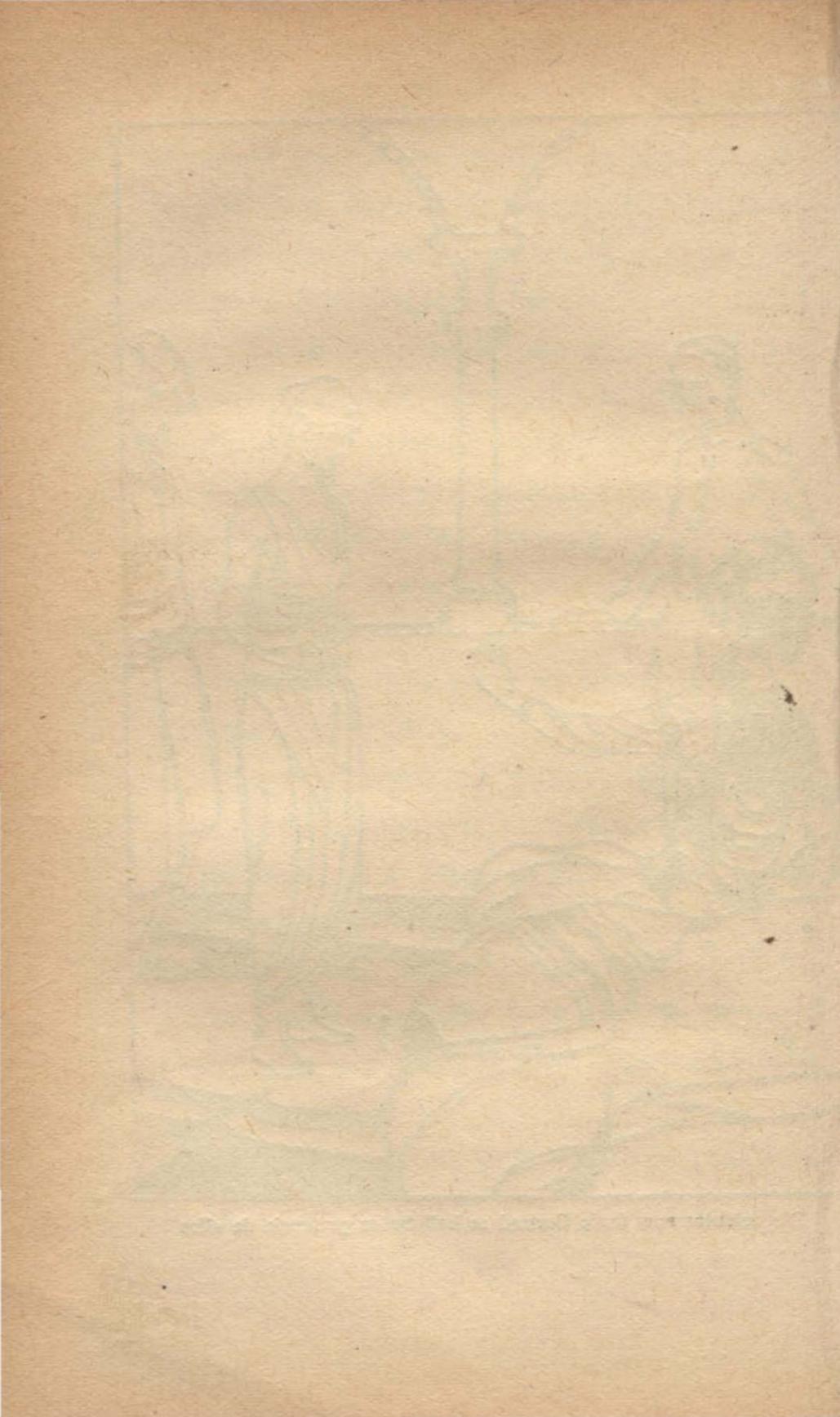
—Te tendremos en nuestro poder hasta que confirmemos escrupulosamente tus declaraciones. Así, pues, es vano que intentes engañarnos: ¿comprendes?

Esta última advertencia desconcertó en cierto modo al bribón, el cual habia pensado engañarlos y desplegar toda su astucia para ganar tiempo.

—¿Quién era tu compañero?—preguntó el presidente.



Dos minutos mas tarde Garrovi se hallaba en presencia de ellos



Al oír aquellas palabras, Garrovi levantó la cabeza y miró atónito al presidente.

—¿También sabes eso?—exclamó.—¿Los muertos vuelven? Sin embargo, le ví con estos ojos á merced de las olas del golfo.

—¿Ha muerto Hungse?

Garrovi no respondió: parecía petrificado.

—¿Ha muerto?

—Pero ¿cómo sabes esa terrible historia?—preguntó el miserable en el colmo de la estupefacción.—¿Cómo has sacado el secreto de los profundos abismos del mar..? ¿No murieron todos? ¡Mi hierro supo herir sin temblar!

—¿Hungse y los malabares también?

—¡Los malabares! ¿Qué sabes tú? ¿Quién eres?

—Ya te lo he dicho: el presidente de la *Joven India*.

—Pero ¿cómo sabes lo que ha ocurrido en alta mar, á quinientas ó seiscientas millas de Bengala?

—Después lo sabrás.

—¡Si lo sabes todo, mátame!

—No quiero tu muerte.

—¿Qué quieres?

—Reconstruir el drama que se desarrolló en el golfo.

—¿Con qué objeto?

—Con el de salvar á Alí-Middel.

—¡Alí-Middel! ¿Aún vive ese hombre?

—Tal vez.

—¿No se fué á pique la *grab*?

—No.

Garrovi se secó con la mano el sudor frío que le bañaba la frente.

—¡Estoy perdido!—balbuceó.

—Si no lo confieras todo, sí—añadió Oliverio.

El indio miró al teniente.

—¿Es usted quien ha tenido noticias de Alí?—le preguntó Garrovi con voz sombría.

—Sí.

—¡Ah! ¡Lo sospechaba!

—¿Lo confesarás todo?—dijo el anciano.

—¿Y no me mataréis después?

—Te prometemos dejarte la vida.

—¿Y me dejaréis libre?

—Algún día seras libre, si no nos engañas.

—Preguntad.

—¿Dónde se halla la *grab* cuando tú, Hungse y los malabares la abandonasteis?

—Al Sur de la Pequeña Andamana.

—¿Estás seguro?

—Sí, porque Alí-Middel determinó al mediodía el punto en que estábamos, fijando exactamente la latitud y la longitud.

—¿A cuántas millas de la costa?

—A veinticinco, próximamente.

—¿Qué viento soplabo?—dijo Harry.

—De proa—respondió Garrovi.

—¡Ahora me lo explico todo—dijo el marinero—y confío en que Alí viva aún! Si soplabo viento Sur, debió de empujar á la *grab* contra la Pequeña Andamana, varándola en uno de los muchos bancos de arena ó entre los escollos de coral que rodean á la isla. Esta varadura providencial ha impedido que la *Djumna* naufragara, y ha hecho que Alí tocara tierra.

—Pero estaba encerrado en el camarote—
dijo el presidente.

—Habrá logrado derribar la puerta, ó mejor...

—¿Qué quieres decir?—dijo Oliverio.

—Allí escribe que tenía un perro, y que al final no le oyó ladrar: acaso el inteligente animal saltó á la orilla y llamó la atención de los andamanes para que recogiesen á su amo.

—¿Y crees que los andamanes iban á seguir al perro y á libertar á Alí?

—Lo sospecho, señor Oliverio.

—Tienes razón: así debió de suceder. Siga usted el interrogatorio, señor presidente.

—¿Abandonaste la *grab* en la pinaza?

—Sí—contestó el indio.

—¿Quién iba contigo?

—Hungse y siete malabares.

—¿De qué enfermedad habían muerto los misorianos?

—Hungse les envenenó la comida.

—¿Hungse ó Garrovi?

—¿Qué te importa?—contestó el ex-saniaso con voz ronca.—Murieron. ¿Qué más da?

—¿Sobrevivió alguno de tus cómplices?

—No.

—¿Fueron todos asesinados por ti?

El indio no respondió: temblaba como si tuviera fiebre, y miraba en torno suyo con los ojos extraviados, como si temiera ver aparecer en uno de los rincones de la estancia los espectros de las víctimas.

—¡Habla!—prosiguió el anciano.

—La caja de oro me tentaba. Si hubieramos tenido que repartir aquellas diez mil libras entre nueve personas, á ninguno nos hubiera correspondido una cantidad suficiente para vivir con holgura, y yo deseaba ser rico. Una noche oscura, cuando nos encontrábamos á cien millas de la costa de Bengala y mis compañeros dormían profundamente, envenené el barril del agua.

—¿Aún te quedaba veneno?

—Sí. Doce horas después los malabares murieron; pero Hungse, que desconfiaba de

mí, vivía todavía, pues no había querido beber, porque notó que yo no había bebido tampoco. Temiendo por su vida, se abalanzó á mí armado de su puñal; pero yo era más fuerte y más diestro que él, y le acribillé de heridas mortales. Luego le arrojé al mar. Aquí en la cara tengo una señal de la tremenda lucha que sostuvimos. Al día siguiente llegué á la isla de Baratalo. Lo demás no puede interesaros.

—¡Qué canalla!—dijo el marinero.—¡He aquí un hombre que tendrá que ir bien custodiado si ha de venir con nosotros á las islas Andamanas!

—Ya sabemos lo que necesitábamos —dijo Oliverio.—Nuestras sospechas se han confirmado.

El anciano salió á la terraza é indicó al teniente y á Harry que le siguieran, mientras Punya y los dos indios se colocaban junto á Garrovi.

—Diga, señor Powel—dijo el presidente:—¿sigue usted con el propósito de buscar á Alí?

—La muerte de ese desgraciado me interesa. Si me conceden una licencia de varios días, me llegaré á la Pequeña Andamana para buscarle.

—Yo me encargo de hablar con el virrey de Bengala para que le conceda el permiso, y tengo la seguridad de que no me negará ese favor. Una excursión á las Andamanas puede interesarle mucho al gobierno inglés.

—Entonces, disponga de mí.

—¿Cuándo quiere usted partir?

—Mañana mismo: no tengo nada que hacer en Bengala.

—Sería muy precipitado, señor Powel; pero antes de cinco días estará todo á punto. La *Joven India* costeará todos los gastos, facilitará la nave, y una tripulación escogida y de confianza.

—Deseo contribuir...

—Ya lo hace usted asumiendo el mando de la expedición; y no es poco, porque ya sabrá usted que no es cosa sencilla desembarcar en aquellas islas, que gozan de tan

mala reputación. Se juega usted la vida por un desconocido: es demasiado y dice mucho en pro de su valentía y de su generosidad.

—¿Y qué vamos á hacer de Garrovi?— dijo Harry.

—Puede que les sea útil á ustedes, y les aconsejo que le lleven. Esta noche mandaremos transportarle al domicilio de la *Joven India*, y allí estará cuidadosamente vigilado hasta el día del embarco.

—Embarcará también el hermano de Alí si quiere acompañarnos—dijo Oliverio.

—Está dispuesto á seguirles. Señores, podemos volver á la sociedad.

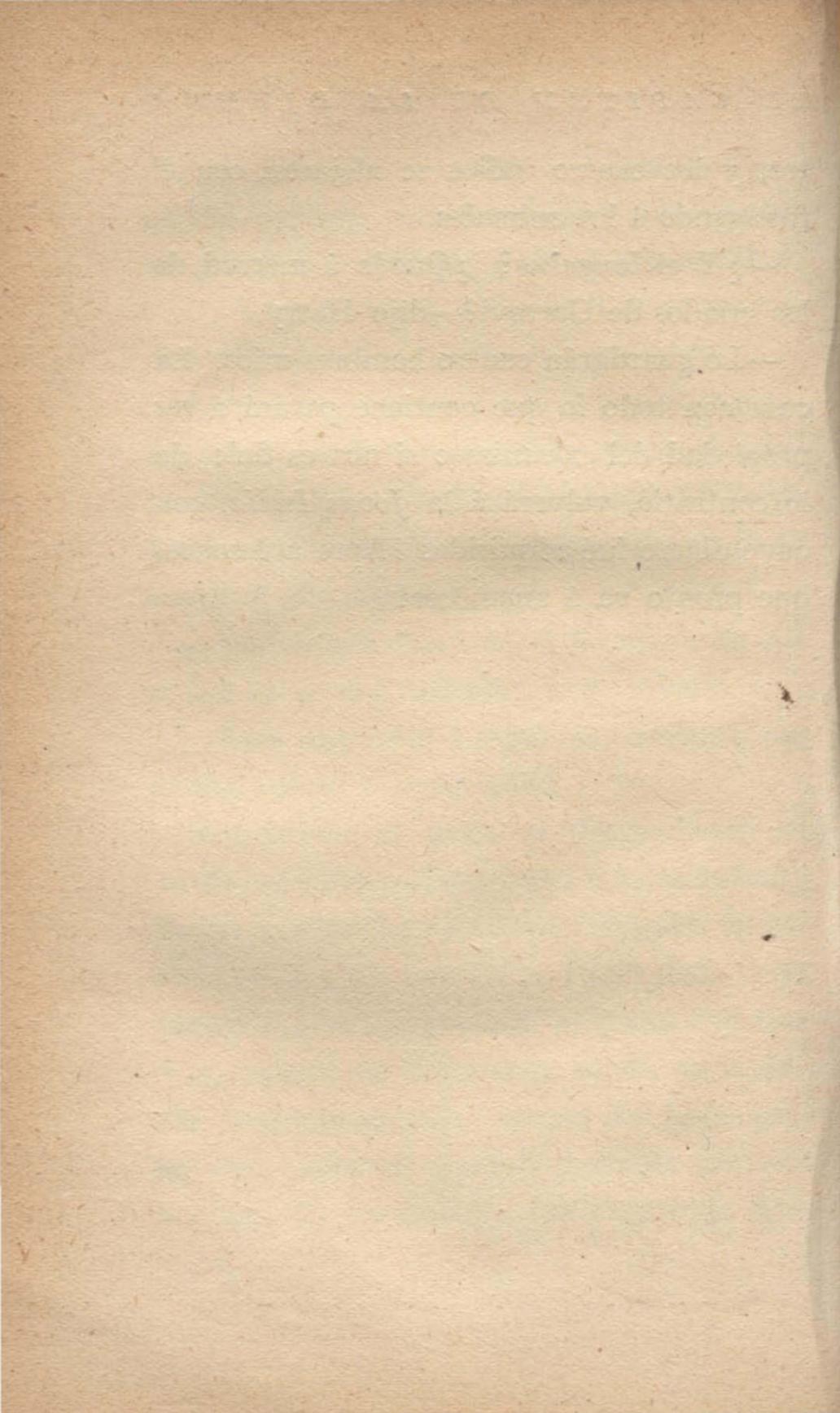
Regresaron al salón y descendieron al jardín, al mismo tiempo que los dos indios y Punya trasladaban á Garrovi después de haberle atado codo con codo. Fuera de la verja cuatro indios aguardaban al preso con una *ruth*, especie de litera muy usada en la India, bastante grande, cerrada por todas partes con cañas de bambú y tirada por dos bueyes. El ex-saniasso fué encerrado den-

EL CAPITAN DE LA DJUMNA

tro, y los cuatro indios se alejaron con él fustigando á los animales.

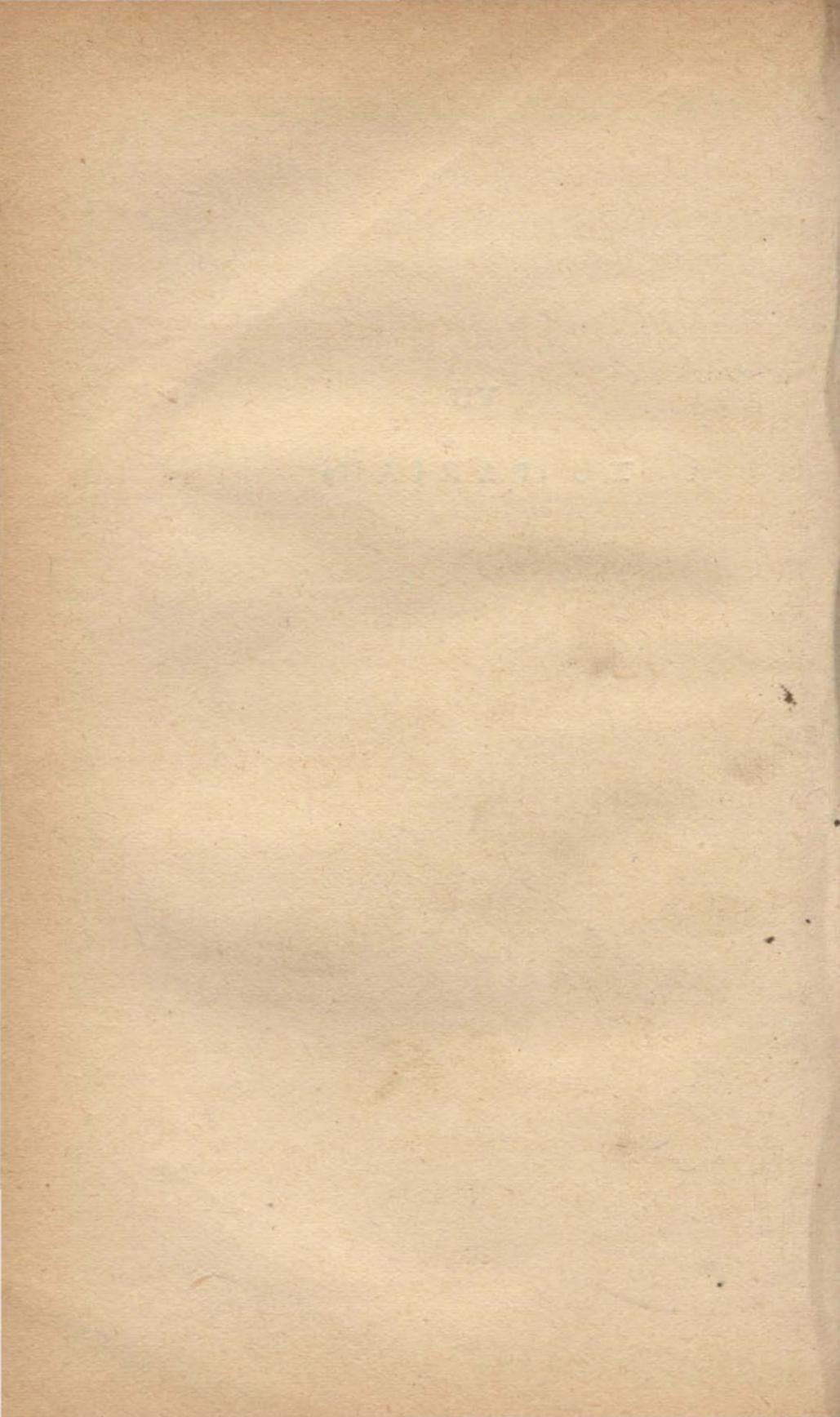
—¿Y el *bengalow*? ¿Queda á merced de los criados de Garrovi?—dijo Harry.

—Lo guardarán cuatro hombres míos. La casa con todo lo que contiene pasará á ser propiedad del ex-saniasso si nos es fiel: de lo contrario, volverá á la *Joven India*, con cuyo dinero fué adquirida. ¡Apresurémonos, que pronto va á amanecer!



VII

EL «P A R I A H»



Seis días después de los acontecimientos narrados una hermosa nave bajaba la corriente del Hugly favorecida por el viento y la marea, dejando atrás la capital de Bengala, que entonces comenzaban á dorar los primeros rayos solares. Era uno de esos navíos que los indios llaman paraos, de dos palos y quilla muy aguda; pero que no tenía la forma barroca de las naves de esta especie que se construyen en Coromandel y Malabar. Aunque llevaba el aparejo de las paraos, tenía la armadura de las *grab*, construída en gran parte con árboles de tek, madera muy notable por su extremada dureza, y con la cual se hacen las barras y los bordajes, mientras la parte sumergida era de sauce indio, madera pesadísima considerada como incorruptible, y que resiste años y años la acción de las aguas del mar.

Doce indios medio desnudos, bronceados y de gran estatura estaban siempre prontos á soltar ó á replegar las velas, y á popa un viejo de piel blanca y barba canosa empuñaba el timón. En la proa un hombre joven aún, vestido de blanco, discurría con un muchacho de unos trece ó catorce años que vestía del mismo color y se cubría con un sombrero de fibras de *rotang*. No hace falta decir que el viejo del timón era Harry, el joven, Oliverio, y su compañero, el hermano del malhadado comandante de la *Djumna*.

El parao, dirigido con mucha habilidad y henchidas sus velas por el viento, marchaba con una velocidad de siete ú ocho nudos por hora, favorecido además por la corriente que descendía con la marea; pasaba por delante de una serie interminable de *beñgalows*, cabañas, jardines y plantaciones de arrozales, cruzando por entre varios centenares de barcas y navíos que caminaban hacia la reina de Bengala. Con la aparición del sol, el gigante río se despertaba; sus ri-

beras se poblaban de hombres y de animales, unos para tomar su baño cotidiano ó para recitar sus oraciones con los piés dentro del agua, como acostumbran los brahmanes brigíbasos, á cuya costa pertenecen los campesinos y los porta-palanquines; otros para saciar la sed. Las barcas fluviales reanudaban su viaje, interrumpido para dejar su carga en las ciudades ó en los grandiosos almacenes de los ricos negociantes ó de las factorías europeas. Las arquitecturas navales de toda la India estaban allí representadas: veíanse cientos de *bangles*, grandes embarcaciones fluviales que pueden llevar una carga de cinco mil *monds* de arroz, con mástiles enormes hechos de varios bambúes unidos y con una cubierta de hojas para resguardar á la tripulación; muchos *poluares*, barcos pequeños bien contruídos, con un palo de cortas dimensiones provisto de vela cuadrada; grandes *pinazas* divididas en tres partes, con una *varanga* en la anterior, que sirven para el transporte

de viajeros; por último, cruzaban el río infinidad de barcos menores, *mor-punkys*, *pon-gas*, etc., etc. Nuestro parao, que caminaba con creciente rapidez, dejó presto atrás el último suburbio de la gran ciudad y se halló casi solo en el río. Algunas *grabs* le seguían, pero á mucha distancia.

Iba flanqueando la ribera izquierda, pues era allí más sensible la marea baja, y poco á poco la orilla aparecía más desierta, más selvática; los inmensos pantanos de Sunderbunds, que forman el delta gangético, comenzaban á verse con sus nieblas pestilentes y sus inmensas plantaciones de bambúes, habitadas por serpientes y tigres.

Sólo de vez en vez se distinguía un grupo de cabañas circundadas por arrozales ó plantaciones de añil; pero pronto dejaron de verse.

A las ocho de la mañana Calcuta no era visible: la imponente línea de sus palacios y su enorme fortaleza habían desaparecido.

El parao se había alejado de la orilla, pues no era prudente costear las tierras pa-

lúdicas de Sunderbunds, que se hallan rodeadas de bancos fangosos, de donde con frecuencia salen tigres que á veces se atreven á asaltar las naves. Convencido Harry de que el velamen estaba bien dispuesto, cedió el timón á un indio y se había aproximado á Oliverio y Eduardo, que aún permanecían á proa.

—Todo va bien—dijo.—A medio día podremos salir de Diamond-Harbour, y esta tarde navegaremos por el Golfo.

—¿Y cuánto crees que tardemos en llegar á las islas de Andamán?

—Si el Demonio no lo impide, podremos estar en la Gran Andamana dentro de unos doce días. Pero ya sabe usted que el hombre propone y Dios dispone, y este refrán es aún más verdadero cuando se trata de cosas del mar.

—¿Te parecen diestros los hombres que llevamos?

—El presidente ha escogido una tripulación que no tiene igual. Todos me parecen

hábiles y obedientes, señor Oliverio: entiendo bien la cosa, y no suelo equivocarme.

—Te creo: eres un lobo de mar. Sin embargo, cuida de que nuestros hombres no tengan ningún contacto con ese buena pieza que llevamos preso.

—No tenga usted miedo; Garrovi no verá a nadie más que á mí. Tengo yo la llave de su celda, y no podrá sobornar á nadie.

—Eres un carcelero de confianza.

—¡Ya lo creo!—dijo el marinero riendo.

—¿Sigue tranquilo?

—Cuando le encerré parecía tranquilo, pero muy descorazonado.

—No le gustará hallarse algún día frente á su víctima.

—Me parece que le preocupa más la idea de reanudar su vida de gran señor, tan bruscamente interrumpida. Está tan encallecido su corazón, que no se conmoverá al volver á ver á su antiguo capitán.

—Pues temo que mi hermano no le per-

done su infamia—añadió Eduardo,—y que cuando le vea en su presencia le mate.

—¡Un canalla menos!—dijo Harry.

—Lé hemos prometido salvarle la vida y cumpliremos nuestra palabra.

—¿Y cree usted que la cumplirá? Este infame solo piensa en vengarse de nosotros.

—¡Peor para él, Harry! ¿Qué humo es aquél que se levanta en la orilla? ¿Será un incendio?

Harry y Eduardo se volvieron viendo entre las plantaciones de bambú que cubrían las islas fangosas del Hugly una columna de humo.

—Será de algún poblado de los *molangos* oculto tras esas cañas gigantescas—replicó Harry.

—¿Que le han prendido fuego?

—No, señor—contestó Eduardo;—que- man los cadáveres para arrojar sus cenizas en las sagradas aguas del Ganges.

—¡Que las llevan derechas al Paraíso!— dijo el teniente, riendo.

—Tal es su creencia, señor.

—Se oyen los *tarés*—añadió Harry.—Se- guramente, queman el cadáver de algún jefe.

—¿Qué son los *tavés*?—dijo Oliverio.

—Grandes trompetas que se usan en los funerales. ¿Oye usted?

Unas notas tristes y lúgubres se oían por el lado donde aparecía el humo, y después unos redobles ensordecedores, que debían de producirse con muchos tambores á la vez; luego, cantos desacordados que más parecían aullidos que otra cosa.

—No he visto nunca una ceremonia fúnebre en estas pocas semanas que llevo en la India—dijo Oliverio.—Dicen que son pavorosas: ¿es verdad, Harry?

—No son muy alegres, pero sí muy curiosas: pronto pasará el parao frente á aquel lugar, y asistiremos á una ceremonia fúnebre.

Para salvar un banco de arena señalado por una boya la nave se acercó á la ribera aproximándose á la columna de humo, y desde el castillo de proa, Oliverio y sus amigos pudieron observar el espectáculo sin necesidad de gemelos.

La hoguera había sido dispuesta en una explanada ceñida de bambúes; á través del humo, y en las llamas que consumían el cadáver, se veían aparecer y desaparecer varias docenas de aquellos sucios *molangos* que habitan las charcas del Ganges; eran hombres de baja estatura, gráciles, de piel negra y casi siempre estaban temblando de fiebre.

Algunos tocaban los *tarés*, otros golpeaban unos tamboriles haciendo un ruido estruendoso, y los restantes entonaban las alabanzas del muerto.

A un lado había gran número de *arghilas* y de *marabúes*, pajarracos de largo y robusto pico, alas negras, comedores de carroñas, que aguardaban pacientemente el fin de la ceremonia para apoderarse de los restos del difunto.

De cuando en cuando un indio se acercaba á la hoguera y derramaba recipientes a aceite perfumado para reanimar el fuego.

Cuando el parao llegó frente a la explanada los lamentos de los *molangos* se hicie-

ron más lúgubres, y los *tarés* sonaban con mayor fuerza, mientras un joven, metiéndose entre las chispas, golpeaba la leña con una maza.

—El muerto era un brahamán—dijo Harry:—sin duda era un personaje de importancia.

—¿De dónde deduces que era un brahamán?—preguntó Oliverio.

—¿Sabe usted lo que hacía aquel joven con la maza de hierro?

—Atizar el fuego.

—No; romper el cráneo á su padre: aquel joven es hijo del muerto.

—¿Y por qué le ha dado ese golpe?

—¡Demonio, para que pudiera salir el alma del difunto!

—¡No te burles de mí!

—No, señor—dijo Eduardo.—Harry dice verdad: cuando el cadáver llega á la incandescencia, se acostumbra romper el cráneo á los brahamanes.

—¿Y las cenizas se arrojan al río?

—Sí; pero los huesos se recogen y conservan para echarlos al río en las grandes ocasiones.

—Me han dicho que los indios no queman siempre los cadáveres.

—Sí; á veces arrojan al muerto al río sin tomarse la molestia de quemarlo: creen que de cualquier modo irá al Cielo.

—¡Ó al vientre de los cocodrilos!—agregó el teniente en broma.—¿Es cierto que adelantan la muerte á los moribundos?

—¡Ya lo creo! Lo hacen con el agua sagrada del Ganges, obligándolos á beber hasta que no pueden más—dijo Harry.—¡Eh, timonel! ¡Cuidado con los bancos!

El río que se ensanchaba desmesuradamente, comenzaba á hacerse peligroso á causa de los grandes bancos de arena que se destacaban de la orilla. El parao salvaba con muchas fatigas aquellos obstáculos; pero pronto se vió libre de ellos, alejándose de la ribera y tomando el camino recto.

Aquí y allá se veían aparecer en la orilla rebaños de búfalos salvajes, animales de gran talla, cuernos hermosísimos y valor formidable, pues se atreven hasta con los

tigres y son incapaces de huir ante un ejército de cazadores. Miraban con ojos sangrientos la nave y después volvían á los lugares pantanosos, porque son amantes del agua y del barro.

Otras veces aparecían bandadas de *axis*, animales preciosos que tienen parecido con el ciervo y el gamo; ó regimientos de *saras*, grullas muy altas con las alas listadas de color gris.

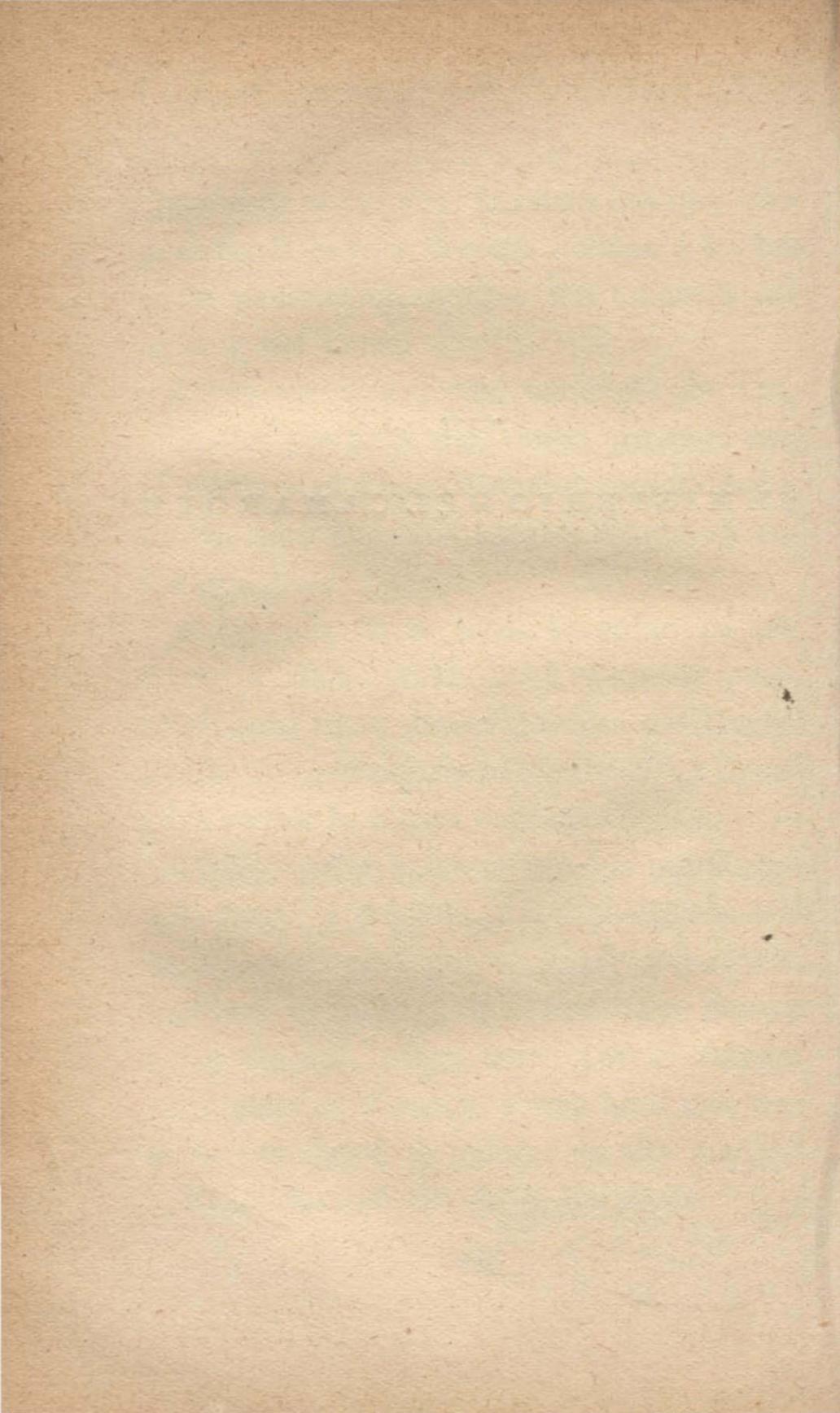
A las seis de la tarde el parao pasaba frente á Diamond-Harbour, pequeño puerto situado en la desembocadura del Hugly, donde ordinariamente se detienen las naves para recibir la última correspondencia.

Harry, que se había puesto á la barra, viró á lo largo, y dejando á la izquierda la isla de Sangor, pasó junto á las *Sandheads*, (cabezas de arena), que son unos bancos peligrosísimos, proyectados por el Ganges en el golfo de Bengala, y una hora más tarde la expedición se hallaba en alta mar.

El sol desaparecía en el horizonte.

VIII -

EL MISTERIO DEL CAMAROTE



Navegaban por el vasto golfo de Bengala. Con la puesta del sol, el calor disminuía y comenzaba la brisa nocturna, que soplaba con cierta violencia del Noroeste, empujando á la esbelta nave en dirección del punto donde se hallaban las islas Andamanas.

El viento levantaba olas de espuma blanca y rizada; pero el parao, á pesar de la pesadez de la quilla, con su agudo espolón rompía fácilmente las aguas.

Pronto desapareció á lo lejos la luz del faro de Diamond-Harbour, y el viejo marinero se puso á la barra, después de aconsejar á Oliverio y á Harry que se retirasen á sus camarotes.

Tenía mucha confianza en la tripulación; pero quería velar en persona, al menos durante la primera noche, para poder juzgar

de las buenas ó malas condiciones náuticas del velero que les había sido confiado. Tuvo ocasión de convencerse de que el parao navegaba divinamente, aún cuando la mar estaba algo picada.

La nave hizo frente durante toda la noche al empuje de las olas del golfo y resistió los bruscos vaivenes del viento, que tan pronto soplabá del Norte como del Noroeste. En cuanto á la tripulación, confirmó la opinión emitida por el presidente de la *Joven India*, maniobrando con precisión á la voz de mando.

Al despuntar el día no eran ya visibles las costas de Bengala; el parao se hallaba en pleno golfo, con todas las velas desplegadas, salvando ágilmente las olas que llegaban por el Sudeste con ruido amenazador.

—Todo marcha bien—dijo Harry á Oliverio y á Eduardo, que habían subido al puente:—si sigue este viento, pronto llegaremos á las islas Andamanas; tal vez antes de seis días.

—¿A qué distancia estamos de Bengala?

—A unas setecientas millas en línea recta.

—¿Estás contento del parao?

—Estoy muy satisfecho: resiste bien el mar, y hace sus seis nudos sin dificultad. Hubiera preferido un *grab*, pero, en fin, no podemos quejarnos. ¿Ha visto usted á Garrovi?

—Al pasar frente á su camarote me pareció oírle roncar.

—¡No le pesan mucho los remordimientos!—dijo Eduardo

—Conviene que le hagamos una visita dijo Harry:—no me fio de la tranquilidad de ese ladrón. ¡Son tan astutos los indios! ¿Me acompaña?

—¡Vamos!—dijo Oliverio.

—Bajaron la escalera y penetraron en una reducida estancia, que servía de saloncillo, donde daban las puertas de los cuatro camarotes.

Harry iba á sacar la llave del bolsillo, cuando se detuvo, é inclinándose hacia la

puerta que cerraba la celda del prisionero, dijo en voz baja:

—¡Chis...!

—¿Qué pasa?—murmuró Oliverio, acercándose de puntillas.

—¡Oiga!

—¡Qué?

—¡Escuche, señor Oliverio!

El teniente prestó atención y le pareció oír detrás de la puerta un ligero murmullo; hubiérase dicho que en la celda del prisionero hablaban dos personas en voz queda.

—¿Tienes tú solo la llave, Harry?

—Sí.

—¿Está sobre cubierta la tripulación?

—Todos, señor.

—¿Estará rezando Garrovi?

—¡Él! ¡Semejante bribón!

—¡Abre!

Harry introdujo rápidamente la llave y descorrió el cerrojo; pero la puerta no se abrió.

—¡Garrovi!—gritó el marinero.

—¿Qué quieres?—repuso el indio.

—¿Te has atrancado, ladrón?

El indio no respondió: pero se oyó mover un mueble que debía ser de mucho peso, y después se abrió la puerta.

El marinero, Oliverio y Eduardo entraron en el cuarto y miraron á todas partes; pero sólo vieron á Garrovi, el cual estaba en un rincón revolviendo el cajón que contenía sus efectos. Aquel camarote era un cuarto que tendría dos metros cuadrados, iluminado por una ventana tan estrecha, que apenas dejaría paso á un gato; el suelo estaba cubierto de esteras de coco, que servían de lecho al indio: en el camarote no había más mobiliario que una silla de tijera y la caja del preso.

Garrovi se levantó retirándose á uno de los rincones de la habitación, miró con sorpresa á los tres visitantes, que seguían dando vueltas y revolviéndolo todo.

—Tú no estabas solo—dijo Harry.

—¿Qué quieres decir?

—Que hace poco hablabas con alguien.

—¡Con alguien...! ¿Pero no ven que aquí no hay nadie?

—Te hemos oído hablar.

—Sí; pero estaba rezando.

—¿Y para eso te atrancas?

—Sí; porque no tenéis derecho á asistir á las oraciones de un buen indio. A Visnú le desagradaría.

—Me pareció que hablabas con alguien.

—Nadie puede entrar: usted solo tiene la llave. Además, el presidente ha escogido la tripulación y no hay en ella ninguno que pertenezca á mi casta.

—Tiene razón—dijo Harry,—y, sin embargo, juraría haber oído voces distintas.

—¿No hay aquí ningún agujero?—repuso Oliverio.

—¡Pero los indios son muy astutos!

—Mas no son espíritus que pueden aparecer y desaparecer.

—¡Es verdad; nos hemos engañado!

Después, volviéndose hacia Garrovi, que

se había sentado en su silla, y mirándole atentamente, dijo:

—¿Quieres algo?

—Nada: que me dejéis en paz hasta que estemos en Andamana. Por ahora no puedo seros útil.

—Salgamos, señor Oliverio—añadió Harry.

Salieron del camarote, cerraron la puerta con las dos vueltas de la llave y subieron la escalerilla.

Garrovi no se había movido de su sitio; pero para cerciorarse de que los otros se habían alejado, prestó atención unos momentos. Cuando no oyó el menor rumor se secó el sudor que le cubría la frente y llamó en voz muy baja.

—¡Narsinga!

Dentro del cajón se oyó un ligero rumor, después se levantó lentamente la tapa, y apareció una niña de piel bronceada y reluciente como si hiciera poco que hubiera sido untada con aceite de coco.

Era una figurita delicada, de ocho á nue-

ve años, de rostro inteligente, aire desenvuelto y astuto, con dos ojos grandes y negrísimos. Un pequeño *sari* de percal encarnado le cubría parte del cuerpecito, y, como todas las indias, llevaba en las muñecas pulseras hechas con unas conchitas blancas llamadas *suk*; en la nariz, un anillo de oro, y en el rostro, tres señales negras en forma de estrellas, una en la barbilla, otra en un lado de la nariz, y la última en el entrecejo.

—¿Se han ido ya, padre?—preguntó con su dulce vocecita.

—Sí, Narsinga mía. ¡Cómo he temido por tu suerte!—respondió el indio acariciándole los cabellos.

—Soy tan pequeñita que no me hubieran encontrado—dijo ella sonriendo y mostrando sus dientecitos blancos como perlas.—Además, ¿qué me hubieran hecho? Los hombres blancos no son crueles.

—Es verdad, Narsinga; pero ¿quién me hubiera ayudado á huir y á vengarme de la

pérdida de tantas riquezas acumuladas con tantas fatigas?

—¿Qué te importan las riquezas?

¿Que qué me importan? A mí nada; pero ¿y á ti? Cuando te prohijé no tenía más que una idea, Narsinga: verte rica. ¿No dejé por tí mi casta? ¿No me embarqué con la esperanza de ganar para tí una fortuna? Yo no había conocido nunca los goces domésticos ni las alegrías paternas, y, sin embargo, desde que te adopté por hija me parece que soy otro hombre. Me da vergüenza de haber formado parte de esa infame casta de los saniassos, y no tengo más que un deseo: que hacerte feliz como la hija de uno de esos extranjeros que vienen de Ultramar, ó como la de uno de nuestros bajaes.

—Eres muy bueno, padre mío, y haré todo lo que tú quieras. Ya sabes que Narsinga es capaz de todo.

—Lo sé, y cuento contigo para la evasión.

—¡Pero si te han prometido la vida y la restitución de tus bienes!

—¿Y lo crees? ¿Piensas que me perdone Alí? Lo que temo es verme en su presencia: estoy persuadido de que me matará.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Habla: eres más astuta que yo.

—Trata de impedir que el extranjero encuentre á Alí.

—¿Cómo?

—Yo buscaré el medio.

—Si fuera libre, ya lo hubiera encontrado.

—¿No lo soy yo?

—Sí; pero en estas profundidades...

—Aprovechando la oscuridad de la noche puedo salir al puente: soy muy ligera, y nadie me verá.

—No conseguirías lo que quiero, y tú... ¡No, no quiero que te expongas, Narsinga!

—¿No tienes confianza?

—Sí; pero no tienes fuerza suficiente, ni toleraría que cometieras un delito!

¿Más delitos? Basta, padre, basta, sino, va á llegar un día en que te maten.

—¡Tienes razón—murmuró Garrovi con

voz tétrica:—no deseo la muerte, ni quiero dejarte sola!

—Entonces, ¿huirás?

—Huiremos.

—¿Cuándo?

—Cuando el parao no esté en disposición de navegar ni de alcanzarnos.

—Ya he cortado el trinquete.

—Falta cortar el palo mayor.

—¿Cuántos días faltan?

—Cinco ó seis.

—Antes de que el parao llegue á las Andamanas, habré terminado. Esta noche trabajaré al pie del palo mayor.

—Procura no hacer ruido.

—Seré prudente.

—Vete á dormir, Narsinga: necesito reposo.

—¿Cuándo te veré? Me aburro sola, padre mío.

—Después del mediodía: cuando dé tres golpes, vienes; te guardaré la comida.

—¡Adiós, padre!

El indio cogió á la niña, la levantó. y le dió un beso en cada mejilla.

—¡Adiós, hija mía!—murmuró con voz conmovida.

Se agachó y levantó la estera que cubría el suelo; después sacó cuatro clavos, y levantó un tablón del piso, dejando á la vista un hueco oscuro de unos 30 centímetros de ancho por medio metro de largo.

Narsinga se metió en aquel hueco, desapareciendo en los tenebrosas cavidades de la cala.

—¿Estás ya?—preguntó Garrovi.

—Sí—repuso la niña.

—¡Duerme tranquila!

Volvió á colocar el tablón y los clavos, y extendió de nuevo la estera, musitando:

—¡Pobre niña! ¡Qué horrible prisión soporta por mí! ¡Pero dentro de cuatro días seremos libres!

IX

EN EL GOLFO DE BENGALA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Entretanto, el parao seguía su curso con rumbo Sur, empujado por el viento Noroeste que iba acercándole al archipiélago de Andamanas. El estado del océano despertaba en el lobo de mar algunos temores: las olas, en lugar de calmarse, eran cada vez más impetuosas. Avanzaban con intervalos de diez á doce minutos, cada vez más altas, con la cresta cubierta de blanca espuma, bramando amenazadoras y levantando bruscamente á la nave, la cual se tambaleaba inclinándose de proa á popa.

Harry escudriñaba con ansiedad el horizonte meridional; pero en aquella dirección no aparecía ninguna nube.

Esto no le tranquilizaba: no ignoraba que las grandes oleadas de los Océanos se producen á veces á miles de millas del lugar

donde se desencadena la tempestad; pero, á pesar de ello, no se tranquilizaba, conociendo la violencia y rapidez de los ciclones que se desencadenan en aquellos climas calidísimos. En cambio, la tripulación parecía tranquila: divididos en grupos á proa y popa, aquellos hombres charlaban, se contaban sus historias ó mascaban beatíficamente unas hojas parecidas á las de la pimienta ó yedra, mezcladas con un poco de cal ó de nuez, mezcla de sabor amargo y aromático, algo picante, llamada betel, muy usada en toda la India, y que, según dicen, fortifica el cerebro, conforta el estómago y preserva los dientes; pero tiñe la saliva de color sanguinolento.

A mediodía, cuando el parao se hallaba á más de cien millas de la costa de Bengala, el viento, que hasta entonces era fresco; cesó de pronto, y le sucedió una calma absoluta, que inmovilizó el velero.

Del Sur seguían viniendo las olas, y en el horizonte se las veía aparecer con harta

frecuencia, como si tuvieran prisa por chocar con el navío.

—¡Hum!—hizo el marinero acercándose á Oliverio y á Eduardo, que se habían hecho servir la comida sobre cubierta.—¡Esta calma es de muy mal agüero! Si no me equivoco, tendremos mar gruesa, acompañada de fáfagas de viento.

—¿Temes algún tifón?

—Puede que sí.

—El parao navega bien.

—No digo que no; pero los tifones en el Océano Índico son tremendos, irresistibles. Ha habido ocasiones en que las olas y el viento han sido tan furiosos, que han rechazado el agua del Ganges, y barrido todas las naves que se hallaban en su curso desde Saigon hasta Calcuta. No recuerdo cuándo fué; pero sé que una vez fueron rechazadas las aguas del río con tanto empuje, que arrasaron barrios enteros de la ciudad negra, y anegaron los palacios de la ciudad blanca.

—La borrasca viene del Sur—dijo Eduardo.—Mirad esa bandada de aves marinas que huyen hacia el Norte.

—¡Mala señal!—repuso el viejo marinero.—Cuando las aves huyen, es indicio de que allá abajo, en el Océano, reina un vendaval capaz de ponernos en peligro.

—¿No podemos refugiarnos en ningún puerto?

—En ninguno: las costas orientales de la India son inhospitalarias... ¡Más bandadas de pájaros! ¡Mala señal, mala señal, señor Oliverio!

—¡Y pasan sobre nuestras cabezas!—dijo Eduardo.—¡Mirad qué pajarracos!

—Carne fresca que podría servirnos—añadió Oliverio.

—Es tan desagradable como la carne de un mulo viejo.

—Pero nuestros marineros la comerían con deleite.

—¿Nuestros indios? Se equivoca usted, señor Oliverio.

—¿No les gusta la carne de ave?

—¡Ya se ve que no conoce usted aún á los indios! ¿Comer carne? ¡Fu! Especialmente nuestros marineros, que son casi todos banianos.

—¿Qué? ¿Los banianos no comen ningún animal volátil?

—Ni pescado tampoco.

—¿Te burlas, Harry?

—Hablo en serio. Los banianos odian toda efusión de sangre, y como para comer un animal es necesario matarlo antes, se nutren sólo de vegetales.

—¿Y respetan también los insectos nocivos?

—Con el mayor cuidado. Figúrese que por temor á tragarse los mosquitos llevan sobre la boca un pedazo de tela muy sutil.

—¡Esa ya es muy gorda, Harry!

—Pues es verdad. Su ternura por los insectos llega hasta el extremo de limpiar el terreno donde van á sentarse con una escobilla delicadísima, por temor á aplastar al-

guno. Los más escrupulosos andan siempre con la vista fija en el suelo para no pisar las hormigas, y llevan un saquito con harina y azúcar ó un vaso con miel; y cuando ven un insecto, se apresuran á darle de comer.

—¿También respetan las aves?

—Sí; y más de una vez me he aprovechado de su superstición para ganarme unas rupias.

—¿Cómo?

—Haciendo como que iba á disparar contra las aves que anidan cerca de las cabañas de los banianos: en cuanto me veían con la escopeta en la mano, los habitantes salían corriendo para ofrecerme dinero con tal que no disparara.

—¡Granuja!—dijo Oliverio riendo.—¿Por qué no matan los banianos ningún animal?

—Porque creen firmemente que en los animales habitan las almas de los hombres, y usted comprenderá que á nadie le gusta que maten un ave ó un insecto donde puede albergarse el alma de un hermano, de un padre, de una madre...

—Sí; he oído decir que los indios creen en la metempsícosis. ¿Y son sólo los banianos los que no se alimentan de carne de animal?

—Los creyentes de Brahma y Visnú respetan también todos los seres vivientes, y, según tengo entendido, son muchos los que atienden al sostenimiento de los animales enfermos del hospital de Surate.

—¿De qué hospital?

—De uno erigido en Surate y que se destina á los cuadrúpedos enfermos ó viejos. Le aseguro á usted que es hermosísimo: está rodeado de unas tapias muy altas, y ocupa un gran espacio en medio de una anchurosa llanura.

—¿Y qué animales se acogen allí dentro?

—Toros, caballos, perros, aves, que se hallan en jaulas, y, por último, insectos.

—¿Insectos también?

—Sí, señor Oliverio, y para alimentarlos pagan á un pobre hombre, el cual tiene que dormir en una cama llena de insectos, y le

atan al lecho para que no huya antes del amanecer.

—¡Oh! Qué locos! ¿Quién provee de víveres á los asilados?

—Los banianos, los brahamanes y los creyentes en Visnú de Surate pagan una cuota, la cual da una renta anual de cinco á seis mil rupias. Con este dinero compran forrajes, leche, miel, grano, etc. Imagínese usted ahora si esos hombres hubieran comido carne de animal...

—Una nube aparece por el Sur.

—¡Mala señal!

—No hace viento

—Aquí, pero en el Sur temo que haga demasiado. Antes de que el mar empeore debemos tomar las medidas necesarias para asegurar y reforzar las maromas: levantemos la *pinaza*, porque si no, se la llevarán las olas. ¡Ohé! ¡Todo el mundo sobre cubierta!

Hacia el Sur apareció una nube oscura que subía ensanchándose lentamente, como

si quisiera invadir toda la bóveda celeste, y cambió de forma con gran rapidez; señal evidente de que la empujaba un viento furioso.

Las olas, que poco antes llegaban con pesadez y por intervalos regulares, comenzaron á encrespase. No cabía duda: el huracán reinante en el Sur avanzaba hacia las costas de Bengala. La tripulación se puso á trabajar alegremente con su calma habitual, bajo la dirección del viejo marinero. Después de levantar la pinaza que hasta entonces había permanecido en el agua, principiaron á reforzar las maromas de los dos palos y se entregaron á las maniobras corrientes.

A las siete de la tarde las nubes habían invadido gran parte del cielo, y ocultado el sol, proximo á su ocaso. De pronto, la calma fué bruscamente interrumpida por algunas ráfagas que no soplaban del Noroeste. De cuando en cuando se oía el estampido de los truenos. A las ocho era tan profunda la oscuridad, que la gente de popa no veía á

la que se hallaba en la proa, y el mar rugía con rabia creciente.

Harry se puso al timón, y Oliverio y Eduardo se colocaron á su lado; aunque este último no estaba acostumbrado á las furias del mar, conservaba toda su sangre fría y contemplaba impertérrito el asalto de las olas.

—¿No tiene miedo?—preguntó Oliverio á Eduardo.

—No—respondió éste.—Soy hermano de un marinero.

El viento crecía, sacudiendo violentamente el aparejo y silbando entre las velas y las cuerdas. El parao huía hacia el Sudeste con una velocidad de ocho ó nueve nudos por hora: marchaba con desesperación; pero hacía frente á la tempestad, y cortaba las olas con su aguda proa.

Serían las diez cuando una ráfaga, más impetuosa que las otras vino á dar contra la nave, sacudiéndola de tal modo, que casi sumergió toda la proa en el seno de las espumosas olas. Al mismo tiempo se oyó un

golpe seco, pero tan fuerte, que hizo temer que hubiera cedido alguno de los postes de la embarcación.

—¡Mil rayos!—gritó Harry palideciendo.—
¿Qué ha ocurrido? Oliverio y Eduardo acudieron á proa, creyendo que había sucedido allí alguna avería; pero una voz gritó:—
¡Cuidado con el palo mayor!

—¡El palo!—rugió Harry, entregando la barra á un timonel.—¡Pronto! ¡Recoged las velas!

Después subió al puente, donde ya estaban los jóvenes y otros marineros. Observó el palo; pero la oscuridad le impedía distinguir su extremo. Sacudió furiosamente el mástil; pero no cedió.

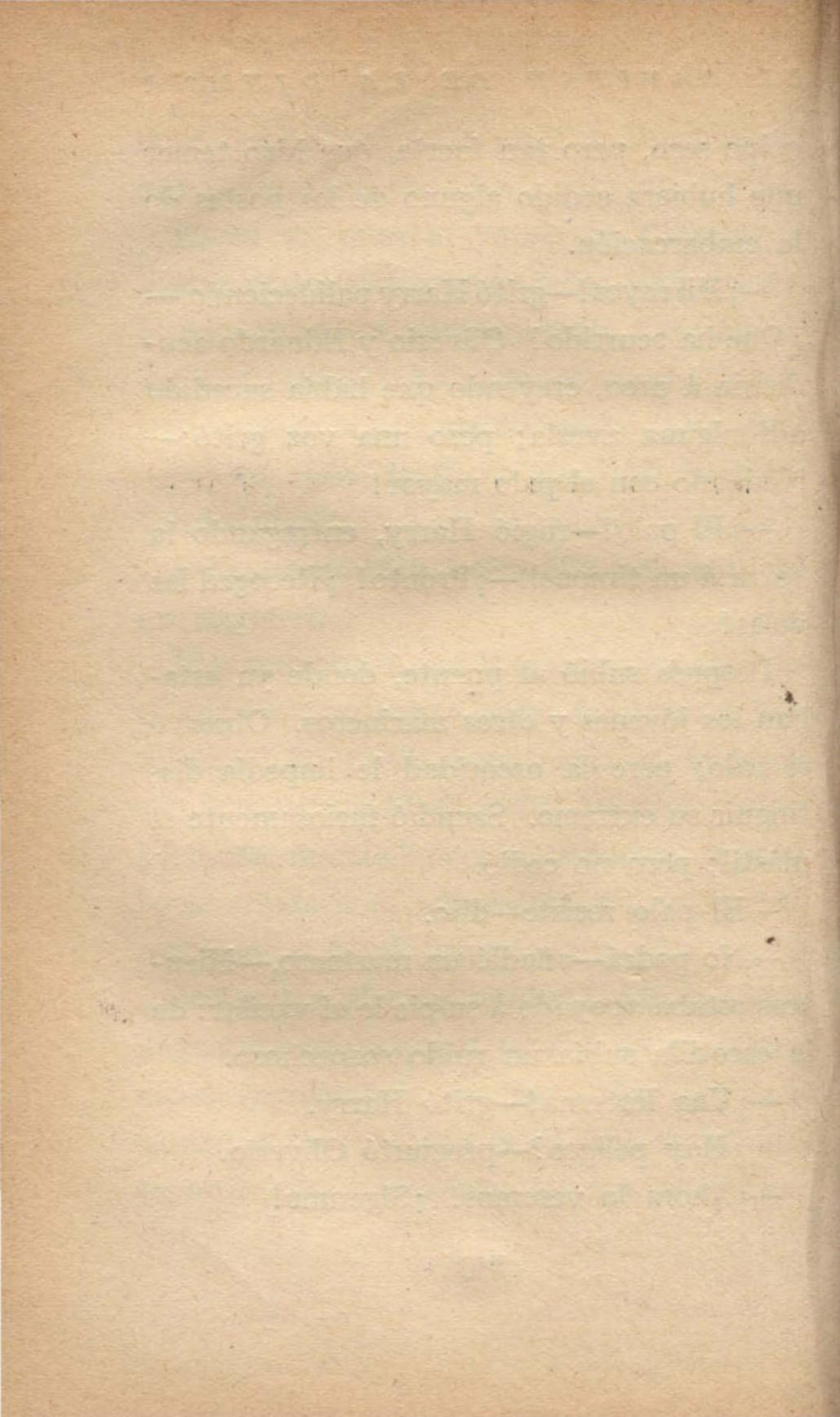
—El palo resiste—dijo.

—No podrá—añadió un marinero.—Mientras estaba apoyado á su pie le oí vacilar: de la escotilla subía un ruido sospechoso.

—¡Una linterna!—gritó Harry.

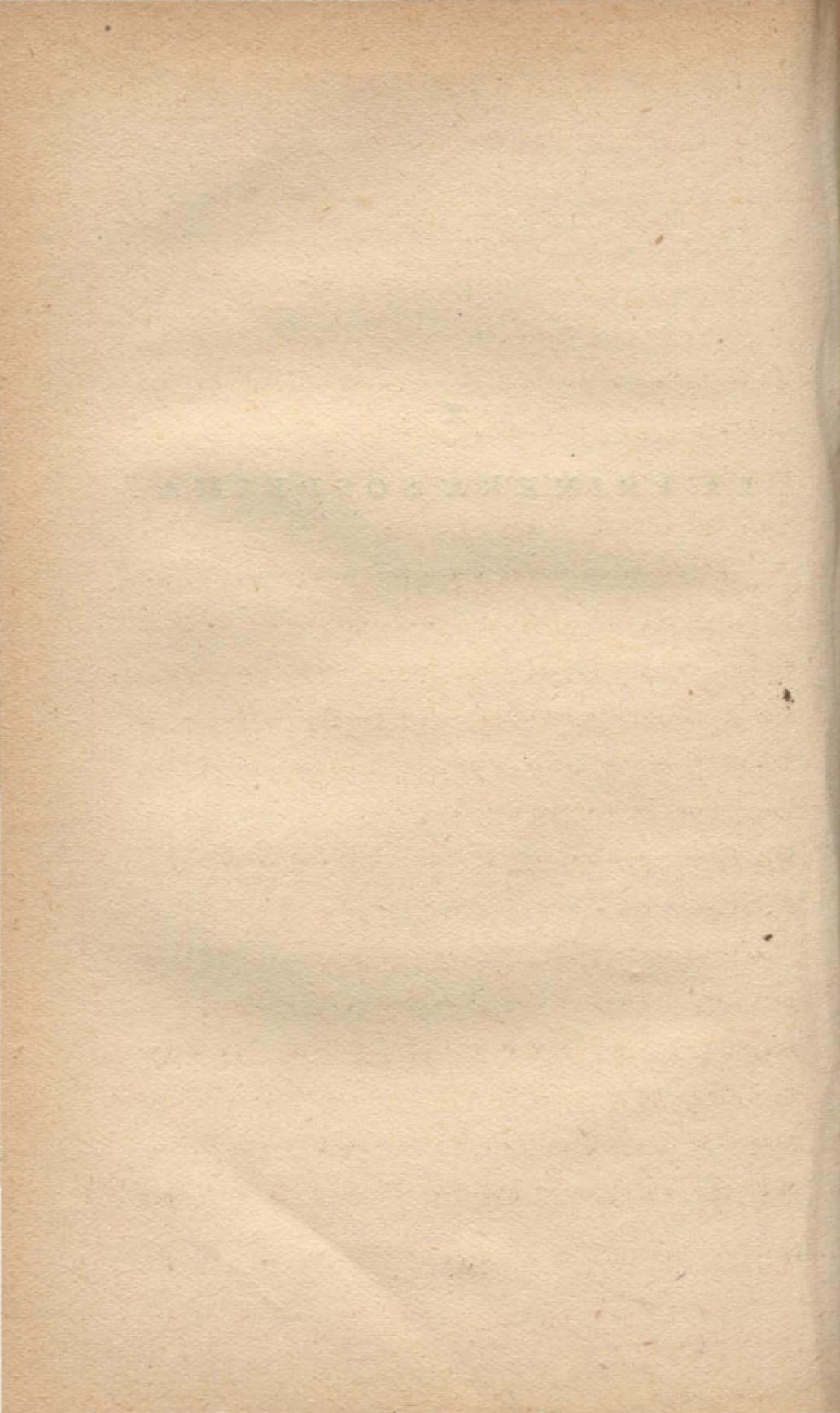
—¿Hay peligro?—preguntó Oliverio.

—¡Ahora lo veremos! ¡Síganme!



X

LA PRIMERA SOSPECHA



Si el marinero indio no se había equivocado, el caso era grave y podía tener fatales consecuencias: la caída de aquel palo podía ocasionar la del trinquete, y causar ambos averías irreparables en la nave.

¿Y cómo hubiera podido resistir el parao la furia de las olas, sin una vela que pudiese darle estabilidad? Hubiera sido arrojado fuera de su derrotero, arrastrado quién sabe adónde, empujado lejos, y embarrancado en las *Cabezas de arena* ó en las escolleras de las islas que se extienden delante del Sunderbund de Bengala.

Mientras los marineros se reanimaban gracias al valor de Eduardo, que en aquel momento supremo desplegó una energía increíble para su edad, Harry y Oliverio bajaron á la estiba. En pocos momentos llegaron al pie del palo mayor, alumbrándose con

la linterna para no tropezar. Iba á agacharse cuando les pareció que una sombra se ocultaba rápidamente detrás de unas enormes cajas.

—¿Ha visto usted, señor Oliverio?

—Sí; una sombra ha pasado delante de la luz de la linterna.

—¿Un duende?—murmuró el marinero, que era algo supersticioso.

—¡Bah! Habrá sido nuestra sombra.

—Tal vez; pero...

Un crujido agudo que procedía del palo cortó su conversación.

—¡Mil rayos!—dijo el marinero.

Bajó la linterna y se inclinó hacia la carlinga del palo: un grito de rabia se escapó de sus labios, mientras la frente se le cubría de sudor.

—¡Mire!—dijo con voz ronca.

El teniente se agachó: á dos piés de su base el palo mostraba las señales de un corte profundo; pero tan regular, que sólo podía haber sido hecho con una pequeña sie-

rra. El corte llegaba hasta la mitad, y á cada golpe del viento el tajo se abría, amenazando romperse del todo.

—¿Traición?—preguntó Oliverio, que á su vez había palidecido.—¿Traición ó una avería causada por la fuerza del vendaval?

—Avería, no; traición. El mástil ha sido aserrado para que cayera sobre el puente á la primera borrasca. ¡Mire el serrín esparcido por el suelo!

—¿Quién lo habra cortado?

—Alguien que tenga interés en que no encontremos á Alí-Middel.

—¿Algún marinero?

—Un cómplice de Garrovi.

—¿Sospechas de alguien?

—No, señor.

—¿Estás seguro de que el corte es reciente?

—Antes de salir de Calcuta recorrí todo el parao, y el corte no estaba.

—Entonces lo han hecho durante el viaje.

—Sí.

—¿Hemos perdido el palo?

—Todavía no; pero si hubiéramos tardado un poco más... Vamos á ver el trinquete. Por ahora no hay peligro, porque he hecho recoger las velas.

—Atravesaron la estiba, y apartándose del palo mayor, se acercaron al trinquete. Una horrible imprecación salió de la garganta del marinero: aquel árbol había sido cortado también, aunque no tanto como el otro; alrededor de su base se veían las aserraduras, blancas aun, lo cual demostraba que el corte era reciente, como el otro.

—¡Infames!—dijo Harry.—¡Querían desarbolar el parao para que nos fuésemos á pique!

—¿Quién? ¡Si descubro al culpable, le hago colgar inmediatamente! Pero ¿qué es aquello que brilla junto á esa caja? ¡Baja la linterna!

Oliverio se inclinó, y al recoger el objeto, vió que era una sierrecilla.

—¡Con esto ha aserrado el traidor los palos!

El marinero se la quitó y lo examinó detenidamente.

—Es una sierra india; en Europa no se usan de esta forma.

—¿Hay carpintero á bordo?

—Sí; de toda mi confianza.

—¿No hay un cajón con objetos de carpintería?

Sí; pero está en mi cuarto.

—¿Te habrán robado esta sierra?

—No es posible, porque mi camarote está siempre cerrado, y llevo la llave en el bolsillo: hay que arreglar estos palos para hacer frente al huracán. Ya descubriremos á los culpables. ¡Sígame, señor Oliverio!

Dejaron la estiba y reaparecieron sobre cubierta.

El estado del mar era el mismo: las olas seguían asaltando el parao; la tripulación había recogido rápidamente las velas del palo mayor.

Eduardo, que, aunque joven, había aprendido con su hermano todas las maniobras, había asumido el mando, y con voz tranquila daba órdenes oportunas.

—¡Dos manos de estáys para las velas del trinquete!—gritó Harry en cuanto salió á cubierta.—¡Cuatro hombres de buena voluntad conmigo!

Después, volviéndose hacia Eduardo y el teniente, dijo:

—Haced que el parao se coloque en la dirección del viento: antes de media hora podremos desplegar las velas hasta en el palo maestre

Seguido de cuatro indios fué al camarote, cogió la caja de carpintería, y regresó á la estiba.

—¡El palo cortado!—exclamaron los indios.

—¡Silencio! ¡Ahora hay que trabajar sin perder un minuto!

Hizo llevar dos traviesas de madera y cuerda, y puso manos á la obra ayudado por los cuatro indios.

Había que reforzar el palo, y colocó las dos traviesas verticalmente, de modo que con el extremo inferior descansaran en el suelo y con el superior tocasen en el techo:

después las unió al palo mediante una fuerte ligadura.

Terminado esto, con una gruesa lámina de cobre hizo una soldadura en torno del corte, clavándola sólidamente; luego volvió á atar el mástil de manera que las dos traviesas y el palo constituyeran un todo muy resistente.

—Creo que podrá resistir al viento: afortunadamente, hemos acudido á tiempo—dijo Harry.

Condujo á sus hombres á proa, y repitió con el otro palo la operación.

Después se cruzó de brazos, y mirando con ira á los marineros exclamó:

—Y ahora decidme quién ha sido el miserable. Hay un traidor y necesitamos conocerle.

—No es posible que ninguno de nosotros haya hecho esto—repuso el timonel.

—¡Ninguno lo hubiera hecho!—repitieron los otros.

—¿Conocéis á vuestros compañeros?

—Sí.

—¿Y no les creéis capaces?

—No, patrón; todos son hombres honrados y afectos al presidente de la *Joven India*.

—¿Sospecháis de alguien?

—No.

—¿Qué interés iban á tener nuestros compañeros en hacer que el barco se fuera á pique? Si Garrovi fuera libre...

—¡Garrovi!—exclamó Harry.—Siempre he desconfiado de él; pero si no tiene un cómplice, no hubiera podido cortar el palo.

—Aquí no puede haber cómplices; nadie le conocía antes de embarcar.

—¡Pero si está siempre en su cuarto y tengo yo la llave!

Los indios no respondieron, pero miraron en torno suyo con cierta superstición.

—Salgamos—dijo Harry, que notó su miedo:—ya lo sabremos más tarde.

Quando subieron al puente el parao, privado de velamen, estaba á merced de las olas; el agua barría la cubierta con tal ímpetu, que aterraba á los indios, amenazándoles con arrojarlos al mar.

—¡Arriba las velas! ¡Dos manos de estáys para el mayor y el trinquete!—dijo Harry, que pronto se dió cuenta de la gravedad de la situación, y que empuñó de nuevo el timón.

Los marineros obedecieron en silencio desplegando todas las velas: y el parao, recúperando lo perdido, entró en su curso hacia el Noroeste con una velocidad de cinco nudos por hora.

—¿Resistirán los mástiles?

—Así lo espero.

—¿No has descubierto...?

—No; pero conviene hacer una visita á Garrovi.

—Él es el único interesado en que naufraguemos.

—¿Por qué?

—Temerá encontrarse con su víctima.

—¿Estamos aún muy lejos?

—A trescientas millas: si seguimos así, antes de treinta ó treinta y cinco horas veremos las islas Andamanas.

—¿Y este huracán?

—No creo que empeore.

—Pero ¿y si aumenta?

—Procuraremos refugiarnos entre la pequeña y la gran Andamana, entre los islotes que allí existen. Mientras vaya yo en el timón, no corremos ningún peligro.

—No le da miedo el mar á Eduardo.

—Efectivamente, señor, así parece. Mire qué tranquilo está, y cómo dirige las maniobras á proa.

—¡Es un valiente!

—¡Y se ve que lo entiende! ¡Mil rayos!

—¿Qué pasa?

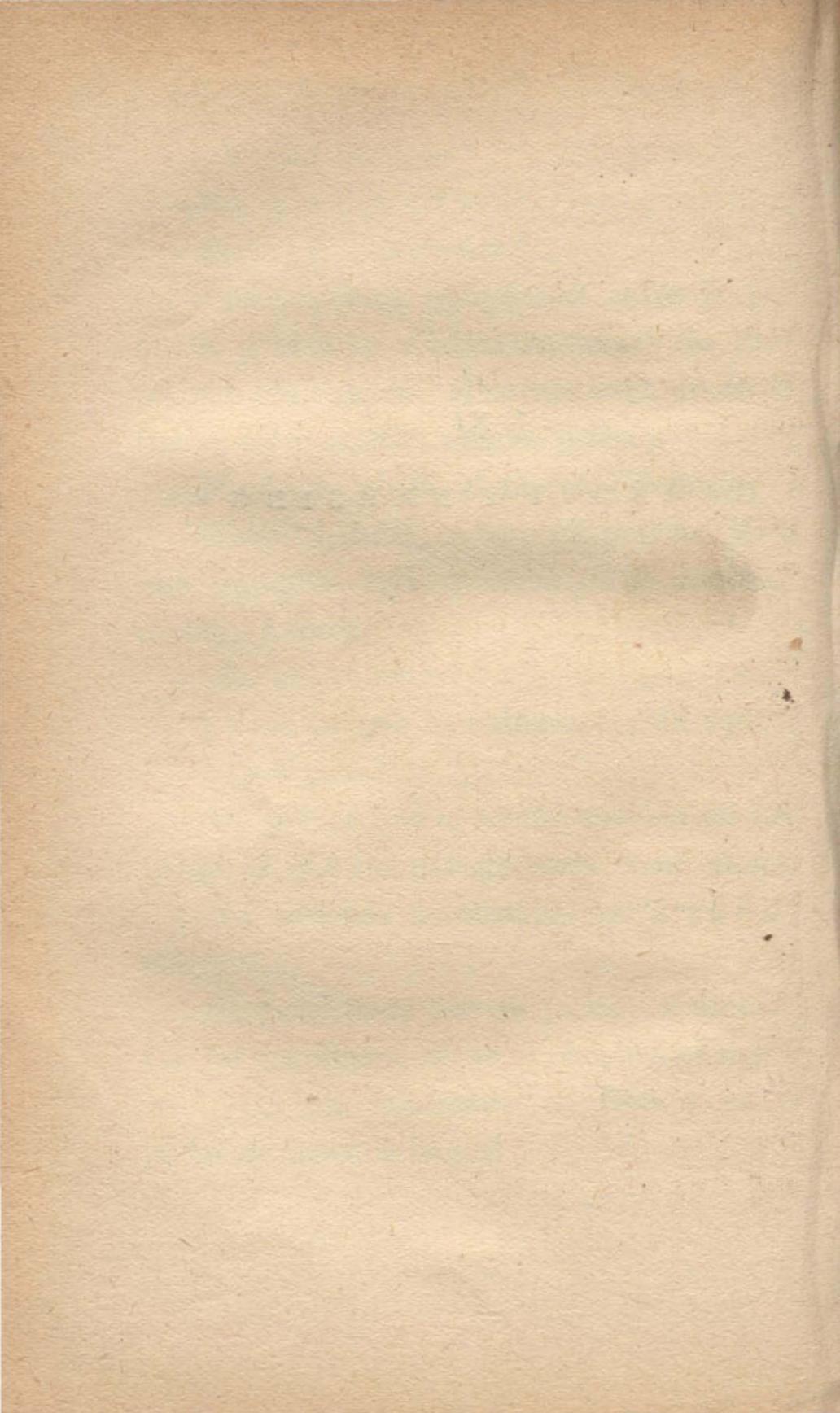
—Me parece que el viento cambia en Levante, y que no navegaremos como ahora.

—Ya estamos acostumbrados á todo, Harry.

—Sí; pero temo por los palos. Si aumentan las sacudidas, no sé si resistirá el maestro. ¡En fin, confiemos en Dios y en el poder de nuestro barco!

XI

GARROVI Y NARSINGA



Durante toda la noche el parao luchó victoriosamente contra el asalto, cada vez más impetuoso de las olas, que le embes-
tían por todas partes inundándole de proa á popa y contra la furia del viento, que tan pronto soplabá del Nordeste como del Noroeste como si fuera un verdadero tifón.

Nadie se atrevió á abandonar la cubierta, pues para todos había trabajo. Una vela se rompió dos veces: con tanta furia soplabá el huracán; pero, afortunadamente, había velas de recambio, y pronto fué sustituída.

La nave era juguete de las olas, una cáscara de nuez que marchaba á merced de las aguas. Hacia el alba, en el momento en que las nubes de Oriente comenzaron á teñirse con los primeros reflejos de la aurora y las olas principiaban á perder su tinte oscuro, el viento cesó casi súbitamente, concediendo una tregua al pobre barco.

Sin embargo, aquella calma no podía durar mucho, porque masas enormes de vapores se acumulaban en las profundidades del cielo. Harry, que hacía dos noches que no dormía, Oliverio, Eduardo y parte de la tripulación se aprovecharon de aquella tregua para descansar un poco; pero antes el marinero quiso enterarse del estado de ambos mástiles, especialmente del mayor, y quedó satisfecho del examen.

Las ligaduras no habían cedido ni las traviesas se habían roto, á pesar de las violentísimas sacudidas del viento.

—Resistirán, sin duda dijo á Oliverio, que había bajado con él;—pero tendremos que mudar el palo mayor cuando lleguemos.

—¿No has sabido nada del traidor?

—No; pero, ya que la calma nos deja, antes de dormir vayamos á ver á Garrovi.

—Iba á proponértelo, entretanto que Eduardo y algunos hombres recorren la estiba para evitar cualquier sorpresa.

—¡Bien dicho! ¡Venga usted!

Prevenido Eduardo de lo que debía ha-

cer, descendieron á los camarotes para vigilar á Garrovi. La puerta no estaba atrancada como la otra vez, y pudieron entrar fácilmente. El indio estaba sentado en la silla, con la cabeza entre las manos y como absorto en profundas meditaciones; al ver entrar á Oliverio y á Harry se levantó, mirándolos con cierta inquietud.

—¿Qué queréis?—dijo.—¿Hemos llegado ya?

—Todavía no—dijo Harry.—Hemos venido para pedirte explicaciones.

—¿A mí? ¿De qué?—respondió Garrovi con asombro y con voz temblorosa.

—Habla claro de una vez ó juro que no volverás á Bengala, ni mucho menos á tu elegante *bengalow*—gritó el marinero.—

¿Quiénes son tus cómplices?

—¡Mis cómplices! ¿Qué quieres decir?

—¡Lo hemos descubierto todo!

En el rostro del indio se reflejó una viva angustia; pero su alteración duró lo que un relámpago.

—No te comprendo—añadió luego.

—Pues bien; sabe que tus cómplices han intentado cortar los palos del parao.

—¡Imposible! Te equivocas: no tengo cómplice alguno entre tus marineros.

—Debes de tenerlo; sólo tú puedes estar interesado en que naufraguemos.

—¿Con qué objeto?

—¡Qué sé yo! Acaso temas encontrarte con Alí.

—Me habéis prometido respetar mi vida y restituirme mis riquezas si os ayudaba á salvar al capitán. ¿Por qué he de temer ese encuentro? No; no tengo cómplices, te han engañado.

—Entonces, has hallado modo de salir del camarote y has obrado por tu cuenta— interrumpió Oliverio.

—¡Yo!—exclamó el indio sonriendo— ¿Cómo? ¿No tenéis vosotros la llave? No estoy muy grueso, es verdad; pero no soy tan delgado que quepa por esa ventanilla.

—Registraremos las paredes.

—Y tu cajón—añadió Harry.—Tal vez hallemos otra sierra de procedencia india.

Al oír estas palabras Garrovi se echó á temblar.

—¿Qué sierra?—dijo con voz alterada.

Oliverio y Harry se dieron cuenta de aquella alteración de la voz.

—¡Tú has hecho traición!—exclamó el oficial.

Garrovi, haciendo un supremo esfuerzo, soltó una carcajada.

—Revuelve el cajón, si quieres.

—Eso haremos—repuso el marinero; y cogiendo en alto el cajón, lo volcó en el suelo, haciendo caer *dugbahs*, *dootés*, trozos de algodón, llamado *romal*, que los indios se ponen en torno de las piernas, algunos turbantes, babuchas y varias cajitas de *batd*. Con un pie dispersó aquellos objetos, y con gran asombro vió aparecer un *sari* de mujer.

—¡Un vestido de mujer!

—Mejor dicho, de niña—rectificó Oliverio.

—¡Y collares de *ruk*!—¡Hombre, tendría gusto en saber cómo tienes estas prendas aquí!

—¡Qué se yo!—dijo Garrovi.— Puede que las hayan puesto mis criados.

—¿No hay ningún instrumento?

—No, señor.

—Reconoce las paredes.

—Las maderas están fuertes; no sé por dónde ha podido salir este hombre.

—Entonces, hay un cómplice. ¡Hay que vigilar atentamente!

—Uno de nosotros permanecerá siempre en la cubierta, y bajará de vez en cuando á la estiba. Vamos á descansar; pero yo me colocaré entre los dos palos, y dormiré sólo con un ojo.

Después que los otros salieron, Garrovi permaneció algún tiempo inmóvil, con la frente entre las manos y los ojos fijos en el suelo; como si estuviera absorto en profundas meditaciones.

—¡Hay que interrogar á Narsinga!—dijo de pronto.

Se acercó á la puerta para cerciorarse de que nadie le espiaba, y luego corrió la estera, levantó el tablón y llamó. Un instante

después la carita inteligente de la niña se destacó en el fondo de la negra concavidad.

—¡Ven!

Narsinga levantó los brazos y el indio la sacó fuera, apretándola después contra su pecho.

—¡Cuántas ansias paso por tí!—dijo sentándola sobre sus rodillas y acariciándole el rostro.—¡Qué miedo he pasado hace un rato!

—¿Lo sabes todo?

—Sí, que se ha enterado de que los palos estaban cortados.

—Es verdad, y por poco me sorprenden.

¿Te han visto?

—No, porque me escondí á tiempo; estaba serrando el palo de proa, cuando el viejo llegó en compañía del teniente. Apenas tuve tiempo de esconderme tras unos cajones; pero me he dejado la sierra allí.

—Y la han encontrado—dijo Garrovi con voz ronca.

—Entonces, no podré seguir trabajando.

—No; pero aún te queda la barrena, y con ella harás un agujero en la proa. ¡Es

necesario que el parao se vaya á pique; si no, Alí me matará, y yo no quiero morir ahora que te tengo aquí.

—Pero ahora vigilarán la estiba.

—Tú eres ágil como una serpiente, y podrás pasar inadvertida. ¿Quién te descubrirá en la sentina? Pero hay que darse prisa, porque las islas Andamanas están cerca.

—¿Cómo nos salvaremos nosotros?

—No nos faltará un madero, y cuando la tripulación se haya embarcado en la *pinaza*, nos salvaremos nosotros. Ya sabes que nado bien, y el cajón bastará para llevarte á tierra.

—¿A qué tierra, padre?

—A las Andamanas.

—Entonces, ¿encontrarás á Alí?

—Debe de estar al Sur de la Pequeña, y nosotros haremos naufragar el parao al Norte de la misma isla.

—¿Y los marineros?

—Ya procuraremos esquivarlos. Es fácil esconderse en aquellos bosques.

—¿Empiezo, pues?

—Sí; antes de veinticuatro horas conviene que el parao haga agua.

—El mar está revuelto: ¿no oyes cómo ruge?

—Las olas no me dan miedo. ¿Es grande la barrena?

—Sí.

—Pero no será bastante para hacer un agujero grande

—¿Qué he de hacer?

—¿Has traído el cartucho de pólvora?

—Sí.

—¿Está bien envuelto?

—Sí, muy bien.

—¿Tienes la cuerda impregnada de alquitrán?

—También.

—¡Bueno! ¡Cuando hayas tú abierto un agujero con la barrena, metes en él el cartucho, y cuando oigas que la tripulación saluda á las islas Andamanas, prendes fuego á la cuerda: la explosión abrirá un boquete tal, que el agua entrará á torrentes. ¿Me comprendes?

—Sí, padre.

La niña abrazó á Garrovi y desapareció por el agujero. El ex-saniasso borró toda señal de la extraña visita y murmuró:

—¡Buscan á un cómplice, pero no le encontrarán! ¡Narsinga es demasiado astuta para dejarse sorprender, y conseguirá echar á pique este condenado parao! ¡No; no me hallaré frente á Alí! ¡Ese hombre no me perdonará la traición, y yo deseo vivir para mi Narsinga!

En aquel mismo instante un trueno formidable sonó fuera, y un relámpago brilló por la ventana del camarote.

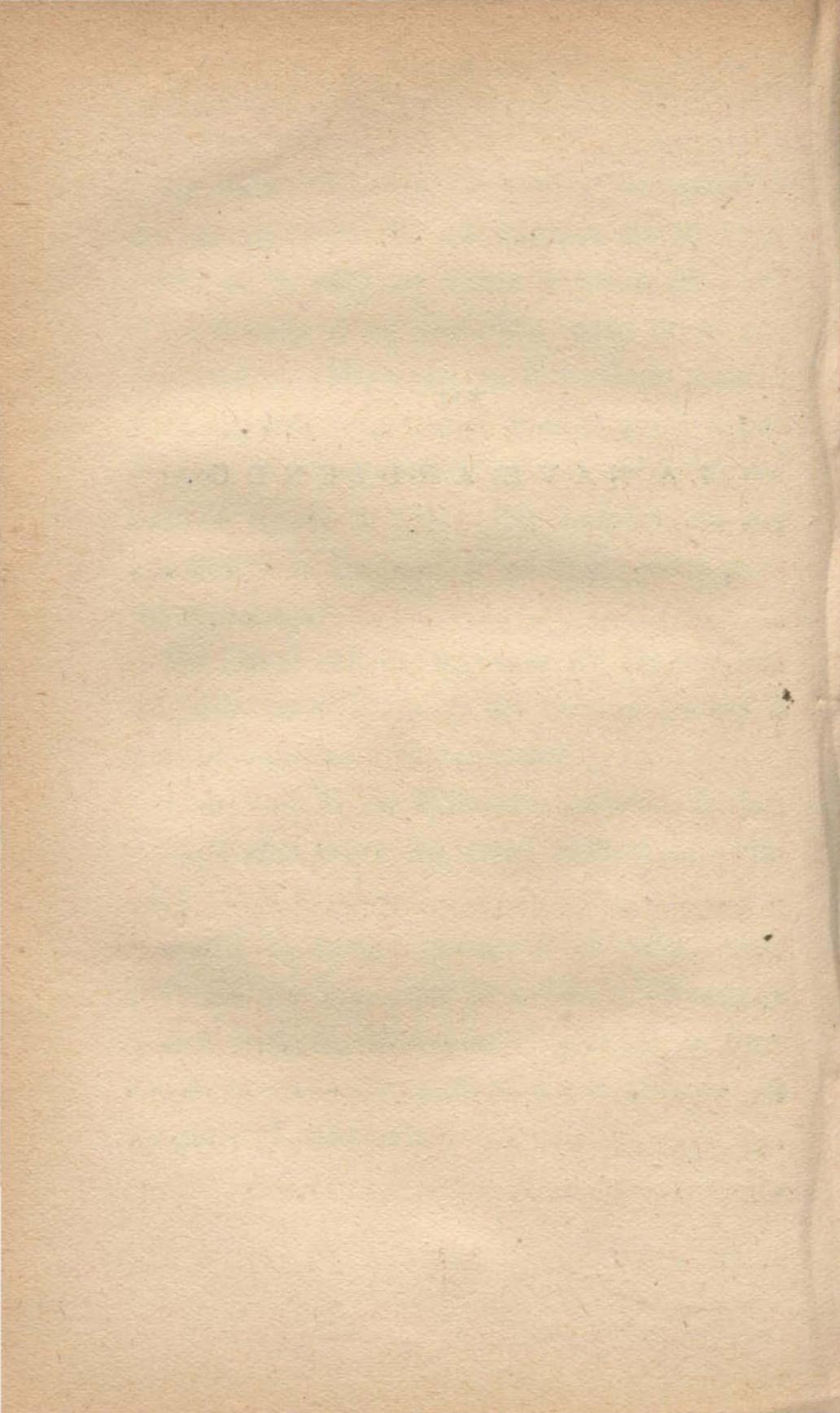
Una voz, la de Eduardo, gritaba arriba:

—¡Todos sobre cubierta! ¡Oliverio! ¡Harry!

—¡El huracán!—exclamó el indio.—Mejor; así no vigilarán la estiba y Narsinga podrá trabajar libremente! ¡Antes de doce horas la nave descenderá á los abismos en el golfo de Bengala!

XII

LA NAVE ARDIENDO



No se había equivocado Garrovi. 

El huracán que los había amenazado durante dos días se desencadenaba con indecible violencia, conmoviendo el golfo desde las costas de Oriessa y Coromandel hasta las de Amacán y Pegú, desde las de Ceilán y Nicolar hasta las de Bengala.

El nublado era tan grande que, á pesar de ser mediodía, casi no se veía á causa de la oscuridad.

De vez en cuando, relámpagos con reflejos sanguíneos desgarraban las tinieblas. Una línea de fuego quedaba tras ellos.

El parao, con el velamen reducido, volaba hacia el Sur empujado por las ráfagas del viento, y cayendo en profundidades donde parecía que iba á ser tragado.

Los palos crujían bajo el peso de las velas, y se temía que de un momento á otro cedieran; los flancos de la nave, golpeados tenazmente por los elementos, gemían como dolidos de aquel ataque brutal cada vez más impetuoso.

Dentro todo bailaba; las cajas y los botes, violentamente sacudidos, corrían de acá para allá, de babor á estribor, de proa á popa, chocando y rompiéndose.

Harry, Oliverio, Eduardo y todos los marineros se hallaban sobre cubierta dispuestos á hacer frente al huracán; se mantenían bien agarrados á las bordas para resistir el asalto de las olas que de vez en vez penetraban dentro de la embarcación.

El viejo marino dirigía desde la barra las maniobras. Su voz resonaba como un trueno sobreponiéndose al rugido del mar.

A cada minuto que pasaba empeoraba la situación: montañas de agua que no llegaban del Noroeste, sino del Suroeste, chocaban con el barco, deshaciéndose estrepiti-

tosamente ó rehaciéndose más amenazadoras que antes.

En lo alto las nubes giraban como si quisieran formar una tromba: parecía que en aquellas alturas el viento había adquirido una rapidez espantosa.

Cosa rara: la inmensa tromba, en lugar de tener la punta del cono hacia el mar, la tenía hacia el cielo, y en el extremo de aquella especie de embudo se veía á intervalos aparecer el sol, pálido, nebuloso.

La tripulación aterrada, miraba aquel raro espectáculo que se desarrollaba en los espacios, y que parecía amenazar con tragarse la nave y las aguas del Océano.

De pronto el cono se rompió, ocultóse el sol, volvió la oscuridad de antes, y cayó sobre el golfo un furioso chaparrón, un verdadero diluvio, mientras rayos y truenos se sucedían con creciente intensidad.

El agua que inundaba el parao era tibia como si procediese de gigantesca caldera.

A veces era tan espesa la lluvia, que Harry no veía á los que estaban á proa.

El aguacero duró tres horas sin interrupción, cesó bruscamente, y las nubes volvieron á formar aquel cono extraño, con el vértice hacia el cielo. El Sol aparecía de cuando en cuando, rojo como un disco de metal incandescente; luego volvió á reinar la oscuridad en el golfo de Bengala.

A las seis, la oscuridad se vió turbada por un incesante relampagueo que al más valeroso aterraba. El inmenso cono parecía arder como si tuviese acumulada toda la electricidad recogida en las nubes.

Truenos formidables, secos ó prolongados repercutían en las nubes, mientras el mar, como atraído por una fuerza misteriosa, se levantaba rugiendo, aspirado por la tromba.

Harry, Oliverio y Eduardo, presa de viva ansiedad, contemplaban aquel curioso fenómeno, que hasta entonces no habían visto nunca: la tripulación, sobrecogida de su-

persticioso espanto, invocaba con voz miedosa á sus divinidades protectoras: *Brahma*, *Siva* y *Visnu*.

—¿Qué va á pasar?—preguntó el teniente.

—¡No lo sé!—repuso el marinero, cuya voz había perdido su acostumbrada firmeza.

—¿Habías visto alguna vez este fenómeno?

—No; pero esto debe de ser algo así como una tromba marina invertida.

—¿Con el vértice hacia el cielo en lugar de tenerlo hacia el mar?

—Sí.

—Pero el mar se levanta como atraído. ¡Mira las olas cómo se agigantan!

—¡Ya lo veo!

—¿Ha llegado nuestra última hora?

—Vamos con el viento, y espero sacar al parao del radio de acción de esta tromba...

—¡Mil rayos!

—¿Qué te pasa?

—¡Mire la punta del trinquete! ¡Parece una granada incandescente!

Oliverio levantó la vista, y vió un globito de fuego de las dimensiones de una naranja girar sobre el palo trinquete, proyectando en torno suyo una luz azulada.

—¡Un rayo globuloso!

—¡No sé!—dijo Harry.

—Son raros; pero á veces se ven.

—¿Estallará?

—Seguramente.

—¿Y el palo? Si lo...

No pudo acabar: el globo de fuego, después de girar en torno al palo, corría de un lugar para otro; luego estalló con gran ruido, dividiéndose en varios fragmentos. La verga de una de las velas se rompió á causa del golpe y cayó sobre el puente, mientras la tela y las cuerdas se prendían fuego.

Un grito de espanto salió de todas las gargantas, y en los labios del viejo lobo de mar se oyó una imprecación.

Las llamas, animadas por el viento se habían comunicado á otra vela, y las chispas saltaban furiosamente hacia las del palo mayor.

—¡Arriba!—gritó Harry.—¡Recoged velas!

Varios hombres se lanzaron á las cuerdas con los cuchillos entre los dientes; pero el parao experimentaba tales sacudidas, que la operación resultaba muy expuesta.

—¡Mil rayos!—rugió el marinero.—Arriba los gavieros, ó arde la nave en un minuto!

Eduardo y Oliverio, sin mirar á lo que se exponían, se dirigieron á proa, pero un golpe de mar los hizo caer al suelo.

Cuando se levantaron, las velas del palo mayor ardían también: las llamas amenazaban devorarlo todo, velas, cuerdas, jarcias, y hacían caer sobre el barco una lluvia de chispas.

Era un espectáculo terrible ver aquella pobre nave en poder de la tempestad, entre aquellas olas rugientes que la asaltaban por todas partes, con la arboladura ardiendo, é iluminando con el resplandor de las llamas aquella noche de horror.

Los indios, espantados, se habían refugiado en el castillo y permanecían sordos á

las órdenes del marinero. Hasta Oliverio y Eduardo comenzaron á dudar contemplando tanto destrozo.

Harry había perdido su sangre fría; pero de pronto saltó la barra, y acercándose al castillo del barco, exclamó:

—¡Seguidme, ó estamos perdidos!

Casi al mismo instante un indio gritó:

—¡Tierra...!

—¿Dónde?

—¡A Poniente!

—¿Estás seguro?

—¡La he visto á la luz de un relámpago!

—¡Proa á Poniente! ¡Seguidme, amigos; la Pequeña Andamana está á la vista!

Se dirigió al palo mayor, y comenzó á darle golpes con un hacha, saltando de un lado para otro, con objeto de evitar que le cayeran encima los tizones encendidos que caían de arriba.

Oliverio, Eduardo y algunos valientes más le imitaron, y armados de hachas principiaron á ayudarle, mientras otros cortaban

el trinquete, cuyo tronco ardía como un candelabro.

Todos habían comprendido que si el fuego no se extinguía el parao estaba perdido, y trabajaban con entusiasmo golpeando furiosamente en medio del tumulto de las olas.

Entretanto la nave, aunque sin velas, corría á lo largo de una costa que había aparecido á estribor. Marchaba desordenadamente; ora se inclinaba de un lado, ora del otro.

De pronto el palo mayor, cortado por su base y libre de cuerdas y maromas, que habían sido devoradas por las llamas, se derrumbó con gran estrépito, cayendo algunos trozos de madera ardiendo por el agujero que había quedado abierto.

Harry apenas había tenido tiempo de gritar:

—¡Atrás todos!

Los que estaban cortando el trinquete cuando los trozos de madera cayeron abajo, en la estiba, oyeron un chillido agudo pro-

cedente del interior de la nave; pero no era un chillido varonil: parecía una voz de niño.

—¿Qué habrá pasado en la estiba?

—¡Eduardo!—dijo Oliverio palideciendo.

—Estoy aquí.

—¿Quién ha caído?—repitió Harry.

—Nadie.

—Los tres amigos bajaron á la estiba, y en el último tramo de la escalera vieron tendida una niña, con la frente llena de sangre é inmóvil, como muerta.

—¿De dónde sale esta chiquilla?

—¿Quién podrá ser?—dijo Oliverio.—
¡Agua, Harry! Está herida, acaso mortalmente.

—Pero, señor...

—¡Calla! ¡Después aclararemos este misterio!

Luego, mientras Eduardo apagaba el tizón para evitar un nuevo incendio, Oliverio, con la niña en brazos, salió á cubierta.

Casi al mismo instante Garrovi aparecía en el cuadro de popa. El indio estaba desfi-



.. Y manteniendo en sus brazos á Narsinga, se precipitó en el agua



gurado; una angustia indecible alteraba su rostro; sus ojos echaban llamas

Un grito horrible se le escapó del pecho al ver á Oliverio que sostenía entre sus brazos á Narsinga con la frente inundada de sangre.

—¡Garrovi!—exclamó Harry, mientras los indios atemorizados por aquella aparición, huían en todas direcciones.—¡Tú aquí...!

El indio no respondió.

Como un tigre se lanzó sobre el teniente y se apoderó de la pequeñuela rugiendo como una fiera:

—¡Mi hija...! ¡Ah! ¡Malditos seáis...! ¡Me la habéis matado...!

En seguida, antes de que Harry y Oliverio se hubieran dado cuenta de lo que les pasaba, dando un salto formidable subió al castillo del barco, y recogiendo un hacha abandonada gritó desde allí:

—¡Que el mar os trague á todos!

Con un hachazo rompió el timón, que el mar se llevó, y manteniendo en sus brazos

4 Narsinga, se precipitó en el agua lanzando la última maldición, mientras el parao, empujado por el huracán, se alejaba hacia el Noroeste con su palo ardiendo, que aún lanzaba hacia las tempestuosas nubes las últimas chispas.

XIII

La «DJUMNA»

Una completa calma reinaba en el golfo de Bengala.

Las olas, movidas por el monzón que había soplado durante toda la noche; pero que se había encalmado al apuntar la aurora, se agitaban pesadamente, sin fuerza, pero con un murmullo monótono y mesurado.

Sólo hacia una costa que se dibujaba al Norte ceñida de escolleras, el mar parecía airado, pues en aquella dirección se encrespaban las olas con alguna violencia, coronadas las crestas de amarillenta espuma; de vez en cuando se las oía rugir y chocar como si dieran contra unos bajos fondos.

Una nave sin vela y abandonada á sí misma, pues no se veía á nadie en el timón, iba empujada por las aguas, como si fuera arrastrada por alguna corriente marina ó por el

flujo que subía hacia el extremo del golfo de Bengala. Aquella nave, errante, sin dirección, expuesta á encallar en los bajos ó á estrellarse contra los escollos, era una *grab* india, con la proa muy aguda y adornada con esculturas que querían representar á Devendren, Agesini, Nirudi y Vaya; es decir, los devertralis más venerados, los semidioses del Indostán.

Casi toda ella estaba hecha con teca, madera durísima que resiste cien años, y que puede desafiar las balas de la artillería de pequeño calibre.

Como digo, en sus palos no había ninguna vela, ni sobre cubierta hombre alguno que guiara la embarcación: solamente un perro negro, de gran talla, de aspecto feroz, con un ancho collar de hierro, y cerca del palo trinquete, un indio tendido en el suelo, con la frente desgarrada, el color demudado, las facciones alteradas y cubiertas de sangre, inmóvil como si hubiera dejado de existir. El perro daba lúgubres aullidos: se

levantaba sobre las patas traseras para mirar hacia la costa, después se acercaba al indio para lamerle la cara, luego corría á popa, y bajaba al cuadro ladrando con mayor tristeza aun.

Cada vez que bajaba á la estiba se oía una voz que gritaba amenazadora:

—¡Abrid! ¡Abrid, ó no dejo uno con vida!

Entretanto la *grab* seguía aproximándose hacia aquella costa que poco á poco iba agigantándose. La embarcación, sin gobierno, sin velas que le diesen estabilidad, andaba á la buena de Dios, presentando á los escollos ora la proa, ora la popa; pero alguna avería debió de experimentar la armadura, porque parecía que poco á poco se sumergía como si su carga aumentara de peso.

Las olas llegaban ya á las bordas, y seguramente penetraba el agua á través de las paredes. El perro, excitado por el peligro, ladraba con mas fuerza que antes y se acercaba al herido con insistencia, lamiéndole como si quisiera despertarle; bajaba corrien-

do la escalera, y después, saltando sobre el castillo de popa, reanudaba los aullidos mirando sin cesar hacia la costa.

De pronto sufrió el barco una sacudida violentísima; la *grab*, que se hallaba á pocos metros de las escolleras, se venció sobre el lado de estribor haciendo rodar al indio contra la pared, mientras el perro, después de dudar breves instantes, se arrojó al agua sin dejar por eso de ladrar.

—¡Pero abrid!—gritaba la voz de antes

El indio, que no tenía más que la herida de la frente, que debía de haberse desvanecido por la pérdida de sangre, y á quien el encontronazo debió de hacer recobrar el sentido, abrió los ojos y miró en torno suyo.

Con grandes esfuerzos se levantó, y comenzó á darse cuenta de lo que pasaba al ver el puente desierto.

Era un hombre de unos treinta años, de piel casi negra, de gran estatura, con la cabeza cuidadosamente rasurada y barba rala, pero muy oscura.

—¡Vivo!—exclamó.—¡Creía haber muerto y hallarme ya delante de Visnú! ¿Y Garrovi...? ¿Y Hungse...? ¿Y los otros marineros...?

Se llevó las manos á la cabeza, y las retiró bañadas en sangre.

—¡Miserables!—murmuró.—¡Ahora lo recuerdo todo! ¿Cuánto hará que dejaron la *grab*? Hace ya bastante tiempo que debí de desmayarme, pues cuando caí la costa estaba muy distante. ¿Y el capitán? ¿Le habrán muerto?

En aquel instante oyó el ladrido del perro, que se perdía en lontananza.

Se asomó á la borda y miró; el perro había pasado ya los escollos y corría hacia la costa.

—¡Pandú también me abandona!—murmuró el infeliz.

Retrocedió vacilando, y entonces se dió cuenta de que la *grab* estaba sumergida hasta las ventanillas de los camarotes de popa.

—Han echado á pique la *Djumna*—murmuró.

Recogió sus fuerzas, quiso dar un grito; pero se le enturbió la vista, y cayó al suelo desvanecido nuevamente.

¿Cuánto tiempo permaneció sin sentido? Varias horas debieron de transcurrir, porque cuando volvió en sí el Sol se ponía ya y descendían las tinieblas con la rapidez característica en aquellas cálidas regiones.

Se levantó con grandes fatigas, y aún no había acabado de ponerse en pie cuando le dió otro vértigo; pero dominándose logró cogerse á la borda y contempló el horizonte.

El indio miró sobre cubierta buscando al perro; pero éste no había regresado. Prestó atención para ver si oía los ladridos de Padú: sólo la brisa nocturna dejaba oír sus silbidos á través del aparejo de la *grab*.

—¡Todos me han abandonado!—repitió.—
¡Busquemos el agua!

Cogiéndose á las paredes llegó hasta popa, donde había una pipa llena de agua potable,

y metiendo en ella el vaso de metal que pendía de una cadena, el indio tomó varios sorbos: después empapó un trozo de lona, y se vendó con él la frente.

Aun no había terminado de atarse la venda, cuando oyó un golpe formidable que hizo oscilar la brújula de la bitácora.

—¿Quién es?—preguntó el indio.

Otro golpe más fuerte que el primero sonó en el interior del barco.

—¿Quién da golpes?

Una voz ronca contestó desde abajo:

—¡Abrid...!

—¡El patrón!—dijo el indio temblando.—
Pero ¿no le mataron?

Sin pérdida de tiempo se lanzó á la escalera. Todo estaba inundado: las cajas, las sillas, y hasta la mesa, nadaban, chocando cada vez que el agua, obedeciendo á impulsos exteriores, subía ó bajaba de nivel.

El indio, con agua hasta la cintura, llegó al camarote:

—¿Es usted, patrón?

—¡Sí, yo soy! ¿Y tú quién eres?

—Schapal.

—¡Schapal! ¿No habías huído?

—No.

—¿Tienes un hacha?

—En el castillo estará la que usó Garrovi para herirme en la frente.

—¿Garrovi?—gritó el de dentro von voz feroz.—¿Vive aún?

El indio no respondió: había subido á recoger el hacha.

—¡Aquí estoy!—dijo cuando volvió.

—¿Vive aún Garrovi?—repitió el patrón con rabia creciente.—¡Responde, Schapal!

—Deja que te abra.

—¡Responde!

—Ha huído.

—¿Y Hungse?

—Con él.

—¿Y los demás malabares?

—Todos se han ido.

—¡Maldición! ¿Y mi *grab*?

—Perdida.

—¿Ha encallado?

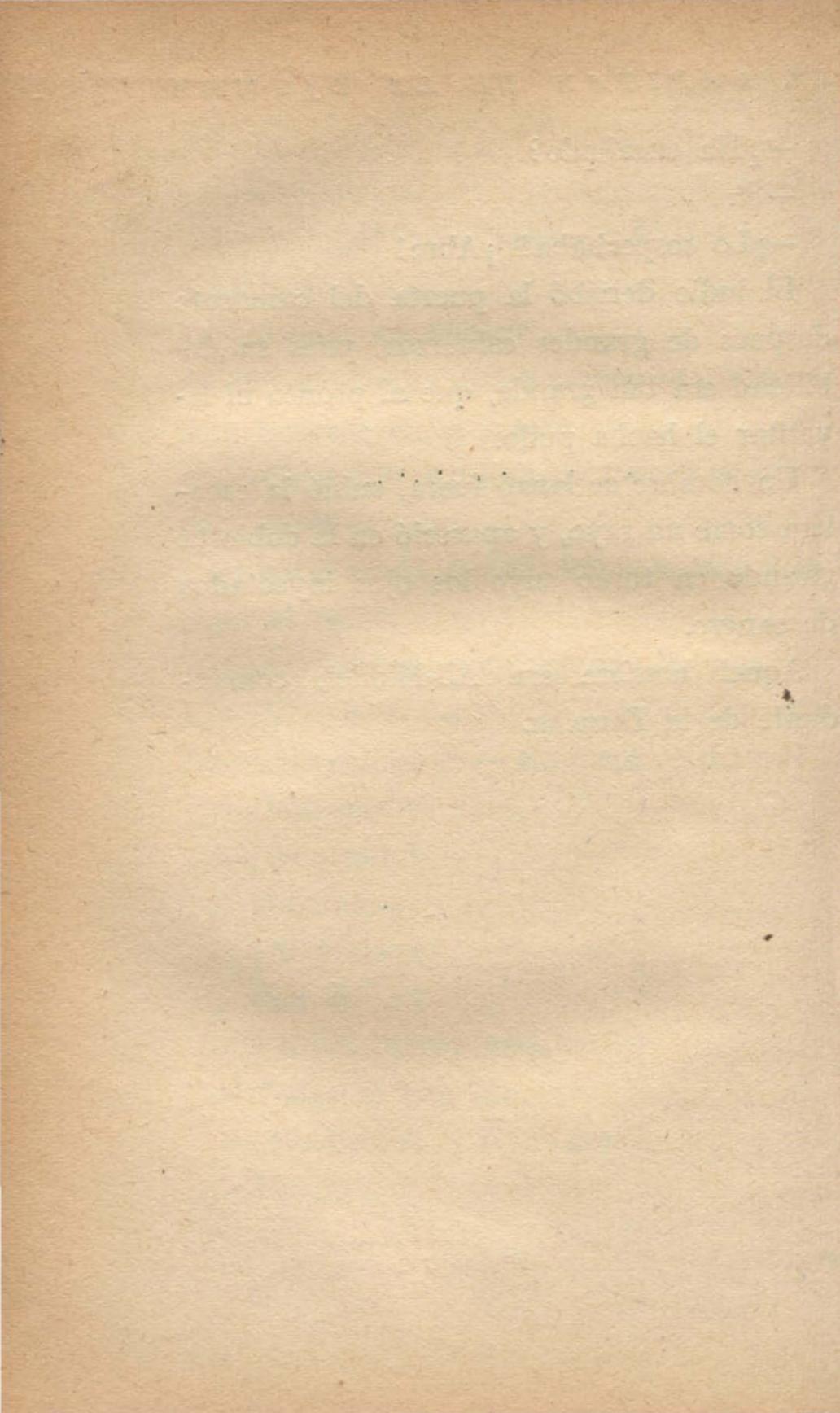
—Sí.

—¡Lo sospechaba! ¡Abre!

El indio derribó la puerta del camarote después de grandes esfuerzos, pues su debilidad era tan grande, que al pronto ni levantar el hacha pudo.

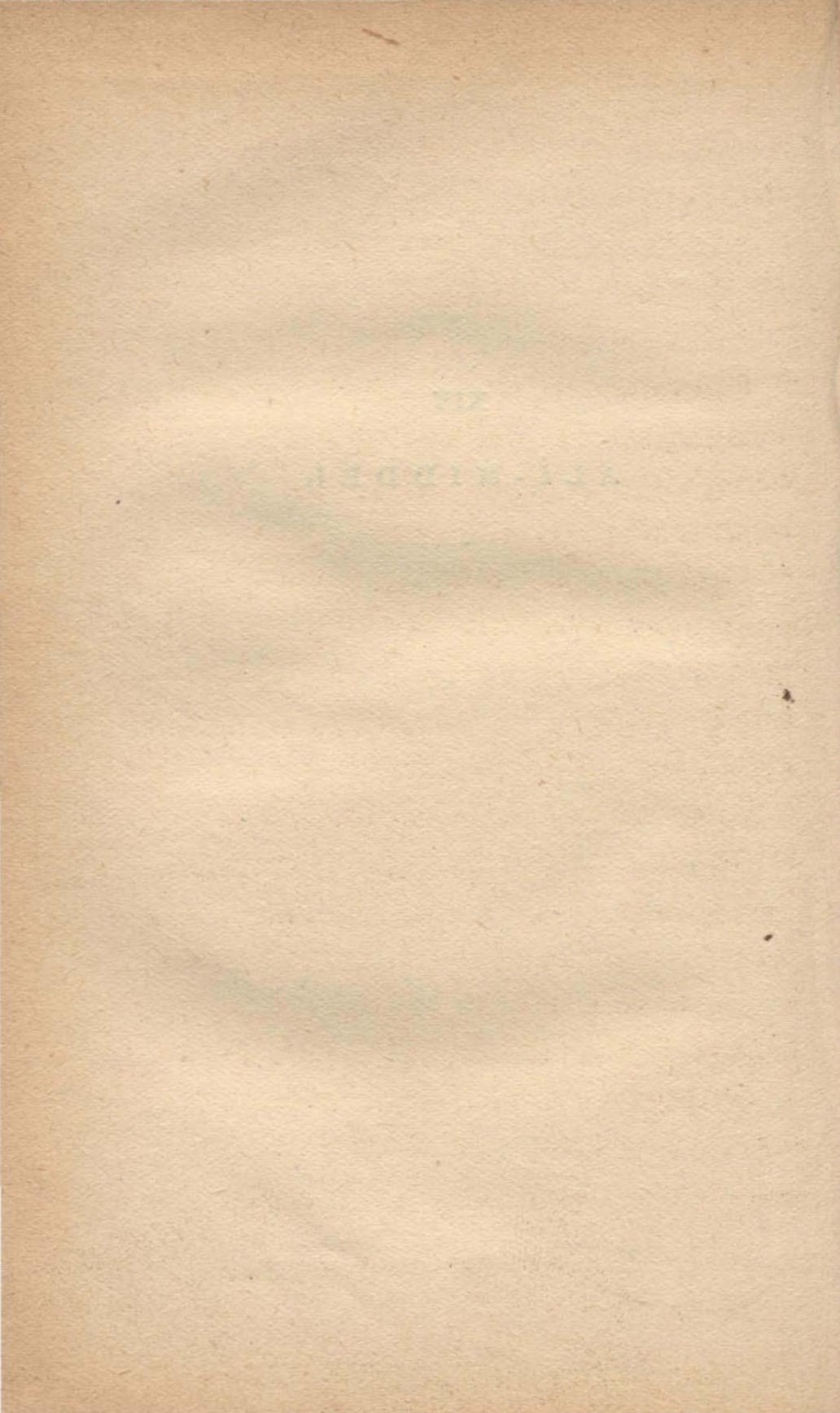
Un hombre se lanzó fuera, subió la escalera como un rayo, y apareció en la cubierta girando en torno suyo los ojos inyectados de sangre.

Aquel hombre era Alí-Middel, comandante de la *Djumna*.



XIV

ALÍ - MIDDEL



El capitán de la *grab*, así como su hermano Eduardo, era uno de los tipos más hermosos y varoniles salidos del cruce de sangre india con sangre europea, y, como el otro, parecía que, aparte de la estatura poco ó nada hubiese heredado del padre pues no tenía ni los ojos azules ni el pelo rubio, distintivos particulares de la raza anglo-sajona.

Tenía Alí casi el doble de años que su hermano, y aún era más alto, más robusto, con anchos hombros, brazos musculosos, pecho desarrollado y cuello grueso. Su piel era de bronce dorado; su rostro, muy hermoso, sombreado por una barba negrísima y rizada; ojos grandes, acaso demasiado negros; nariz recta; labios rojos como cerezas maduras; arrugas precoces surcaban su

frente, y bajo las alas de su sombrero de paja aparecían algunos mechones de pelo blanqueados por las canas.

El agua, que desde hacía tantas horas inundaba su camarote, le había empapado las ropas, y el pobre aparecía en un estado lamentable, lleno de cieno por todas partes.

La penetrante mirada de Alí recorrió en un minuto el mar que rodeaba la *grab*, la orilla que se presentó al Norte, los escollos y los bancos de arena.

—¡Huyeron...! ¡Desaparecieron...! ¡Canallas! ¡Huyeron después de robarme la caja de oro, después de haber sublevado á la tripulación, de haber perdido mi nave y de encerrarme en el camarote para que muriese ahogado...!

Luego, viendo al indio que se le acercó apoyándose en las paredes, añadió:

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Te han herido acaso cuando llegó la hora del reparto?

—No—repuso Schapal:—estoy aquí porque no quise abandonar á mi patrón.

Alí le miró sin responderle; pero poco á poco sus miradas iban dulcificándose.

—¿Por qué no querías abandonarme?
¿Debo creerte?

—¿No te basta mi frente hendida? Si hubiera querido seguirlos, ¿quién me lo hubiera impedido? ¿No se embarcaron los otros malabares con los traidores? Ellos no han sido heridos ni muertos...

—Es verdad. ¿Cuando huyeron?

—No sé, porque he estado sin sentido muchas horas.

—Hace treinta y seis que estoy encerrado en el camarote. ¿Huyeron en cuanto me robaron la caja del oro?

—Sí.

—¿Qué ocurrió después del robo?

—Yo... no sé... dijo el indio titubeando.

—Quiero saberlo todo: si no, me desharé de tí con la misma hacha con que ellos te hirieron.

—¿Me perdonarás...? Me tentó también el maldito oro.

—Habla; después **veremos**.

—Hungse y Garrovi habían conseguido rebelar contra tí á la tripulación diciéndonos que aquella caja contenía tanto oro y tantos diamantes como se necesitaban para hacer de cada uno de nosotros un *nabab*.

«Habíamos convenido que una vez la caja en nuestro poder, te abandonaríamos sin hacerte daño alguno, pues no teníamos motivo para ello. Una noche Garrovi consiguió poner un narcótico en tu botella, y ayudado por Hungse pudo robarte la caja sin peligro alguno. Estábamos embarcándonos después de haber amarrado las velas para evitar que el viento estrellase la *grab* contra la Pequeña Andamana durante tu sueño, cuando oímos que en la estiba sonaban fuertes golpes.

«Te juro que contra mi voluntad me había mezclado en aquel asunto, y que mil veces hubiera deseado poder volverme atrás. Al oír los golpes sospeché que Garrovi, que aún permanecía á bordo, faltando á su pro-

mesa, tratara de hendir los flancos de la *grab* para echarla á pique. Salté á la nave y vi al saniasso con el hacha en las manos.

«—¿Qué has hecho, miserable?—le grité.

«—Echar á tu capitán á pique para que haga compañía á los peces»—me contestó riendo.

«—Puedes marcharte sin mí»—le contesté:—«no puedo permitir esa infamia».

«—¡Hazle también compañía!»—me repuso.

«Al decir estas palabras el traidor, levantó rápidamente el hacha, hiriéndome en la frente; caí con el rostro bañado en sangre, y antes de caer me pareció oír unos ladridos y ver, como á través de una niebla sanguinolenta, á tu perro reñir con el traidor... Después..., no recuerdo más. Hasta hace pocas horas no he vuelto en mí.

—¿Es eso todo?—preguntó Alí.

—Todo, patrón.

—Iba á matarte... pero te perdono.

—¡Gracias, patrón!

—¿De modo que esos miserables han huído?

—Todos.

—¡Ah! ¡Algún día volveré à Bengala, Schapal, y aunque la India es muy grande, encontraré á los dos traidores, y no quedaré satisfecho hasta que los haga colgar!

Y como si toda su energía se hubiese agotado, se dejó caer sobre un barril, cogiéndose la cabeza entre las manos; un gemido le sacó de su abatimiento.

—¡Ah! ¡Me olvidaba de que estás herido!

—Sufro, patrón—repuso el indio, que se había sentado en el puente.

—Deja que examine la herida.

Le quitó con precaución el vendaje, observó atentamente el corte producido por el hacha, y vió que era más doloroso que peligroso, puesto que el arma sólo había rozado el hueso sin partirlo.

—Si Garrovi hubiera tenido el pulso más firme, no estarías aquí hablando conmigo: afortunadamente, aquel miserable tenía prisa.

Con mucha destreza juntó los bordes de la herida, limpió la sangre que se había coagulado encima, después volvió á poner el trozo de lienzo bien empapado en agua.

—Dentro de una semana estarás completamente sano; pero te quedará una cicatriz como recuerdo de Garrovi.

—¡Yo te aseguro que si le encuentro me vengaré!

—Si le hallas antes que yo... ¿Estás mejor?

—Sí.

—Pero ¿dónde está Pandú? Le he oído ladrar, y ahora no le veo.

—Ha saltado á tierra en cuanto la *Djumna* tocó en el banco.

—¡Huir mi perro! ¡Imposible, Schapal!

—Le vi nadar hacia los escollos, y después correr por los bancos.

—Es muy inteligente, y habrá comprendido que sólo en tierra podría encontrar auxilio para mí; pero preferiría que esos islotes estuvieran más lejos de nosotros aún.

—¿Tan malos son?

—¡Sí! Tienen muy mala fama, Schapal. Dos veces he tocado en la Pequeña Andamana, y ninguna de ellas he quedado satisfecho de sus habitantes. Son ladrones, malos, y hasta se asegura que antropófagos.

—¡Me haces temblar! Sin embargo, tendremos que desembarcar..

—¿Por qué?

—No tenemos ningún bote.

—Construiremos una balsa; y procuraremos llegar á la costa Arracanesa.

—Pero no tendremos víveres.

—¡Viveres! La despensa estaba llena.

—Garrovi y Hungse la han dejado vacía.

—¿Toda?—exclamó Alí palideciendo.

—Han cargado la *pinaza*.

—¡Mil infiernos! ¿Y no tenemos nada que llevarnos á la boca?

—Tú tenías provisiones en tu cuarto.

—Unos bizcochos y unas latas de conserva. ¡Canallas...! ¡Robar hasta los víveres...!

—Ya ves que tenemos que desembarcar.

Alí no respondió; apoyado en la borda de la *grab*, con la frente arrugada, la mirada fija, parecía observar atentamente á las últimas luces del crepúsculo la costa, que se mostraba cubierta de espléndida vegetación.

En la playa no se divisaba ninguna cabaña: ni entre los escollos navegaba ninguna canoa; pero á veces se veían volar por encima de la nave grandes bandadas de aves semejantes á los patos emigrantes.

Un brusco sacudimiento hizo oscilar la arboladura de la *grab*, inclinó aún más la cubierta y sacó al capitán de sus observaciones.

—¿Qué sucede?

—Que la *Djumna* ha mudado de sitio.

—¿No se apoyaba en el banco?

—Es verdad.

—La rechazará el reflujo.

Se asomó á la borda y miró hacia bajo: el agua, transparente como un cristal azul verdoso, dejaba ver el banco, que la abajamar amenazaba dejar en seco.

Alí comprendió que la *grab* se apoyaba sólo por el flanco en arena y que podía de un momento á otro vencerse del todo, faltándole el sostén del agua, ó resbalar de nuevo al mar para irse á pique en seguida á causa de las hendiduras que Garrovi le hizo.

Una imprecación salió de sus labios.

—¿Qué ha pasado, patrón?

—¡Si no nos damos prisa á salir de la *grab*, nos vamos á pique!

—No tenemos *pinaza*.

—Haremos una balsa; ó nos arrojaremos al agua.

—¡Al agua! ¡Mira ahí!—dijo el indio señalando los escollos.

Alí miró en la dirección indicada, y á pesar de su valor tembló.

A la incierta claridad del crepúsculo se veían masas arenosas que sobresalían del agua, fantásticas cabezas con bocas enormes. Eran lijas formidables pertenecientes á la especie de los peces canes, pero distintas

en la forma, pues su cabeza semejaba un martillo de zapatero, aunque igual por ambos lados y con los ojos situados en el extremo; son menores que los peces canes, pero no menos voraces que ellos ni menos aficionados á la carne humana.

—¡Devoradores de hombres!—exclamó Alí:

—¡No importa! pasaremos lo mismo, y si nos atacan, nos defenderemos á tiros.

—Los traidores se han llevado los fusiles.

—¡Es igual! ¡Tengo mis dos pistolas!
¡Vamos! no perdamos tiempo.

Empuño el hacha, arma formidable en sus manos, y se puso á demoler las paredes de la *grab*. Mientras Alí reunía los trozos de madera, Schapal bajó al camarote para recoger los víveres, subiendo también consigo las cartas náuticas y los instrumentos necesarios para señalar el Norte, dos pistolas, las municiones que halló y algunas prendas de vestir.

Una vez obtenida la madera necesaria, los

dos náufragos comenzaron á unir los tablo-
nes con clavos y cuerdas. Dábanse mucha
prisa, porque la *grab* seguía inclinándose á
causa de la bajamar; la cubierta tenía ya una
inclinación de 45° , y aún se vencía más
hacia el lado de estribor.

Entre Alí y Schapal habían clavado las
tablas, cuando de pronto la *Djumna* dió un
brusca sacudida, se levantó un poco y vol-
vió á inclinarse hasta que resbaló sobre el
banco, retrocediendo á babor.

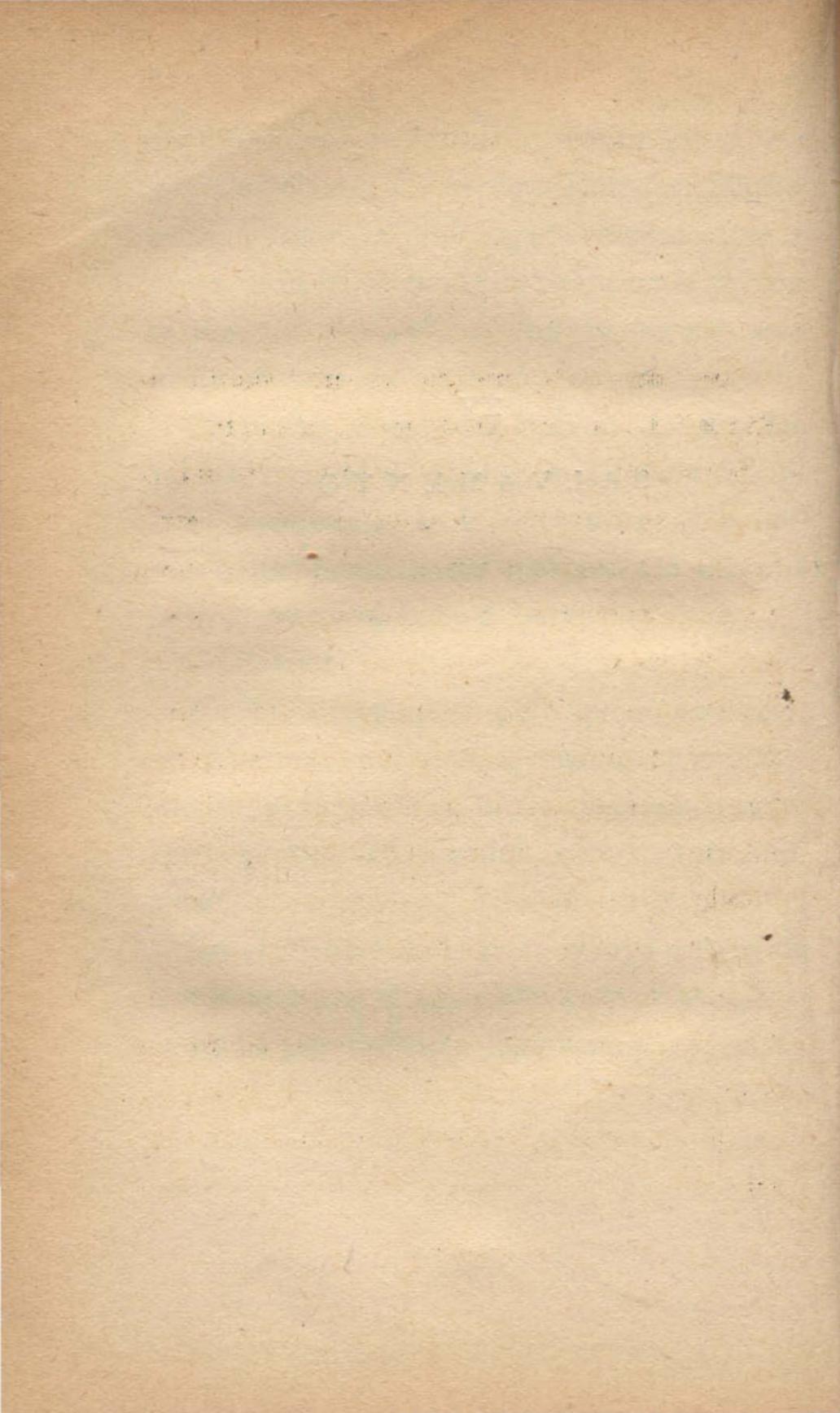
—¡Patrón!

Alí iba á responder, pero quedó aterrado:
la *Djumna* se había levantado completa-
mente y se hallaba libre. Mas poco duró
esto, porque en seguida comenzó á hun-
dirse.

En el vientre de la nave se oyó un rugido
producido por el agua que penetraba á bor-
botones por infinitas hendiduras.

XV

SALVAMENTO



Con una sola mirada se dió cuenta Alí Middel de la gravedad de la situación.

No había tiempo para terminar la balsa, ni aun para arrojar al agua los pocos tablonnes que habían juntado. Era preciso abandonar la *grab* antes de que ésta fuera tragada por el mar.

De un salto Alí se apoderó de sus mapas, de las pistolas y de las municiones, mientras Schapal cogía el hacha y cuantas cajas de conservas podía contener su *dugbah* recogido y anudado á la cintura.

—¡Al agua!—gritó Alí.

La *Djumna* se hundía rápidamente; las olas invadían la cubierta, corriendo de proa á popa; la pobre nave oscilaba de babor á estribor, rozando las márgenes del barco.

Se sumergió bruscamente, como si hubiera sido colocado en la estiba un enorme peso; desaparecieron las bordas del barco, después la grúa del bote, el timón, el bauprés... Al fin se hundió toda aquella masa, formando, en la superficie del mar gigantesco torbellino...

Luego desaparecieron los tres palos con gran rapidez, quedando solamente visibles los extremos del mayor y del trinquete.

—¡Todo ha terminado!—murmuró Alí con voz sorda.—¡Pobre *Djumna*! ¡Nunca creí que te perdería tan pronto!

El capitán llegó á conmoverse; pero se repuso en seguida, y añadió:

—¡Estaba escrito!

Y volviéndose hacia el indio, que contemplaba en silencio la extensa sábana de agua que los rodeaba, continuó:

Recojamos esos tablones; antes de que venga la marea baja hemos de estar en los escollos.

A la pálida luz de la Luna se veían gran-

des maderos que sobrenadaban en el lugar donde se había sumergido la *grab*.

Eran trozos cortados por el capitán; pero la balsa no parecía por ninguna parte. Schapal observó con cuidado, y cuando se hubo persuadido de que no había lijas, se recogió el *dugbah*, púsose en el cinturón el hacha, y arrojándose al agua, nadó vigorosamente.

Alí se quedó en el barco, armado con sus pistolas, para amedrentar á las lijas que intentaran acercarse al nadador.

En dos brazadas llegó el indio al punto donde había naufragado la *Djumna*, y empujó hacia el barco las maderas que halló. Eran muy pocas, insuficientes para construir una balsa de dos ó tres metros de largo.

—¡No hay más, patrón!—dijo el indio saliendo del agua.

—Poco es; pero el trayecto es corto.

—¿Y las lijas?

—Las apartaremos á tiros.

—Escasean las municiones, patrón.

—Tenemos diez y ocho ó veinte balas y

dos libras y pico de pólvora: creo que basten. Ayúdame. Schapal: pronto volverá la marea alta y cubrirá de agua el banco.

Recogieron los escasos tablones, y los unieron valiéndose de una cuerda que colgaba de uno de ellos y que era muy larga. No era una balsa: era un flotador informe, casi incapaz de sostenerlos, y que ni siquiera podía llevar á los dos náufragos, obligándolos á ir sentados y con las piernas dentro del agua.

Partieron una tabla, hicieron con ella dos especies de remos, y se embarcaron con los pocos objetos que habían logrado salvar.

La noche era clara; en el cielo, limpio de nubes, brillaban las estrellas, reflejándose en las aguas, mientras la luna, más grande que de ordinario, proyectaba sus rayos sobre la costa; una brisa fresca producida por el monzón del Noroeste turbaba la superficie del gran golfo de Bengala.

Un silencio profundo reinaba en torno del banco, apenas interrumpido por el golpe de los dos remos.

El flotador avanzaba lentamente y con precaución hacia los escollos que se extendían delante de la costa: aquellos dos hombres seguían remando en silencio, incorporándose un poco de vez en cuando para escudriñar la superficie.

Ya habían atravesado felizmente la mitad de la distancia que los separaba de las primeras escolleras, cuando el indio retiró su remo, diciendo:

—¡Cuidado, patrón!

A pocos pasos había oído un ronco suspiro, y levantarse una ola de espuma.

—¡Cuidado, patrón!—repitió Schapal aterrorado.

Alí había retirado también su remo y contemplaba el agua con suma atención, mientras con la mano derecha empuñaba una pistola.

—¿Una lija?—preguntó.

—Sí.

—¿La has visto?

—No; pero la he oído respirar.

—Esperemos á que aparezca.

Un minuto después de pronunciar estas palabras, una de aquellas cabezas de forma de martillo aparecía sobre las aguas: al ver al feroz animal el indio mudó de color, y aun el mismo Alí experimentó algo de espanto. El monstruo permaneció inmóvil unos momentos dejándose llevar por las olas, y después, girando sobre sí mismo, se aproximó al flotador.

—¡Patrón!—dijo Schapal, con espanto.

—¡No temas!—dijo Alí extendiendo el brazo y apuntando con calma.

Sonó una detonación que repercutió en las rocas y en los escollos de la isla.

La lija, herida en la cabeza, dió un salto, sacó medio cuerpo fuera del agua, volvió á caer en un círculo de espuma, y desapareció.

—¡Herida!—exclamó Schapal respirando.

—En la cabeza. ¡Mis balas dan siempre!

—¿Estará muerta?

—¡Ca! Tienen la piel muy dura, y para

matarlas hace falta una carabina; pero nos dejará tranquilos por ahora.

—¡Calla!

—¿Qué oyes?

—¡Un ladrido!

—¿El perro?

—Tal vez.

—¿Hace mucho que se alejó de la *Djumna*?

—Poco antes de mi primer desvanecimiento.

—Entonces, será Pandú: con sus ladridos nos guiará.

Se incorporó cuanto pudo y miró hacia el Norte.

La costa estaba cerca é iluminada por la luna; se distinguía claramente; pero, como se hallaba cubierta de espesos bosques, no era fácil ver á un animal negro y del tamaño de Pandú.

—¿Oyes algo?—preguntó Alí, quien por experiencia sabía que el oído del malabar era más fino que el suyo.

—No—repuso Schapal después de escuchar con atención.

—¿Te habrás engañado?

—No lo creo.

—No importa: antes de un cuarto de hora estaremos en tierra, y Pandú nos saldrá al encuentro.

Cogieron de nuevo los remos y se pusieron á remar, acercándose á la costa, y observando al mismo tiempo el agua por temor á que saliera de nuevo la lija. Después de herido el feroz animal no había vuelto á aparecer; pero podía espiarlos por debajo del agua y morderles las piernas.

Cuando ya se hallaban á cincuenta brazadas de la primera escollera le vieron reaparecer á quince pasos de ellos; giró sobre sí mismo como buscando la presa, pero después se sumergió, formando en la superficie un pequeño remolino.

—¡Patrón!—balbuceó Schapel.—¡Va á alcanzarnos nadando bajo el agua!

—Deja el remo y empuña el hacha.

—¡Va á mordernos en las piernas!

—Retirémoslas.

Levantaron precipitadamente las piernas y aguardaron con la vista fija en el agua. De improviso apareció junto á la pequeña balsa, tropezándola con su piel rugosa. Allí le descerrajó el segundo tiro, y el indio, envalentonado con la proximidad del peligro, le dió con el hacha tal golpe, que le rompió el hocico. La lija quiso deshacer con la cola aquel conjunto de tablas y cuerdas; pero sólo consiguió su propósito á medias: el golpe formidable de la cola privó á la balsa de uno de sus apoyos; pero, en cambio, la empujó con tal violencia, que los náufragos se hallaron á pocos pasos de un banco, donde fué á parar la improvisada embarcación.

Alí y Schapal se pusieron en salvo, mientras la lija, herida nuevamente, se debatía con furia levantando montañas de espuma.

—¡A la costa!—dijo el capitán.

Recogieron sus víveres y los objetos salvados, aventurándose por entre las escolle-

ras, y dejando que la balsa fuera arrebatada por la resaca del mar.

Como los escollos estaban unidos entre sí por bancos de arena que la bajamar había dejado en seco, no les fué difícil ganar la costa meridional de la Pequeña Andamana.

Ya no distaban más que cien pasos, cuando Schapal, que marchaba delante de Alí, se detuvo diciendo:

—Patrón, bajo los árboles de la costa veo vagar una sombra.

—¿Será Pandú?

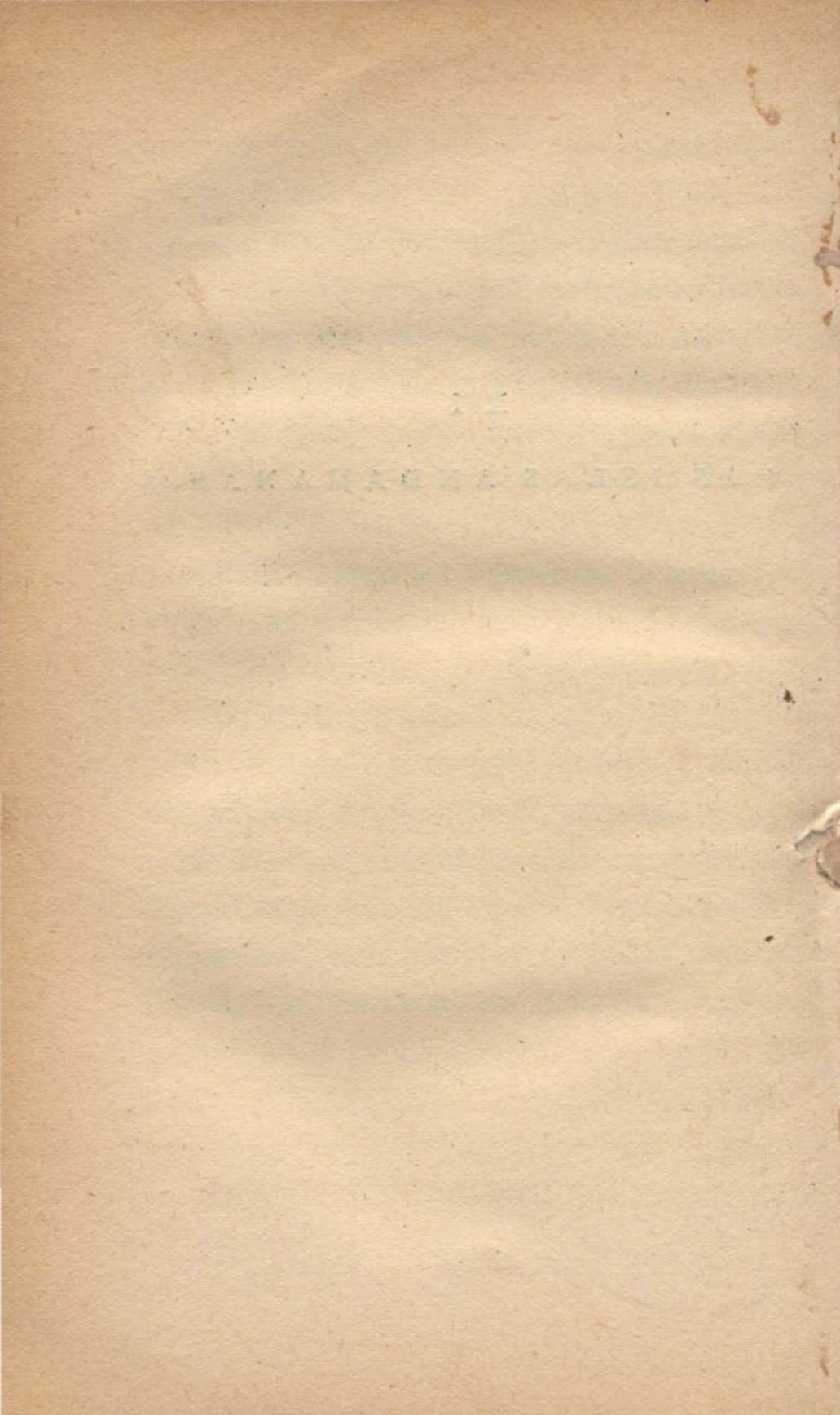
—No distingo bien.

Alí se llevó dos dedos á la boca y emitió dos silbidos agudos; luego escuchó.

No le respondieron los ladridos de su fiel Pandú, sino uno de aquellos gritos roncós, espantosos, que otras veces había oído en las espesas maniguas de Bengala.

XVI

LAS ISLAS ANDAMANAS



Forman un archipiélago situado en medio del vasto golfo de Bengala, más cercanas á Birmania que á la India, hallándose entre los 14° y 11° de latitud septentrional y los 82° y 83° de longitud.

Su número es muy considerable, pero sólo seis tienen una superficie regular, aparte de la mayor, la designada con el nombre de Grande Andamana, que tiene una longitud de treinta leguas y una anchura de ocho, muchas bahías, altas montañas é inmensos bosques. Aunque se encuentran tan próximas á la India, su civilización es antiquísima, mucho más que la europea, y aun cuando se hallan situadas en un golfo recorrido por infinito número de navíos de todas las nacionalidades,—cosa rara é inexplicable,—puede decirse que hasta hoy se sabe muy poco de aquellas tierras y de sus habitantes.

Incluso los ingleses, dueños de aquellos mares y de las tierras vecinas, se han desentendido de ellas, y aunque se vanaglorian de su posesión, no tienen guarniciones en el archipiélago. Es verdad que hace muchos años, en 1789, ocuparon una de las más pequeñas, fundando una colonia penitenciaria en Port-Blair; pero tres años después, diezmados por el clima, la abandonaron para volver algunos años más tarde y fundar Port-Corwal, que también tuvieron que abandonar (1).

Parece que estas islas, lo mismo que las de Nicobar, que están más al Sur, son las crestas de una cadena de montañas submarinas que separándose de la costa septentrional de Sumatra, terminan en las proximidades del cabo Negrais, en el Pegú.

Por eso sin duda son todas montañosas, especialmente la Grande, que tiene un monte de 2.400 pies de altura llamado Pico de

(1) En 1858 fundaron una colonia penitenciaria, pero está casi deshabitada á causa de clima, que aniquila á presos y guardianes.

la Silla. Alguna, como la de Basser, que se halla á unas quince leguas del grupo principal, posee volcanes que arrojan á enorme distancia lavas de cien quintales de peso.

Estas montañas son fatales á dichas tierras, porque estando situadas en aquella parte del Océano Índico donde domina el monzón del Sureste con mayor violencia, detienen las nubes; así es que durante ocho meses del año se inundan por las continuas lluvias.

La excesiva abundancia de agua que se recoge en las inmensas y pobladas florestas de aquellas islas contribuye á que la estancia en ellas sea muy triste y perjudicial á la salud. La constante humedad ocasiona fiebres terribles, contra las cuales no hay medicamento posible.

Así, los europeos no pueden vivir allí; y si los isleños sufren á veces graves enfermedades, en cambio, la flora se desarrolla de un modo extraordinario. Desde las playas hasta las cúspides más altas, los bosques se suceden sin interrupción; las higue-

ras de la India, los almendros, los árboles del aceite, los árboles del hierro, los *dammars*, que producen la resina, los gigantes-cos bambúes, los ébanos, los *suduos*, que dan una admirable madera para construcción, los *koutch*, etc., etc., se encuentran á millares. Cosa rara: los cocos, tan abundantes en todas las islas índicas, son rarísimos en las Andamanas. Tres ó cuatro mil individuos habitan aquellas tierras, donde podrían morar cómodamente cuatrocientos mil.

No tienen pueblos; viven como los salvajes, en las profundidades de sus tétricos y húmedos bosques, ó á la orilla de sus bahías, cazando los animales con lanza, ó pescando con pequeñas redes. Como no tienen habitación, andan errantes á su capricho, conduciendo consigo sus familias, á las que profesan gran cariño y defienden con furor salvaje contra cualquier atentado. Se dice que cuando se les presenta la ocasión no desdeñan la carne humana; pero esto no ha podido confirmarse nunca.

Estos indígenas, cuya vida se asemeja tanto á las de las bestias, tienen una sola virtud: el sentimiento de independencía. Y por eso son insociables y reciben á los extranjeros con sospecha y sin mostrarles ninguna cortesía. Cuando creen que se atenta contra su libertad, corren todos en defen-
sá de su tierra con una ferocidad sin igual.

Sin duda, los andamanes son los hombres más pequeños de la región asiática, pues, por lo general, los varones no pasan de un metro y cuarenta centímetros de altura, y las mujeres apenas llegan á un metro y treinta y dos centímetros; sin embargo, son proporcionados. Tienen la cabeza pequeña y redonda, el cuello corto, pero grueso; cuerpo robusto, pero las espaldas poco anchas; vientre abultado, frente alta, fisonomía bestial y estúpida. Sus ojos son pequeños; la nariz, chica también y no aplastada; los labios gordos y la piel oscura como la de los cafres.

Son valientes pescadores y habilísimos cazadores, y comen excesivamente cuando

tienen qué; soportan á veces ayunos prolongados. No saben edificar ni aun construir chozas, como la mayor parte de los salvajes del globo, y, en cambio, son diestros para hacer canoas con los largos y gruesos troncos de los árboles. Su religión consiste en la adoración de la luna, á la que saludan con griterías y danzas semejantes al *korrobory* de los australianos.

Respetan á los muertos, á los cuales entierran con las piernas dobladas, y luego los desentierran para conservar los huesos.

.

Alí y el malabar se detuvieron bruscamente cuando iban á poner el pie en la Pequeña Andamana, la más meridional del grupo, al ver en la playa aquella sombra negra que vagaba de un lado para otro.

El aullido dado por aquel animal había hecho palidecer al marinero, y fruncir el entrecejo al capitán de la *Djumna*. Muchas veces lo habían oído en las maniguas de la desembocadura del Ganges, y no era fácil que se engañaran.

—¡No esperábamos este recibimiento!—
dijo Alí deteniéndose en los últimos escollos.—¡Cargaré de nuevo mis pistolas!

—¿Vas á hacer frente al tigre?—preguntó Schapal dando diente con diente.

—Si tuviera una buena carabina, le saldría al paso; pero con estas pistolas sería una locura que podría costarme cara.

—¿No podríamos salir más allá?

—Hay aquí mucho fondo, y si queremos llegar á tierra, tendremos que espantar á esa bestia.

—Esperemos á que amanezca.

—Y cuando llegue la marea alta cubrirá el agua estos escollos. El flujo viene por el Este; ordinariamente llega á ocho piés, y ni tú ni yo llegamos á los seis: ya ves que el agua podría anegarnos.

—Nadaremos.

—Perderíamos nuestras provisiones.

—Entonces, ¿qué vas á hacer?

—Ponerme á tiro y disparar mis armas. Tal vez se asuste el tigre y nos deje libre el

paso. ¡Ánimo, Schapal! ¡Vamos á ver si *Su Excelencia*, como vosotros decís, se decide á dejarnos pasar!

—Ve con cuidado, porque puede ser un tigre *admikanevallo* (tigre que ha probado la carne humana.)

—Mejor; así me será más fácil, porque casi todos los *admikanevallos* son viejos.

Cargó las dos pistolas, y aunque el malabar seguía sermoneándole, se alejó resuelto de la escollera y avanzó con precaución hacia la costa. El tigre seguía rondando por la playa á la sombra de los árboles, y aunque su cuerpo á veces no era visible, le traicionaban sus ojos de amarillentos reflejos.

Parecía presa de cierta agitación, pues no se detenía un instante, aun cuando no se apartaba de la escollera, como si hubiese comprendido que aquellos dos hombres no tenían más remedio que entrar por allí, y aguardaba la oportunidad para lanzarse sobre ellos. Probablemente estaría muy hambriento, porque de ordinario estos animales

no atacan de frente más que en caso de haber sido heridos: prefieren atacar en medio de los bosques; no gustan de entendérselas con hombres, sobre todo si son de raza blanca, sabiendo por experiencia que van mejor armados y son más resueltos que los indígenas.

Al ver que Alí se adelantaba, el tigre dejó los árboles y se acercó á la playa, pasando por entre los espesos naranjos que cubrían la pendiente y dando sordos maullidos: parecía dispuesto á arrojarse sobre los náufragos. Alí se detuvo á veinte pasos del animal, y se colocó detrás de una roca para resguardarse del salto de su peligroso adversario. Levantó lentamente la pistola que sostenía en la mano derecha, apuntó con serenidad, y oprimió el gatillo.

La bestia, herida por la bala del tirador, dió un salto en el aire lanzando un furioso maullido, y se arrojó sobre el capitán; pero Alí apuntó en seguida con la segunda pistola. Ya sea que el tigre se diese cuenta de que se hallaba gravemente herido, ó que

temiese luchar á la luz de la Luna, el caso es que la fiera en vez de acometer, como parecia dispuesta á hacerlo, se detuvo, dió media vuelta y desapareció rápidamente bajo la arboleda.

—¡Feliz viaje!—gritó Alí.—Me he ahorrado una bala que quizás me haga falta luego.

—¿Ha huido?

—Yo no le veo.

—¿Se habrá escondido para asaltarnos á traición?

—Debe de haber comprendido que no íbamos á dejarnos comer. ¿Oyes algo?

—No.

—Entonces, salgamos á la orilla.

—¡Tente en guardia!

—Cargaré la primera pistola, y abriremos bien los ojos.

Lo hizo así, y seguido de Schapal se encaminó á la playa. Cerca de los primeros árboles se detuvieron, observando atentamente hierbas y plantas, y aguzando el oído con el mayor recogimiento; luego, seguros del

silencio que reinaba en aquel lugar, se acercaron al pie de un árbol.

—Esperemos al alba. Mañana veremos lo que se puede hacer para salir de esta situación.

—¿Tienes esperanzas de que podamos alejarnos de esta isla?

—No pienso morir aquí.

—¿Volveremos á Bengala?

—Yo quiero volver á ver á mi hermano Eduardo. ¡Pobre muchacho! ¡Qué inquieto estará sin noticias mías!

—¿Suelen acercarse aquí los buques que pasan?

—No: al contrario, procuran esquivar las islas, sabiendo que no pueden esperar nada de estos salvajes.

—No sé, pues, cómo saldremos de aquí.

—¡Ya veremos!

—¿Recurriendo á los salvajes?

—Al revés: procuraremos mantenernos lejos de ellos.

—Tendremos que construir una chalupa.

—¡Paciencia, Schapal!

Se apoyaron contra el árbol y aguardaron pacientemente á que despuntase el alba. La luna se ponía poco á poco y con ella las estrellas, mientras comenzaba á aparecer por oriente una luz pálida; en breve apareció el Sol en el horizonte.

En la costa reinaba un silencio de muerte, así como bajo los grandes y espesísimos bosques: sólo las olas llegaban murmurando á las escolleras que se extendían en dirección del banco donde había naufragado la *Djumna*.

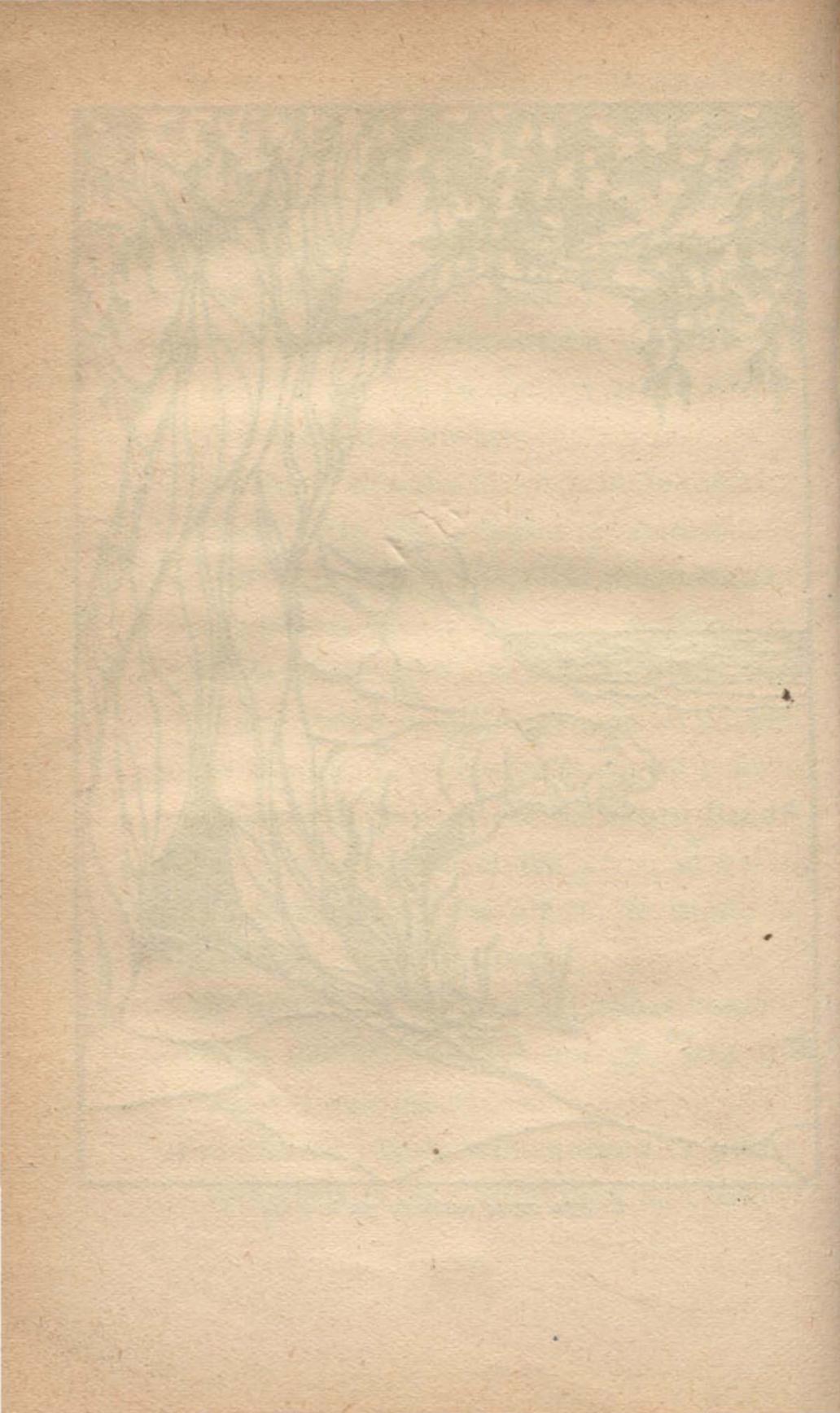
El tigre debió de alejarse, pues no habían vuelto á oírle; tuvo bastante con el primer tiro. También los ladridos del negro Pandú habían cesado: acaso el fiel perro se había internado en la isla con objeto de llamar la atención de los habitantes.

Los náufragos escuchaban con atención, sabiendo que en aquellas florestas hay mil peligros de que guardarse.

Entretanto seguía aumentando la pálida luz, que teñía el mar de reflejos de color de



El tigre seguía rondando por la playa



acero y ponía en fuga á los nocturnos *flying-jose*, extraños volátiles parecidos á los murciélagos.

Entre las plantas acuáticas se oían chillidos y clamores; las aves de la playa comenzaban á despertar saludando al alba.

—Son patos emigrantes—dijo Schapal al ver que Alí miraba hacia la orilla.

—¡Excelente manjar!

—Cuando se tiene una escopeta, es fácil paladearlo. Pero me choca que estén aún por aquí estos patos.

—¿Por qué?

—Porque á principios de Agosto suelen partir de las islas y emigrar á Bengala ó á Orissa, donde anidan.

—¿Estás seguro?

—Conozco las costumbres de estas aves.

—¿Crees que estos patos serán también de las islas?

—Dentro de pocos días se unirán á sus compañeros. Pero, ¿por qué te interesas tanto por estas aves?

—Porque pueden ser nuestra salvación.

—¿Cómo? ¿Te burlas?

—No; pero hay que coger uno vivo.

—Pues no es difícil. ¿No tienes pistolas?

—Si disparo con ellas, los mato.

—¡Nada de balas!

—¿Piensas derribarlos con pólvora sola?

—No: quita las balas y espera.

Sin más explicaciones, el indio se levantó, fué á la orilla y anduvo buscando entre los escollos: á poco volvió, enseñando á Alí dos puñados de arena gruesa y bien seca.

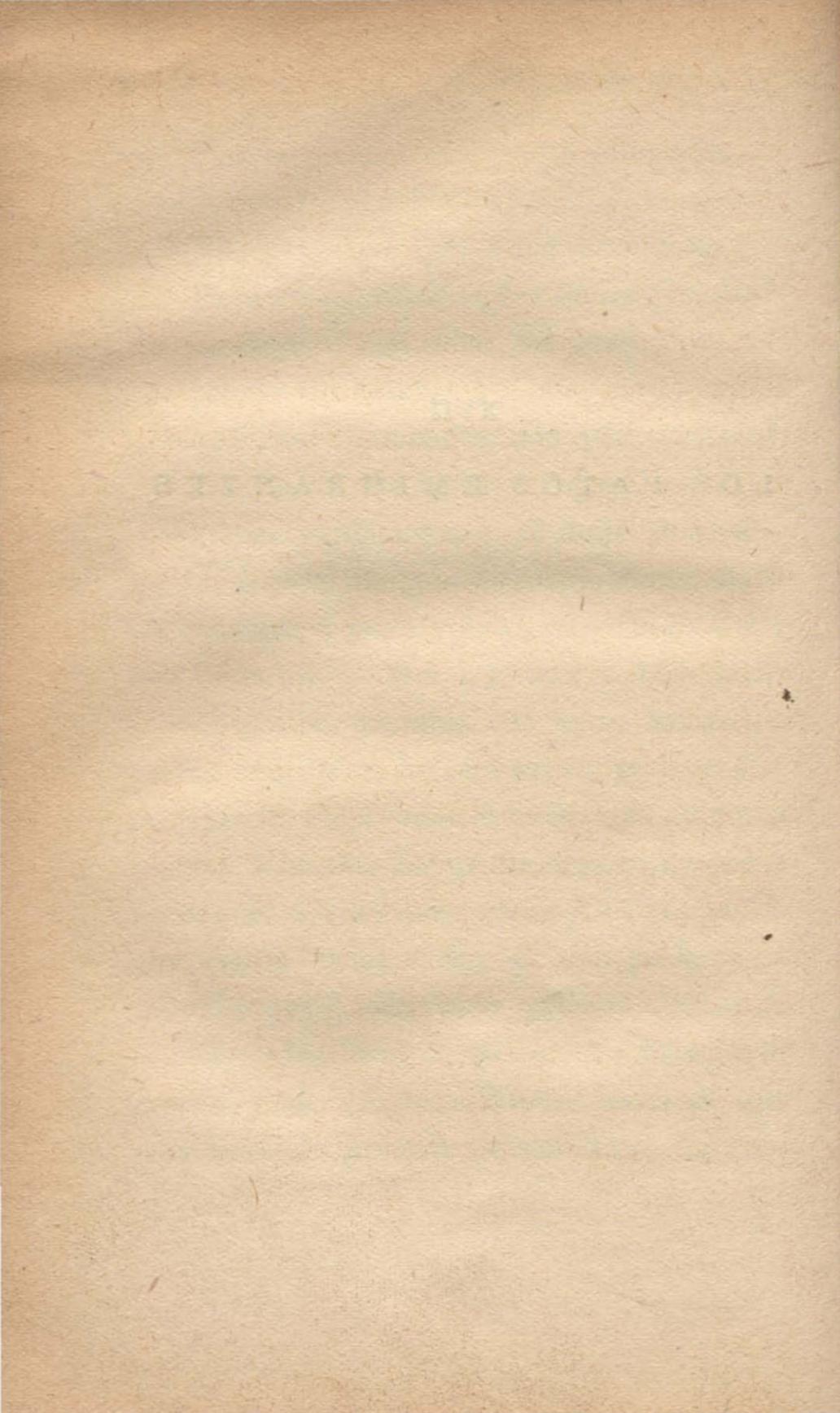
—Carga las pistolas con esto: los patos caerán aturdidos, heridos acaso, pero en disposición de emprender el vuelo tras un corto reposo. Con una escopeta cargada de arena he cogido varias aves vivas para un inglés que quería conservarlas en una jaula.

—Los patos son muy gruesos, Schapal.

—También lo es la arena. Ya principian á levantarse. ¡Apresurémonos antes de que se retiren de nuestra presencia!

XVII

LOS PATOS EMIGRANTES



Aunque, según Schapal, la emigración había comenzado hacía algunos semanas, los patos eran muy abundantes en aquella desierta playa.

Grandes bandadas, volando pesadamente se dirigían por encima de las escolleras, mostrando á los primeros rayos del Sol sus blancas plumas y sus alas orladas de negro: por doquiera resonaban sus gritos roncós y desacordes.

Después de cargar las pistolas con la arena, Alí se dirigió en compañía de Schapal á la playa, y amparados en los escollos aguardaban el momento oportuno. Parecía que las aves habían olido el peligro; porque se mantenían á distancia, ó pasaban sobre ellos fuera de su alcance.

Sin embargo, en una ocasión una bandada de doscientos á trescientos volátiles avanzó por el Este, como si quisiera acercarse á la playa.

—¡Atención!—murmuró Schapal.—¡Vienen hacia aquí, y están muy lejos!

—¡Ya estoy á punto!

En breve se halló la bandada sobre los escollos. Allí, apuntó rápidamente y disparó contra el núcleo más espeso. Tres aves cayeron, perdiendo gran número de plumas, mientras sus compañeras, asustadas por la detonación, se desbandaban dando chillidos.

Schapal se precipitó sobre las piezas cobradas: una, herida en la cabeza, se hallaba agonizante; pero las otras dos sólo estaban aturcidas y un poco desplumadas.

—¡Patrón! ¡Hay dos con vida!

—¡Que no huyan!

—Les ataré las patas.

Allí había desenvuelto el paquete donde llevaba las cartas y documentos de á bordo, y buscaba entre ellos una cosa; pero de pronto palideció y lanzó una imprecación. Buscó en los bolsillos, en los forros de la americana; pero sin resultado.

—¡Lo he perdido!

—¿Qué buscas?

—Un lápiz que había metido entre los papeles.

—¿Para qué?

—Pero, aun no has comprendido para que quería los patos?

—No.

—Para que lleven á la India la noticia del naufragio.

—Pero... ¡Soy un cabezota, y no comprendo!

—Había pensado atar á estos patos un documento, con la esperanza de que algún cazador los matara, porque anualmente se matan en la India un número muy considerable de estos animales, sobre todo en Sunderbund. Al encontrar las notas, el cazador se las comunicaría á las autoridades inglesas: así se han salvado otros náufragos.

—¿Y no puedes atarles una carta?

—¡Sin el lápiz no puedo escribir, y...

—¿Qué?

—No, Schapal, no se ha perdido todo!

—¿Qué quieres decir?

—Entre mis mapas tengo documentos suficientes. Creyéndome perdido para siempre, escribí día por día todo lo que pasó, esperando que alguien abordase la *grab* y me vengara.

Abrió el diario de á bordo y sacó de él cinco hojas, las mismas que un mes más tarde habían de encontrar Oliverio Powell y el viejo Harry.

—Aquí están mis notas, con fechas y firma y cuanto pueda constituir una terrible acusación contra esos canallas de Garrovi y Hungse. ¡Oh! Si pudiera añadir que la *Djumna* se fué á pique y que estamos en la Pequeña Andamana! Las notas sólo llegan al 20 de Agosto y hasta el último período está sin terminar, pues cuando estaba acabándolas oí sus pasos y me detuve. Sin embargo, por precaución, en la última hoja puse mi firma, temiendo que cualquier acontecimiento imprevisto me lo impidiese.

—De todos modos, atemos esos papeles á uno de los patos.

—Eso haremos.

—Pero, ¿no se borrarán lo escrito si el ave se moja en el camino?

—Lo envolveremos bien.

—Y después lo untaremos con goma— dijo Schapal, reconociendo los árboles de la costa.—Allí veo unas plantas que dan una especie de resina cuando se les hace una incisión en el tronco.

—Recoje un poco en una concha.

Mientras el indio iba á la playa Alí dobló las hojas, las envolvió en un lienzo que llevaba, y ató el paquete con un trozo de cordelillo.

Había escogido el pato más robusto, cuando llegó Schapal con una concha llena de resina y una fibra vegetal, sutil, sólida y reluciente como la seda.

—Ata el paquete con esta fibra, que es más resistente que la cuerda.

Cubrieron el lienzo con aquella materia resinosa, y ligaron el paquete bajo el ala del pato escogido, asegurándolo de modo que no pudiera perderse.

—¡Ve á tu destino, y que tu muerte pueda salvarnos á nosotros!—dijo Alí.

El pato al verse libre tendió el vuelo, alejándose hacia Levante; los náufragos, conmovidos, le siguieron con la mirada hasta que se perdió en el horizonte.

—¿Confías, patrón?

—Dios, que nos ha salvado, velará aún por nosotros.

—¡Creo que mi Dios no abandonará á uno de sus más devotos creyentes!—dijo el indio.—Son dos dioses, de manera que harán más que uno solo.

Alí no pudo menos de sonreír ante aquella reflexión del creyente de Siva.

—¡Vamos á comer!—dijo el capitán.

Subieron á la playa, y sentados á la sombra de un *dammar*, encendieron un alegre fuego, pues llevaban consigo yesca y eslabón.

Desplumaron el pato muerto, lo abrieron por la mitad y atravesado en una rama lo pusieron á asar sobre las llamas.

Mientras el indio se ocupaba en dar vueltas

al improvisado asador, Alí comenzó á recorrer los linderos de aquella inmensa floresta para ver si había alguna fruta que pudiera coger.

Por fin descubrió Alí un árbol de los que buscaba. Aquel árbol no tenía la fruta pendiente de las ramas, como ordinariamente ocurre: el fruto, tan grande que basta para seis ú ocho personas, pesa unas treinta libras y brota directamente del tronco; es de un color entre amarillento y dorado, y de fragancia tan fuerte, que las casas donde se come conservan su olor varios días.

Alí lo cortó, se lo cargó al hombro y llegó al campo en el preciso momento en que Schapal retiraba el asado del fuego.

Como tenían mucho apetito comieron bien los dos, y después se tendieron en la hierba á la sombra del árbol.

—Ahora discurremos—dijo Alí.—Mientras estuve buscando la fruta pensaba en nuestra situación y en el mejor medio para salir de ella.

—¿Y lo has encontrado? ¿Se trata de hacer una chalupa?

—Con esta hacha sería imposible: mejor será que sigamos la costa hacia el Norte y nos proporcionemos una canoa.

—¿Dónde?

—Los andamanes las tienen.

—¿Crees que encontraremos algún poblado?

—Sí.

—¿Y nos darán una canoa?

—La cogeremos nosotros, amparados por la oscuridad de la noche.

—¿Y adónde iremos?

—A las islas Mergul, en el Pegú.

—Pero ¿y el documento que lleva el pato?

—No debemos confiar sólo en eso. Si no hay quien lo cace, ¿cómo van á auxiliarnos?

—¡Es verdad! ¿Cuándo partiremos?

—¿Estás cansado?

—No; pero con gusto dormiría unas dos horas.

—Entonces, vamos á descabezar un sueño: de día las fieras no salen de sus guaridas, y nadie nos molestará.

Los náufragos no tardaron en dormirse, arrullados por el murmullo de las olas que rompían en la playa.

El sueño se prolongó más de lo que ellos deseaban, pues cuando abrieron los ojos, el sol descendía por Occidente, pero como aún quedaban algunas horas de día, decidieron pónerse en camino.

Recogieron sus víveres, se armaron de gruesos garrotes para defenderse contra las serpientes que debían abundar en aquella isla, y se pusieron en marcha costeando los inmensos bosques.

Los árboles sucedían á los árboles sin dejar paso hacia el interior de la isla: abundaban sobre todo los tecas, árboles grandísimos y muy frondosos: estos colosos son muy buscados, pues su madera casi incorruptible se destina á la construcción de embarcaciones.

Sin embargo, su sombra es nociva, y los obreros encargados de cortarlos sufren mucho y pocas veces llegan á edad avan-

zada. También abundaban los árboles de la canela ó cinamomo, plantas de regular altura y muy ramosas: de la corteza de esta planta se extrae la canela.

Tampoco faltaban otras varias plantas que hubieran sido utilísimas en otras regiones, pero que no debían de servirles de nada á los salvajes que habitaban las islas. En medio de aquel laberinto de vegetales aparecían grupos de *justicia tinctoria*, planta de donde se obtiene una preciosa tintura verde muy usada en la India; los *rayoes*, que producen un color amarillo muy buscado; algunos ejemplares de *lausonia spinosa*, que da una madera encarnada, y grandes grupos de *poan*, de cuyo fruto se saca excelente aceite.

Entre aquellos espesos vegetales aparecían muchas aves: papagayos de plumas multicolores, chorlitos que chillaban melancólicamente, grandes mochuelos de ojos amarillentos que miraban con estupidez á los dos viajeros, bandadas de unos ruiseñores

muy pequeños llamados *babul*, muy bonitos, con las alas pintadas y la cola roja.

Alí y Schapal continuaron su marcha sin apresurarse, y removiendo las matas con los bastones antes de avanzar, por temor á que los mordieran las serpientes que podían ocultarse bajo las hojas de los árboles.

Quando el sol se ponía decidieron acampar bajo un gran árbol de majestuoso aspecto que crecía sólo al borde de la floresta, y cerca del cual corría un arroyuelo de agua dulce.

Comieron los restos del pato asado por la mañana, y encendieron fuego para defenderse de los animales dañinos, sabiendo por experiencia que no suelen acercarse á un campamento iluminado.

Como no era prudente que durmieran ambos al mismo tiempo, pues la hoguera podía extinguirse, Alí se encargó de vigilar durante las cuatro primeras horas; Schapal le relevaría á eso de la media noche.

FIN DEL TOMO PRIMERO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Í N D I C E

PRIMERA PARTE

<u>Capítulo</u>	<u>Páginas</u>
I.—Los patos emigrantes	7
II.—Un drama misterioso.....	25
III.—El presidente de la <i>Joven India</i>	41
IV.—La pista de Garrovi	57
V.—El saniasso de la <i>Djumna</i>	73
VI.—Qué había sido de la <i>Djumna</i>	87
VII.—El <i>Pariah</i>	103
VIII.—El misterio del camarote.....	117
IX.—En el golfo de Bengala	131
X.—La primera sospecha	145
XI.—Garrovi y Narsinga	157
XII.—La nave ardiendo.....	169
XIII.—La <i>Djumna</i>	185
XIV.—Alí Middel	197
XV.—Salvamento	211
XVI.—Las islas Andamanas	223
XVII.—Los patos emigrantes	241

